



MORGAN RICE

DE CORONAS Y GLORIA LIBRO 2

CANALLA,  
PRISIONERA,  
PRINCESA

# CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA

(DE CORONAS Y GLORIA-LIBRO 2)

MORGAN RICE

## Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de dos libros (y subiendo); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita [www.morganrice.books](http://www.morganrice.books) para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

## Algunas opiniones sobre Morgan Rice

“Si pensaba que no quedaba una razón para vivir tras el final de la serie EL ANILLO DEL HECHICERO, se equivocaba. En EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES Morgan Rice consigue lo que promete ser otra magnífica serie, que nos sumerge en una fantasía de trolls y dragones, de valentía, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan de nuevo ha conseguido producir un conjunto de personajes que nos gustarán más a cada página... Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores que disfrutan de una novela de fantasía bien escrita”.

--*Books and Movie Reviews*

Roberto Mattos

“Una novela de fantasía llena de acción que seguro satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, además de a los fans de obras como EL CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini... Los fans de la Ficción para Jóvenes Adultos devorarán la obra más reciente de Rice y pedirán más”.

--*The Wanderer, A Literary Journal* (sobre *El despertar de los dragones*)

“Una animada fantasía que entrelaza elementos de misterio e intriga en su trama. *La senda de los héroes* trata sobre la forja del valor y la realización de un propósito en la vida que lleva al crecimiento, a la madurez, a la excelencia... Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, las estrategias y la acción proporcionan un fuerte conjunto de encuentros que se centran en la evolución de Thor desde que era un niño soñador hasta convertirse en un joven adulto que se enfrenta a probabilidades de supervivencia imposibles... Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes adultos”.

--*Midwest Book Review* (D. Donovan, eBook Reviewer)

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico”.

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

“En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica *El anillo del hechicero* (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice presenta a los lectores al joven de 14 años Thorgrin “Thor” McLeod, cuyo sueño es alistarse en la Legión de los Plateados, los caballeros de élite que sirven al rey... La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante”.

--*Publishers Weekly*

Libros de Morgan Rice

**EL CAMINO DE ACERO**  
SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

**DE CORONAS Y GLORIA**  
ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)  
CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro#2)

**REYES Y HECHICEROS**  
EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)  
EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)  
EL PESO DEL HONOR (Libro #3)  
UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)  
UN REINO DE SOMBRAS (Libro#5)  
LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro#6)

**EL ANILLO DEL HECHICERO**  
LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)  
UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)  
UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)  
UN GRITO DE HONOR (Libro #4)  
UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)  
UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)  
UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)  
UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)  
UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)  
UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)  
UN REINO DE ACERO (Libro #11)  
UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)  
UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)  
UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)  
UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)  
UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)  
EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

**LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**  
ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)  
ARENA DOS (Libro #2)  
ARENA TRES (Libro #3)

**VAMPIRA, CAÍDA**  
ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

**EL DIARIO DEL VAMPIRO**

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)  
AMORES (Libro #2)  
TRAICIONADA(Libro #3)  
DESTINADA (Libro #4)  
DESEADA (Libro #5)  
COMPROMETIDA (Libro #6)  
JURADA (Libro #7)  
ENCONTRADA (Libro #8)  
RESUCITADA (Libro #9)  
ANSIADA (Libro #10)  
CONDENADA (Libro #11)  
OBSESIONADA (Libro #12)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡Escucha la serie EL ANILLO DEL HECHICERO en su versión audiolibro!  
Ahora disponible en:

[Amazon](#)  
[Audible](#)  
[iTunes](#)

## ¿Quieres libros gratis?

Suscríbete a la lista de correo de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 3 mapas gratis, 1 app gratis, 1 juego gratis, 1 novela gráfica gratis ¡y regalos exclusivos! Para suscribirte, visita:

[www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com)

Derechos Reservados © 2016 por Morgan Rice. Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora. Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia. Imagen de la cubierta Derechos reservados Kiselev Andrey Valerevich, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

# ÍNDICE

CAPÍTULO UNO  
CAPÍTULO DOS  
CAPÍTULO TRES  
CAPÍTULO CUATRO  
CAPÍTULO CINCO  
CAPÍTULO SEIS  
CAPÍTULO SIETE  
CAPÍTULO OCHO  
CAPÍTULO NUEVE  
CAPÍTULO DIEZ  
CAPÍTULO ONCE  
CAPÍTULO DOCE  
CAPÍTULO TRECE  
CAPÍTULO CATORCE  
CAPÍTULO QUINCE  
CAPÍTULO DIECISÉIS  
CAPÍTULO DIECISIETE  
CAPÍTULO DIECIOCHO  
CAPÍTULO DIECINUEVE  
CAPÍTULO VEINTE  
CAPÍTULO VEINTIUNO  
CAPÍTULO VEINTIDÓS  
CAPÍTULO VEINTITRÉS  
CAPÍTULO VEINTICUATRO  
CAPÍTULO VEINTICINCO  
CAPÍTULO VEINTISÉIS  
CAPÍTULO VEINTISIETE  
CAPÍTULO VEINTIOCHO  
CAPÍTULO VEINTINUEVE  
CAPÍTULO TREINTA  
CAPÍTULO TREINTA Y UNO  
CAPÍTULO TREINTA Y DOS  
CAPÍTULO TREINTA Y TRES  
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO  
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO  
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS  
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

# CAPÍTULO UNO

“¡Ceres! ¡Ceres! ¡Ceres!”

Ceres sentía el canto de la multitud con la misma claridad que el ruido seco del latido de su corazón. Levantó su espada en agradecimiento, agarrándola con fuerza al hacerlo para examinar la piel. No le importaba que quizás supieran su nombre desde hacía solo unos instantes. Le bastaba que lo conocieran y que resonara en su interior, de manera que podía sentirlo casi como una fuerza física.

Al otro lado del Stade, mirándola, su contrincante, un combatiente enorme, caminaba de un lado a otro por la arena. Ceres tragó saliva al verlo, mientras el miedo crecía en su interior por mucho que quisiera reprimirlo. Sabía que esta podría muy bien ser la última lucha de su vida.

El combatiente daba vueltas de un lado a otro como un león enjaulado, blandiendo su espada en el aire dibujando arcos que parecían estar diseñados para exhibir sus protuberantes músculos. Con su coraza y su casco con visera parecía que hubiera sido esculpido en piedra. A Ceres le costaba creer que fuera solo de carne y hueso.

Ceres cerró los ojos y se armó de valor.

*Puedes hacerlo, se dijo a sí misma. Puede que no ganes, pero debes enfrentarte a él con valor. Si tienes que morir, muere con honor.*

Un toque de trompeta sonó en los oídos de Ceres, que se oyó por encima incluso del aullido de la multitud. Llenó la arena y, de repente, su contrincante se lanzó al ataque.

Era más rápido de lo que ella pensaba que un hombre tan grande podría serlo, llegó hasta ella antes de que tuviera ocasión de reaccionar. Lo único que Ceres pudo hacer para esquivarlo fue levantar el polvo mientras se apartaba del camino del guerrero.

El combatiente blandió su espada con las dos manos y Ceres se agachó, sintiendo la ráfaga de aire al pasar. Parecía estar derribando algo a hachazos, como un carnicero empuñando su cuchillo y cuando ella giró y paró el golpe, el impacto del metal contra el metal resonó en sus brazos. No pensaba que fuera posible que un guerrero pudiera ser así de fuerte.

Se alejó dando círculos y su contrincante la siguió con una desalentadora inevitabilidad.

Ceres escuchaba cómo su nombre se mezclaba con los gritos y los abucheos de la multitud. Se obligaba a concentrarse; mantenía los ojos fijos en su contrincante e intentaba recordar sus entrenamientos, pensando en todas las cosas que podían pasar a continuación. Intentó dar cuchilladas y después hizo rodar su muñeca para bloquear con su espada.

Pero el combatiente apenas refunfuñó cuando la espada le cortó un trozo de antebrazo.

Sonrió como si le hubiera gustado.

“Pagarás por esto”, la alertó. Su acento era marcado, de alguno de los rincones lejanos del Imperio.

De nuevo estaba sobre ella, obligándola a bloquear y esquivar y ella sabía que no podía arriesgarse a un choque frontal, no con alguien así de fuerte.

Ceres sintió que el suelo cedía bajo su pie derecho, una sensación de vacío donde debería haber un apoyo sólido. Bajó la vista y vio que la arena se vertía en un hoyo que había allá abajo. Por un instante, su pie colgó en el vacío y ella movía su espada a ciegas mientras luchaba por mantener el equilibrio.

El bloqueo del combatiente fue casi despectivo. Por un instante, Ceres estuvo segura de que iba a morir porque no había manera de detener completamente el golpe de vuelta. Sintió la sacudida del golpe contra su espada. Sin embargo, eso hizo que redujera la velocidad al impactar contra su armadura. Su coraza presionó su carne con una fuerza violenta mientras que, al detenerse, ella sintió un dolor ardiente cuando la espada pasó rápidamente por su clavícula.

Tropezó hacia atrás y, al hacerlo, vio que se abrían más hoyos por el suelo de la arena, como bocas de bestias hambrientas. Y entonces, desesperada, tuvo una idea: quizás podría usarlos a su favor.

Ceres rodeaba los bordes de los hoyos, con la esperanza de retrasar el momento en el que él se acercara.

“¡Ceres!” llamó Paulo.

Se giró y su armero arrojó una lanza corta en su dirección. La vara dio un golpe seco en su resbaladiza mano, la madera tenía un tacto áspero. La lanza era más corta que las que se hubieran usado en una batalla real, pero aún así era lo suficientemente larga para abrirse camino con su punta en forma de hoja a través de los hoyos.

“Te cortaré a rodajas una a una”, prometió el combatiente, acercándose lentamente.

Ceres pensó que con un combatiente tan fuerte lo mejor sería agotarlo. ¿Cuánto tiempo podría aguantar luchando alguien tan enorme? Ceres sentía que sus músculos ya le ardían y que el sudor caía por su cara. ¿Se sentiría igual de mal el combatiente al que se enfrentaba?

Era imposible de saber con certeza, pero era lo que le daba más esperanza. Así que ella esquivaba y golpeaba, usando la longitud de la lanza lo mejor que podía. Consiguió escurrirse entre las defensas del gigante guerrero pero, sin embargo, su espada tan solo conseguía repiquetear en su armadura.

El combatiente levantó polvo hacia los ojos de Ceres, pero esta se giró a tiempo. Se dio la vuelta de nuevo e hizo movimientos circulares con la espada por lo bajo, hacia sus desprotegidas piernas. Él esquivó aquel barrido de un salto, pero ella consiguió hacerle otro corte en el antebrazo al retirar la espada.

Ceres golpeaba por arriba y por abajo ahora, apuntando hacia las extremidades de su oponente. Aquel hombre grande esquivaba y paraba los golpes, intentando encontrar el modo de hacer algo más que tanteos, pero Ceres continuaba moviéndose. Apuntó hacia su cara, con la esperanza de por lo menos desviar su atención.

El combatiente cogió la lanza. La agarró detrás de su cabeza, tirándola hacia delante mientras daba un paso al lado. Ceres tuvo que soltarla, porque no quería arriesgarse a que aquel hombretón tirara de ella hacia su espada. Su contrincante partió la lanza en su rodilla con la misma facilidad con la que hubiera roto una ramita.

La multitud rugió.

Ceres sintió un sudor frío en la espalda. Por un instante, visualizó a aquel gigante rompiendo su cuerpo con la misma facilidad. Tragó saliva al pensarlo y preparó de nuevo su espada.

Agarraba la empuñadura con ambas manos cuando vinieron los siguientes golpes, pues era el único modo de absorber algo del poder de los ataques del combatiente. Aún así, era increíblemente difícil. A cada golpe parecía que ella era una campana golpeada por un martillo. Con cada uno de ellos parecía que un movimiento sísmico corría por sus brazos.

Ceres ya se sentía cansada por el ataque. Cada respiración le costaba, como si respirara a la fuerza. No tenía sentido intentar contraatacar ahora o hacer otra cosa que no fuera retroceder y esperar.

Y entonces sucedió. Lentamente, Ceres sintió que el poder brotaba dentro de ella. Vino con un calor, como las primeras brasas de una quema de maleza. Se quedó en la boca de su estómago, a la espera, y Ceres fue a por él.

La energía la inundaba. El mundo iba a menor velocidad, a paso de tortuga, y ella sintió de repente que tenía todo el tiempo del mundo para parar el siguiente ataque.

También tenía toda la fuerza. Lo bloqueó con facilidad y, a continuación, blandió su espada e hizo un corte en el brazo del combatiente en una nebulosa de luz y velocidad.

“¡Ceres! ¡Ceres!” rugió la multitud.

Ella vio cómo la ira del combatiente crecía a medida que el cántico de la multitud continuaba. Ella podía entender el por qué. Se suponía que debían cantar el nombre *de él*, proclamar su victoria y disfrutar la muerte de ella.

Él gritó y embistió hacia delante. Ceres esperó mientras se atrevió, obligándose a quedarse quieta

hasta que él casi la alcanzó.

Entonces se dejó caer. Sintió el susurro de su espada pasando por encima de su cabeza, seguido de la áspera arena cuando sus rodillas tocaron el suelo. Se lanzó hacia delante, balanceando su espada en un arco que golpeó las piernas del combatiente al pasar.

Él tropezó de cara al suelo y la espada se le cayó de la mano.

La multitud enloqueció.

Ella lo observaba desde arriba, mirando al horrible daño que su espada había hecho en sus piernas. Por un instante, se preguntó si podría conseguir ponerse de pie incluso así, pero él se desplomó hacia atrás, girándose sobre su espalda y levantando una mano como si suplicara piedad. Ceres retrocedió y miró hacia la realeza que decidiría si el hombre que tenía enfrente viviría o moriría. En cualquier caso, decidió ella, no mataría a un guerrero indefenso.

Se escuchó otro toque de trompeta.

A continuación se escuchó un rugido mientras se abrían las puertas de hierro en el lateral de la arena y el tono fue suficiente para que un escalofrío recorriera a Ceres. En aquel instante, sintió que no era más que una presa, algo que debía cazarse, algo que tenía que correr. Osó alzar la vista hacia el cercado de la realeza, sabiendo que aquello debía ser intencionado. La lucha había terminado. Ella había *ganado*. Sin embargo, aquello no era suficiente. Entendió que iban a matarla de un modo u otro. No dejarían que saliera del Stade con vida.

Una criatura, más grande que un humano y cubierta por un pelo enmarañado, entró con un pesado movimiento. Unos colmillos sobresalían de su cara, parecida a la de un oso, mientras unas protuberancias espinosas lo hacían a lo largo de la espalda de la criatura. En los pies tenía unas garras tan largas como puñales. Ceres no sabía qué era, pero no le hacía falta para saber que sería mortífera.

La criatura con aspecto de oso se puso sobre sus cuatro patas y corrió hacia delante, mientras Ceres preparaba su espada.

Primero llegó hasta el combatiente caído y Ceres hubiera apartado la vista si se hubiera atrevido. El hombre gritó cuando esta se abalanzó sobre él, pero no hubo modo de salir rodando de su camino. Aquellas garras gigantes se clavaron hacia abajo y Ceres escuchó el crujido de su coraza al ceder. La bestia rugía mientras atacaba salvajemente a su antiguo contrincante.

Cuando alzó la vista, sus dientes estaban cubiertos de sangre. Miró hacia Ceres, le enseñó los dientes y embistió.

Apenas le dio tiempo de apartarse a un lado, mientras daba cuchilladas a su paso. La criatura soltó un grito de dolor.

Sin embargo, el mismo impulso arrancó la espada de sus manos, con la sensación de que podría arrancarle el brazo si no la soltaba. Observó horrorizada cómo su espada iba dando vueltas por la arena hasta ir a parar a uno de los hoyos.

La bestia continuaba avanzando y Ceres, frenética, bajó la vista hacia el lugar donde los dos trozos de la lanza rota estaban sobre la arena. Se lanzó hacia ellos, agarró uno de los trozos y rodó en un solo movimiento.

Mientras ella se levantaba sobre una rodilla, la criatura ya estaba atacando. Se dijo a sí misma que no podía correr. Esta era su única oportunidad.

Iba disparada hacia ella, el peso y la velocidad de aquella cosa hicieron que Ceres se pusiera de pie. No había tiempo para pensar, no había tiempo para tener tiempo. Ella atacaba con el trozo roto de su lanza, dando golpes una y otra vez con él mientras se le acercaban las garras de la bestia con aspecto de oso.

Su fuerza era terrible, demasiada para igualarla. Ceres sintió que sus costillas podían estallar por su presión, la coraza que llevaba crujía bajo la fuerza de la criatura. Sentía sus garras como un rastrillo sobre su espalda y sus piernas, la agonía la abrasaba por dentro.

Su pellejo era demasiado grueso. Ceres le daba más y más golpes, pero sentía que la punta de su lanza apenas penetraba su carne mientras la criatura la atacaba y sus garras rasgaban todos los trozos de piel que estuvieran al descubierto.

Ceres cerró los ojos. Con todas sus fuerzas, fue en busca del poder que tenía dentro, sin saber incluso si funcionaría.

Se sintió sobrecargada con una bola de poder. Entonces lanzó toda su fuerza hacia la lanza, arrojándola sobre el espacio donde ella esperaba que estuviera el corazón de la criatura.

La bestia chilló a la vez que retrocedía para apartarse de ella.

La multitud bramó.

Ceres, con el escozor que le provocaba el dolor de sus rasguños, salió como pudo de debajo de ella y se puso frágilmente de pie. Bajó la mirada hacia la bestia, que tenía la lanza clavada en el corazón, a la vez que daba vueltas y gimoteaba, haciendo un ruido que parecía demasiado pequeño para algo tan grande.

Entonces se puso rígida y murió.

“¡Ceres! ¡Ceres! ¡Ceres!”

El Stade se llenó de ovaciones nuevamente. Allá donde Ceres mirara, había gente aclamando su nombre. La nobleza y pueblo llano por igual parecían estar unidos por el canto, perdidos en aquel momento de su victoria.

“¡Ceres! ¡Ceres! ¡Ceres!”

Se empapó de ello. Era imposible que la sensación de adulación no la atrapara. Todo su cuerpo parecía vibrar con el canto que la rodeaba y ella extendió los brazos como para recibirlo todo. Se dio la vuelta dibujando lentamente un círculo, observando los rostros de aquellos que un día antes no habían ni oído hablar de ella, pero que ahora la trataban como si fuera la única persona del mundo que importara.

Ceres estaba tan prendida por aquel momento que apenas ya sentía el dolor de las heridas que había sufrido. Ahora le dolía el hombro y lo tocó con una mano. Al retirarla estaba empapada, aunque su sangre todavía era de un rojo vivo a la luz del sol.

Ceres miró fijamente aquella mancha durante varios segundos. La multitud todavía cantaba su nombre, pero el latir de su corazón en sus oídos de repente parecía mucho más fuerte. Alzó la vista hacia la multitud y le llevó un instante darse cuenta de que lo estaba haciendo sobre sus rodillas. No recordaba haber caído sobre ellas.

Por el rabillo del ojo, Ceres vio que Paulo se acercaba a toda prisa, pero parecía muy lejano, como si no tuviera nada que ver con ella. La sangre goteaba desde sus dedos hasta la arena, oscureciendo allá donde tocaba. Nunca se había sentido tan desubicada, tan mareada.

Y la última cosa de la que fue consciente fue que ya estaba cayendo de cara, hacia el suelo de la arena y sentía que sería incapaz de volverse a mover.

## CAPÍTULO DOS

Thanos abrió lentamente los ojos, confuso mientras sentía que las olas golpeaban sus tobillos y sus muñecas. Bajo él, la áspera arena blanca de las playas de Haylon. Un rocío salado llenaba su boca de vez en cuando, haciendo difícil el respirar.

Thanos miró hacia los lados a lo largo de la playa, incapaz de hacer algo más que aquello. Incluso eso era una lucha, mientras perdía y recuperaba de nuevo la conciencia. En la distancia, le pareció distinguir las llamas y los ruidos de la violencia. Los gritos llegaban hasta él, junto al ruido del acero contra el acero.

*La isla, recordó. Haylon. Su ataque había comenzado.*

¿Entonces por qué estaba él tumbado sobre la arena?

Al dolor que tenía en el hombro le llevó un instante responder a aquella pregunta. Hizo un gesto de dolor al recordarlo. Recordó el momento en el que le clavaron la espada, hiriéndole en la parte superior de la espalda por detrás. Recordó la conmoción al haberlo traicionado el Tifón.

El dolor quemaba en el interior de Thanos, extendiéndose como una flor desde la herida que tenía en la espalda. Le dolía cada vez que respiraba. Intentó levantar la cabeza, pero solo consiguió desmayarse.

Cuando volvió a despertar, estaba de nuevo de cara a la arena y solo supo que el tiempo había pasado porque la marea había subido un poco y el agua golpeaba ahora su cintura en lugar de sus tobillos. Finalmente consiguió subir la cabeza lo suficiente para ver que habían otros cuerpos en la playa. Los muertos parecían cubrir el mundo, se extendían por las blancas playas tan lejos como le alcanzaba la vista. Vio hombres con la armadura del Imperio, tumbados donde habían caído, mezclados con los defensores que habían muerto protegiendo su hogar.

El hedor a muerto llenaba la nariz de Thanos e hizo todo lo que pudo para no vomitar. Nadie había separado a los amigos de los enemigos todavía. Esos detalles podían esperar hasta que la batalla hubiera finalizado. Quizás el Imperio dejaría que la marea se encargara de ello; al mirar hacia atrás vio sangre en el agua y Thanos vio cómo unas aletas sobresalían en las olas. Todavía no eran tiburones grandes, eran carroñeros más que depredadores, ¿pero cómo de grandes debían de ser para devorarlo antes de que subiera la marea?

Thanos sintió una ola de pánico. Intentó arrastrarse hacia la playa, tirando con sus brazos como si estuviera intentando escalar por la arena. Gritaba de dolor mientras avanzaba hacia delante, quizás la mitad del largo de su cuerpo.

La oscuridad le nubló la vista de nuevo.

Cuando volvió en sí, Thanos estaba de lado, mirando hacia arriba a dos figuras que estaban sentadas de cuclillas sobre él, tan cerca que podía haberlos tocado si hubiera tenido la fuerza para hacerlo. No parecían soldados del Imperio, no parecían soldados en absoluto y Thanos había pasado el tiempo suficiente rodeado de guerreros para distinguirlos. Estos, un hombre joven y otro mayor, parecían más bien granjeros, hombres corrientes que probablemente habían huido de sus casas para evitar la violencia. Sin embargo, aquello no significaba que fueran menos peligrosos. Ambos llevaban cuchillos y Thanos se preguntaba si podrían ser tan carroñeros como los tiburones. Él sabía que siempre había quien robaba a los muertos tras las batallas.

“Este todavía respira”, dijo el primero de ellos.

“Ya lo veo. Córtale el cuello y acabemos con esto”.

Thanos se puso tenso, su cuerpo se preparaba para luchar aunque no había nada que pudiera hacer entonces.

“Míralo”, insistió el más joven. “Alguien lo apuñaló por la espalda”.

Thanos vio que el hombre mayor frunció un poco el ceño al verlo. Fue por detrás de Thanos, fuera de

su línea de visión. Thanos consiguió reprimir un grito de nuevo cuando el hombre le tocó el lugar donde la sangre todavía brotaba de la herida. Era un príncipe del Imperio. No iba a mostrar flaqueza.

“Parece que tienes razón. Ayúdame a levantarlo hasta donde los tiburones no lo alcancen. Los demás querrán ver esto”.

Thanos vio que el joven asentía con la cabeza y juntos consiguieron levantarlo, con la armadura y todo. Esta vez, Thanos gritó, incapaz de detener el dolor mientras tiraban de él por la playa.

Lo abandonaron como madera a la deriva, pasado el punto donde la marea había dejado atrás las algas, abandonándolo sobre la arena seca. Se fueron corriendo a toda prisa, pero Thanos estaba demasiado atrapado en el dolor para verlos marchar.

Para él no existía un modo de saber el tiempo que pasaba. Todavía escuchaba la batalla de fondo, con los gritos de violencia y de furia, con sus gritos de guerra y el sonido de los cuernos. Sin embargo, una batalla podía durar unos minutos o unas horas. Podía terminar tras el primer ataque o continuar hasta que ninguno de los bandos tuviera la fuerza para hacer otra cosa que no fuera marcharse dando tumbos. Thanos no tenía modo de saber qué caso era.

Finalmente, se acercó un grupo de hombres. Estos sí que parecían soldados, con la perspicacia más dura que solo tiene un hombre una vez ha luchado por su vida. Era fácil ver cual de ellos era el líder. El hombre alto y de pelo oscuro que estaba delante no llevaba la elaborada armadura que un general del Imperio podía tener, pero todos los que allí estaban lo miraban mientras el grupo se acercaba, obviamente a la espera de órdenes.

El recién llegado tendría probablemente unos treinta años o más, llevaba una barba corta tan oscura como el resto de su pelo y tenía una sobria constitución que, sin embargo, le daba un aspecto fuerte. Llevaba una espada en cada cadera y Thanos imaginó que no era solo para lucirlas, a juzgar por el modo en que sus manos se colocaban junto a las empuñaduras de forma automática. A Thanos le pareció por su gesto que estaba calculando cada ángulo que tenía de la playa, vigilando ante la posibilidad de una emboscada, siempre pensando con antelación. Sus ojos se clavaron en Thanos y la sonrisa que le siguió escondía un extraño humor tras ella, como si su propietario hubiera visto algo en este mundo que nadie más había visto.

“¿Me habéis traído hasta aquí para ver esto?” dijo, mientras los dos que habían encontrado a Thanos dieron un paso hacia delante. “¿Un soldado del Imperio moribundo con una armadura demasiado brillante para lo que él merece?”

“Un noble, no obstante”, dijo el mayor. “Se puede ver por su armadura”.

“Y lo han apuñalado por la espalda”, señaló el más joven. “Parece ser que sus propios hombres”.

“¿O sea que no es ni lo suficientemente bueno para la escoria que está intentando tomar nuestra isla?” dijo el líder.

Thanos vio que el hombre se acercó más y se arrodilló a su lado. Quizás tenía intención de acabar lo que el Tifón había empezado. Ningún soldado de Haylon sentiría ningún amor por aquellos que estaban en su bando del conflicto.

“¿Qué hiciste para que tu propio bando intentara asesinarte?” dijo el recién llegado, en una voz lo suficientemente baja para que tan solo Thanos pudiera oírlo.

Thanos consiguió reunir la fuerza para negar con la cabeza. “No lo sé”. Las palabras salieron cortadas y rotas. Aunque no hubiera estado herido, hubiera estado tumbado en la arena durante un buen rato. “Pero yo no quería esto. Yo no quería luchar aquí”.

Esto supuso otra de aquellas extrañas sonrisas que a Thanos le parecía que se estaban riendo del mundo aunque no había nada de lo que reírse.

“Y sin embargo aquí estás”, dijo el recién llegado. “No querías formar parte de la invasión, pero estás en nuestras playas, en vez de estar seguro en tu casa. No querías ofrecernos violencia, pero el ejército del Imperio está quemando casas mientras hablamos. ¿Sabes lo que está sucediendo más allá de la playa?”

Thanos negó con la cabeza. Incluso esto le dolía.

“Estamos perdiendo”, continuó el hombre. “Oh, estamos luchando duro, pero eso no importa. No con estas perspectivas. La batalla todavía rabia, pero eso solo se debe a que la mitad de mi bando es demasiado tozuda para reconocer la verdad. No tenemos suficiente tiempo para estas distracciones”.

Thanos vio que el recién llegado desfundaba una de sus espadas. Parecía extremadamente afilada. Tan afilada que probablemente ni la notarían aunque se la clavara en el corazón. Sin embargo, el hombre hizo gestos con ella.

“Tú y tú”, les dijo a los hombres, “traed a nuestro nuevo amigo. Quizás tiene algún valor para el otro bando”. Hizo una sonrisa maliciosa. “Y si no es así, yo mismo lo mataré”.

La última cosa que Thanos sintió fueron unas manos fuertes que lo agarraban por debajo de sus brazos, tirando de él, arrastrándolo, antes de que le venciera de nuevo la oscuridad.

# CAPÍTULO TRES

Berin sentía el dolor de la nostalgia mientras caminaba por la ruta hacia su hogar en Delos, la única cosa que le hacía continuar, los pensamientos de su familia, de Ceres. El pensamiento de volver a su hija era suficiente para hacerlo continuar, aunque los días de caminata le habían parecido arduos, los caminos bajo sus pies duros con surcos y piedras. Sus huesos ya no iban a rejuvenecer y ya sentía que la rodilla le dolía por el viaje, añadiéndose a los dolores de una vida dando martillazos y calentando metal.

Sin embargo, todo valía la pena para ver su casa de nuevo. Para ver a su familia. Era lo único que había deseado todo el tiempo que Berin había estado fuera. Ahora podía imaginarlo. Marita estaría cocinando al fondo de su humilde casa de madera, el olor flotando pasada la puerta delantera. Sartes estaría jugando en algún lugar por allí detrás, probablemente mientras Nesos lo observaba, aunque su hijo mayor hiciera ver que no lo hacía.

Y también estaría Ceres. Él amaba a todos sus hijos, pero con Ceres siempre había existido aquella conexión especial. Ella había sido la que lo había ayudado con la forja, la que se parecía más a él y la que parecía que era más probable que siguiera sus pasos. Dejar a Marita y a los chicos había sido un doloroso deber, necesario si debía proveer a su familia. Dejar a Ceres había sido para él como abandonar una parte de sí mismo al marchar.

Ahora era el momento de recuperarla.

A Berin le hubiera gustado traer noticias mejores. Caminaba por el sendero de gravilla que le llevaba de vuelta a casa con el ceño fruncido; todavía no era invierno, pero pronto llegaría. Él había planeado marcharse y encontrar trabajo. Los señores siempre necesitaban herreros que les proporcionaran armas para sus guardias, sus guerras, sus Matanzas. Pero resultó que a él no le necesitaban. Tenían a sus propios hombres. Hombres más jóvenes, más fuertes. Incluso el rey que había parecido que quería su trabajo había resultado querer al Berin de hacía diez años.

El pensamiento le dolía, sin embargo sabía que debía haber imaginado que no necesitaban un hombre con más pelos grises que negros en la barba.

Hubiera sido más doloroso si aquello no hubiera supuesto que tenía que volver a casa. Su hogar era lo que importaba a Berin, incluso aunque fuera poco más que un cuadrado de paredes de madera sin pulir, cubierto por un tejado de pasto. Su casa eran las personas que allí le esperaban y pensar en ellos era suficiente para acelerar sus pasos.

Sin embargo, cuando llegó a la cima de una colina y la vio por primera vez, Berin supo que algo iba mal. El estómago le dio un vuelco. Berin sabía lo que significaba estar en casa. A pesar de toda la aridez de la tierra que lo rodeaba, su hogar era un lugar lleno de vida. Allí siempre había ruido, ya fuera de alegría o a causa de las discusiones. En esta época del año siempre habría habido también al menos unos cuantos cultivos creciendo en el terreno que lo rodeaba, con verduras y pequeños arbustos con frutos del bosque, cosas resistentes que siempre producían al menos algo para alimentarlos.

Esto no era lo que veía ante él.

Berin rompió a correr tan rápido como pudo tras la larga caminata, la sensación de que algo iba mal le carcomía por dentro, sentía como si uno de sus tornillos le sujetara el corazón.

Agarró la puerta y la abrió de par en par. Pensó que quizás todo estaría en orden. Quizás lo habían divisado y todos estaban asegurándose de que su llegada fuera una sorpresa.

Dentro estaba sombrío, las ventanas tenían una capa de mugre. Y allí, una presencia.

Marita estaba en la habitación principal, removiendo una olla que olía demasiado agria para Berin. Se giró hacia él cuando entró y, al hacerlo, supo que no se había equivocado. Algo iba mal. Algo iba muy mal.

“¿Marita?” empezó él.

“Marido”. Incluso la manera llana en que lo dijo le decía que nada estaba como debería estar. En cualquier otra ocasión en la que él había estado fuera, Marita se había lanzado a sus brazos al entrar por la puerta. Siempre parecía estar llena de vida. Ahora parecía...vacía.

“¿Qué está pasando aquí?” preguntó Berin.

“No sé a qué te refieres”. De nuevo, había menos emoción de la que debería haber habido, como si algo se hubiera roto en su esposa, sacándole toda la alegría de su interior.

“¿Por qué está todo tan...tan *tranquilo* por aquí?” exigió Berin. “¿Dónde están nuestros hijos?”

“No están aquí ahora mismo”, dijo Marita. Se dirigió de nuevo a la olla como si todo fuera perfectamente normal.

“Entonces ¿dónde están?” Berin no iba a dejarlo correr. Él podía pensar que los chicos podrían haber ido corriendo hacia el arroyo más cercano o que tenían recados por hacer, pero por lo menos uno de sus hijos lo habría visto llegar a casa y habría estado allí para recibirlo. “¿Dónde está Ceres?”

“Oh sí”, dijo Marita y Berin pudo escuchar la amargura entonces. “Evidentemente tenías que preguntar por *ella*. No cómo me van las cosas a mí. No por nuestros hijos. Por ella”.

Berin nunca antes había escuchado ese tono en su mujer. Oh, siempre había sabido que había algo duro en Marita, más preocupada por ella misma que por el resto del mundo, pero ahora sonaba como si su corazón fuera cenizas.

Marita pareció calmarse entonces y la rapidez con que lo hizo hizo sospechar a Berin.

“¿Quieres saber lo que hizo tu adorada hija?” dijo ella. “Se marchó”.

El recelo de Berin aumentó. Él negó con la cabeza. “No me lo creo”.

Marita continuó. “Se marchó. No dijo a donde iba, solo nos robó lo que pudo al marchar”.

“No tenemos dinero para robarnos”, dijo Berin. “Y Ceres nunca haría esto”.

“Evidentemente te pondrás de su lado”, dijo Marita. “Pero se llevó... cosas que había por aquí, posesiones. Cualquier cosa que pensara que podría vender en el pueblo de al lado, conociéndola. Nos abandonó”.

Si aquello era lo que pensaba Marita, entonces Berin estaba seguro de que nunca había conocido realmente a su hija. O a él, si pensaba que se creería una mentira tan evidente. La agarró de los hombros con sus manos y, aunque no poseía toda la fuerza que una vez tuvo, Berin todavía era lo suficientemente fuerte para que su esposa pareciera frágil en comparación.

“¡Dime la verdad, Marita!” ¿Qué ha pasado aquí?” Berin la sacudió, como si de este modo su antigua versión volviera a la vida de un golpe y ella pudiera volver de repente a ser la Marita con la que se había casado años atrás. Lo único que consiguió con ello fue empujarla hacia atrás.

“¡Tus chicos están muertos!” exclamó Marita. Las palabras llenaron el pequeño espacio que había en su hogar, saliendo como un gruñido. Su voz cayó. “Esto es lo que ha sucedido. Nuestros hijos están muertos”.

Las palabras golpearon a Berin como la coza de un caballo que no quiere que le pongan la herradura. “No”, dijo él. “Es otra mentira. Tiene que serlo”.

No podía pensar en otra cosa que Marita pudiera haber dicho y que le hubiera dolido igual. Debía estar diciendo aquello para herirle.

“¿Cuándo decidiste que me odiabas tanto?” preguntó Berin, pues esta era la única razón en la que podía pensar para que su mujer le arrojara algo tan vil a él, usando la idea de la muerte de sus hijos como arma.

Ahora Berin vio lágrimas en los ojos de Marita. No había habido ninguna cuando ella había estado hablando de su hija, que supuestamente había huido.

“Cuando decidiste abandonarnos”, le respondió bruscamente su esposa. “¡Cuando tuve que ver morir a Nesos!”

“¿Solo a Nesos?” dijo Berin.

“¿No es suficiente?” le respondió gritando Marita. “¿O no te importan tus hijos?”

“Hace un momento dijiste que Sartes también estaba muerto”, dijo Berin. “¿Deja de mentirme, Marita!”

“Sartes también está muerto”, insistió su mujer. “Los soldados vinieron y se lo llevaron. Lo sacaron a rastras para formar parte del ejército del Imperio y es solo un chico. ¿Cuánto tiempo crees que sobrevivirá siendo parte de esto? No, mis dos hijos han desaparecido, mientras Ceres...”

“¿Qué?” exigió Berin.

Marita negó con la cabeza. “Si hubieras estado aquí, esto no hubiera sucedido probablemente”.

“Tú estabas aquí”, escupió Berin, temblando de pies a cabeza. “En eso quedamos. ¿Crees que me quería ir? Se suponía que tú ibas a cuidarlos mientras yo encontraba dinero para que pudiéramos comer”.

La desesperanza se apoderó de Berin entonces y sintió que empezaba a llorar, como no había llorado desde que era un niño. Su hijo mayor estaba muerto. De entre todas las otras mentiras que había dicho Marita, esta parecía ser cierta. La pérdida dejaba un agujero que parecía imposible de llenar, incluso con el dolor y la rabia que crecían en su interior. Se obligó a sí mismo a concentrarse en los demás porque parecía el único modo de frenar que aquello lo abrumara.

“¿Los soldados se llevaron a Sartes?” preguntó. “¿Los soldados Imperiales?”

“¿Piensas que te estoy mintiendo sobre esto?” preguntó Marita.

“Ya no sé qué creer”, respondió Berin. “¿Ni siquiera intentaste detenerlos?”

“Me apuntaban con un cuchillo al cuello”, dijo Marita. “Tuve que hacerlo”.

“¿Qué tuviste que hacer?” preguntó Berin.

Marita negó con la cabeza. “Tuve que llamarlo para que saliera. Me hubieran matado”.

“¿O sea que se lo entregaste a cambio?”

“¿Qué piensas que podía hacer?” exigió Marita. “Tú no estabas aquí”.

Y Berin probablemente se sentiría culpable de ello mientras viviera. Marita tenía razón. Quizás si se hubiera quedado, esto no hubiera sucedido. Sin embargo, el sentirse culpable no sustituía al dolor o a la rabia. Tan solo se les añadía. Aquello borboteaba dentro de Berin, parecía algo vivo que luchaba por salir.

“¿Qué pasó con Ceres?” exigió él. Sacudió de nuevo a Marita. “¡Dime!” Quiero la verdad esta vez. ¿Qué hiciste?”

Sin embargo, Marita solo se echó hacia atrás de nuevo y, esta vez, se sentó sobre sus piernas en el suelo y se acurrucó sin ni siquiera alzar la vista para mirarlo. “Descúbrelo por ti mismo. Yo soy la que ha tenido que vivir con esto. Yo, no tú”.

Una parte de Berin deseaba seguir sacudiéndola hasta que le diera una respuesta. Esta parte quería sacarle la verdad a la fuerza, costara lo que costara. Pero él no era ese tipo de hombre y sabía que nunca podría serlo. Solo pensar en ello le repugnaba.

No se llevó nada de la casa cuando se marchó. No había nada allí que quisiera. Cuando miró hacia atrás a Marita, tan envuelta totalmente en su propia amargura por haber abandonado a su hijo, intentó esconder lo que les había pasado a sus hijos, costaba creer que hubiera sucedido.

Berin salió al exterior, sacando con un parpadeo las últimas lágrimas que le quedaban. Cuando el brillo del sol le golpeó se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación. ¿Qué podía hacer? No podía ayudar a su hijo mayor, ya no, mientras los otros podían estar en cualquier sitio.

“No importa”, se dijo Berin a sí mismo. Sentía que la determinación dentro de él se convertía en algo parecido al hierro con el que trabajaba. “Esto no me detendrá”.

Quizás alguien por allí cerca había visto hacia donde habían ido. Seguro que alguien sabría dónde estaba el ejército y Berin sabía como cualquiera que un hombre que fabricaba espadas podría encontrar siempre un modo de acercarse al ejército.

Y en cuanto a Ceres...algo habría. Tenía que estar *en algún lugar*. Porque la alternativa era

impensable.

Berin echó un vistazo al campo que rodeaba su casa. Ceres estaba por allí en algún lugar. Igual que Sartre. Las siguientes palabras las dijo en voz alta, porque hacerlo parecía convertirlo en una promesa, para sí mismo, para el mundo, para sus hijos.

“Os encontraré a los dos”, juró. “Cueste lo que cueste”.

# CAPÍTULO CUATRO

Sartes corría entre las tiendas del campamento del ejército, respirando con dificultad, agarrando el pergamino en su mano y secándose el sudor de los ojos, sabiendo que si no llegaba pronto a la tienda de su comandante, lo azotarían. Se agachaba y zigzagueaba lo mejor que podía, a sabiendas de que su tiempo se estaba agotando. Ya lo habían detenido demasiadas veces.

Sartes ya tenía marcas de quemadura en sus espinillas de las veces que se había equivocado, su escozor era uno más entre muchos ahora. Parpadeaba, desesperado, mientras echaba un vistazo al campamento del ejército, intentando adivinar la dirección correcta para correr entre el interminable entramado de tiendas. Había letreros y estandartes que señalaban el camino, pero él todavía estaba intentando aprenderse los dibujos.

Sartes notó que algo le cogía el pie y a continuación se tambaleó, el mundo pareció ponerse del revés cuando cayó. Por un instante pensó que había tropezado con una cuerda, pero cuando alzó la vista vio a unos soldados riéndose. El que estaba a la cabeza era un hombre más mayor, con barba canosa de varios días y cicatrices de muchas batallas.

Entonces el miedo se apoderó de Sartes, pero también una especie de resignación; así era la vida en el ejército para un recluta como él. No exigió saber por qué el hombre lo había hecho, porque decir algo era un camino seguro hacia una paliza. Por lo que podía ver, prácticamente todo lo era.

En lugar de eso, se puso de pie y se sacudió todo el barro que pudo de la túnica.

“¿Qué estás haciendo, chaval?” exigió el soldado que le había hecho la zancadilla.

“Un encargo para mi comandante, señor”, dijo Sartes, levantando un trozo de pergamino para que el hombre lo viera. Él esperaba que aquello fuera suficiente para mantenerlo seguro. A menudo no lo era, a pesar de las normas que decían que las órdenes tenían prioridad por encima de cualquier otra cosa.

Desde el momento en que llegó allí, Sartes había aprendido que el ejército Imperial tenía un montón de normas. Algunas eran oficiales: sal del campamento sin permiso, niégate a cumplir órdenes, traiciona al ejército y te matarán. Ve por el camino equivocado, haz algo sin permiso y recibirás una paliza. Pero también había otras normas. Normas menos oficiales que era igual de peligroso romper.

“¿De qué encargo se trata?” exigió el soldado. Los demás se iban reuniendo alrededor ahora. En el ejército siempre faltaban fuentes de entrenamiento, así que si había la perspectiva de divertirse un poco a costa de un recluta, la gente prestaba atención.

Sartes hizo lo posible para parecer arrepentido. “No lo sé, señor. Solo tengo órdenes de entregar este mensaje. Puede leerlo si quiere”.

Aquel era un riesgo calculado. La mayoría de los soldados corrientes no sabía leer. Tenía la esperanza de que el tono no le valiera un coscorrón en la oreja por insubordinación, pero intentaba no mostrar miedo. No mostrar miedo era una de las normas que no estaban escritas. El ejército tenía al menos tantas de aquellas normas como de las oficiales. Normas acerca de a quien debías conocer para conseguir comida mejor. Acerca de quien conocía a quien y con quien debías tener cuidado, sin importar el rango. Conocerlas parecía la única manera de sobrevivir.

“¡Bien, entonces será mejor que continúes con él!” gritó el soldado, dando una patada a Sartes para que continuara moviéndose. Los que estaban allí se rieron como si fuera el mayor chiste que jamás hubieran visto.

Una de las más grandes normas no escritas parecía ser que los nuevos reclutas eran un blanco. Desde que llegó, a Sartes le habían dado puñetazos, bofetadas, palizas y empujones. Le habían hecho correr hasta desmayarse, para correr más a continuación. Le habían cargado con tantas herramientas que sentía que apenas podía mantenerse de pie, le habían hecho cargar con ellas, cavar hoyos en el suelo sin razón aparente y trabajar. Había escuchado historias de hombres en las filas a los que les gustaba hacer cosas

peores a los nuevos reclutas. Incluso si morían, ¿qué le importaba al ejército? Estaban allí para ser arrojados al enemigo. Todos esperaban que murieran.

Sartes había esperado morir desde el primer día. Al final del mismo, había tenido la sensación incluso de desearlo. Se había acurrucado dentro de la tienda extremadamente delgada que le habían asignado y temblaba, con la esperanza de que el suelo se lo tragara. Increíblemente, el día siguiente había sido peor. Otro recluta nuevo, cuyo nombre Sartes desconocía, había sido asesinado aquel día. Lo habían atrapado intentando escapar y les hicieron mirar a todos su ejecución, como si se tratara de algún tipo de lección. La única lección que Sartes había podido ver era lo cruel que el ejército era con cualquiera que mostrara que tenía miedo. Entonces fue cuando empezó a intentar esconder su miedo, sin mostrarlo aunque estuviera allí de fondo casi a cada instante que estaba despierto.

Hizo un rodeo entre las tiendas, cambiando brevemente las direcciones para dejarse caer por una de las tiendas que hacían de cantina donde, un día antes, uno de los cocineros había necesitado ayuda para escribir un mensaje para mandar a casa. El ejército apenas alimentaba a sus reclutas y Sartes sentía cómo su estómago rugía ante la expectativa de comida, pero no comió lo que llevaba con él mientras corría hacia la tienda de su comandante.

“¿Dónde has estado?” exigió el oficial. Su tono dejaba claro que haberse retrasado por culpa de otros soldados no contaría como excusa. Pero para entonces, Sartes ya lo sabía. En parte era la razón por la que Sartes había ido a la tienda que servía de cantina.

“Recogiendo esto de paso, señor”, dijo Sartes, sujetando la tarta de manzana que había oído que era la favorita del oficial. “Sabía que no tendría ocasión de conseguirla por sí mismo hoy”.

El semblante del oficial cambió al instante. “Muy considerado, recluta...”

“Sartes, señor”. Sartes no se atrevía a sonreír.

“Sartes. Podríamos usar a algunos soldados que sepan cómo pensar. Aunque para la próxima vez, recuerda que primero vienen las órdenes”.

“Sí, señor”, dijo Sartes. “¿Hay algo que necesite que haga, señor?”

El oficial le hizo un gesto con la mano para que se fuera. “Ahora mismo no, pero recordaré tu nombre. Despachado”.

Sartes salió del pabellón del comandante sintiéndose mucho mejor que cuando había entrado. No estaba seguro de que aquel pequeño acto fuera suficiente para salvarlo del retraso que le habían ocasionado los soldados. Sin embargo, por ahora parecía haber evitado el castigo y había conseguido alcanzar la posición en la que un oficial sabía quién era.

Parecía el filo de un cuchillo, pero el ejército entero lo parecía para Sartes entonces. Hasta el momento, había sobrevivido en el ejército con su astucia y yendo un paso por delante de la peor violencia que había allí. Había visto asesinar a chicos de su edad o darles tal paliza que era evidente que pronto morirían. Aún así, no estaba seguro de cuánto tiempo sería capaz de soportarlo. Para un recluta como él, este era el tipo de lugar donde la violencia y la muerte solo podían aplazarse tanto tiempo.

Sartes tragaba saliva al pensar en todas las cosas que podían ir mal. Un soldado podía excederse con una paliza. Un oficial podía ofenderse por una diminuta acción y ordenar un castigo pensado para disuadir a los demás por su crueldad. Podían mandarlo a la batalla en cualquier momento y había escuchado que los reclutas iban a la línea del frente para “hacer limpieza de los débiles”. Incluso el entrenamiento podía ser mortífero, cuando al ejército de poco le servían las armas desafiladas y a los reclutas les daban poca instrucción real.

El miedo que se escondía detrás de todos aquellos era que alguien descubriera que había intentado unirse a Rexo y a los rebeldes. No había manera de que lo hicieran, pero incluso la más mínima posibilidad era suficiente para sobrepasar a todas las demás. Sartes había visto el cuerpo de un soldado acusado de simpatizar con los rebeldes. Su propia unidad había recibido órdenes de cortarlo en pedazos para demostrar su lealtad. Sartes no quería terminar así. Tan solo pensar en ello era suficiente para que

se le apretara el estómago mucho más que por el hambre.

“¡Oye, tú!” llamó una voz y Sartre se sobresaltó. Era imposible deshacerse de la sensación de que quizás alguien había adivinado lo que estaba pensando. Se obligó a sí mismo a, por lo menos, parecer estar tranquilo. Al echar un vistazo Sartre vio a un soldado con la elaborada armadura musculosa de un sargento, con unas marcas de viruela en sus mejillas tan profundas que eran casi como otro paisaje. “¿Tú eres el mensajero del capitán?”

“Acabo de venir de llevar un mensaje para él, señor”, dijo Sartre. No era del todo mentira.

“Entonces ya me sirves. Ve y entérate por donde andan las carretas con mis suministros de madera. Si alguien te causa algún problema, le dices que te envía Venn”.

Sartre le hizo un saludo a toda prisa. “Enseguida, señor”.

Salió corriendo con el encargo, pero al irse no se centró en la misión que tenía entre manos. Tomó un camino más largo, un camino más enrevesado. Un camino que le permitiría espiar las afueras del campamento, sus embudos, un camino que le permitiría fisgonear en busca de puntos débiles.

Porque, muerto o no, Sartre iba a encontrar el modo de escapar aquella noche.

# CAPÍTULO CINCO

Lucio se abría camino a la fuerza entre la multitud de nobles que había en la sala del trono del castillo, echando humo por el camino. Echaba humo por el hecho de tener que abrirse camino a empujones, cuando todos los que estaban allí deberían apartarse a un lado y hacerle una reverencia, cediéndole el paso. Echaba humo por el hecho de que Thanos se estaba llevando toda la gloria, aplastando a los rebeldes de Haylon. Pero por encima de todo echaba humo por el modo en que habían ido las cosas en el Stade. La zorra de Ceres había echado a perder sus planes una vez más.

Más adelante, Lucio vio que el rey estaba en una profunda conversación con Cosmas, el viejo loco de la biblioteca. Lucio pensó que la última vez que había visto al sabio anciano fue de niño, cuando a todos les hicieron aprender datos ridículos sobre el mundo y su funcionamiento. Pero no, aparentemente, tras haber entregado aquella carta, que mostraba la verdadera traición de Ceres, Cosmas consiguió que el rey fuera todo oídos para él.

Lucio continuaba abriéndose camino hacia delante a la fuerza. A su alrededor, escuchaba los nobles de la corte en sus pequeñas conspiraciones. No muy lejos vio a su prima lejana Estefanía, riéndose del chiste que alguna otra noble con un aspecto perfecto había hecho. Ella echó un vistazo, aguantando la mirada a Lucio el tiempo suficiente para sonreírle. Lucio decidió que realmente era una cabeza hueca. Pero hermosa. Pensó que, quizás en el futuro, tendría la oportunidad de pasar más tiempo cerca de aquella chica noble. Él era como mínimo tan impresionante como Thanos, según cualquier valoración.

Sin embargo, por ahora, la rabia de Lucio por lo que había sucedido era demasiado grande incluso para que aquellos pensamientos lo distrajesen. Siguió sigilosamente hasta el pie de los tronos, justo hasta el borde de la tarima elevada.

“¡Todavía vive!” soltó mientras se acercaba al trono. No le importó que fuera lo suficientemente alto para que se oyera en toda la sala. Que lo escuchen, decidió. El hecho de que Cosmas estuviera todavía susurrando al rey y a la reina no cambiaba nada. Lucio se preguntaba qué interés podía tener lo que dijera un hombre que pasaba el tiempo entre pergaminos.

“¿Me oyeron?” dijo Lucio. “La chica está...”

“Viva todavía, sí”, dijo el rey, parándolo con la mano levantada para pedir silencio. “Estamos hablando de cuestiones más importantes. Thanos ha desaparecido en la batalla de Haylon”.

El gesto no era sino algo más que incrementaba la rabia de Lucio. Lo estaban tratando como a un sirviente al que se tiene que hacer callar, pensó. Aún así, esperó. No podía permitirse enfurecer al rey. Además, le llevó uno o dos segundos asimilar lo que acababa de escuchar.

¿Thanos había desaparecido? Lucio intentaba interpretar cómo le afectaba aquello. ¿Cambiaría esto su posición dentro de la corte? Volvió a echar un vistazo a Estefanía, meditabundo.

“Gracias, Cosmas”, dijo al fin la reina.

Lucio vio cómo el sabio descendía hasta la multitud de nobles que estaban observando. No fue hasta entonces que el rey y la reina le prestaron atención. Lucio intentaba mantenerse derecho. No permitiría que los demás vieran el resentimiento que ardía en su interior al menor insulto. Si alguien más lo hubiera tratado de aquella manera, él ya lo hubiera matado.

“Estamos al corriente de que Ceres sobrevivió a las últimas Matanzas”, dijo el Rey Claudio. Para Lucio, apenas parecía enojado por ello, y mucho menos ardiendo con la misma rabia que le inundaba a él al pensar en la campesina.

Pero, claro, pensó Lucio, el rey no ha sido derrotado por la chica. No una vez, sino dos, porque ella también lo había vencido con algún engaño cuando fue a su habitación para darle una lección. Lucio sentía que tenía toda la razón, todo el *derecho*, de tomarse su supervivencia como algo personal.

“Entonces ya estarán al corriente de que no se puede permitir que esto continúe”, dijo Lucio. No pudo

mantener su tono tan elegante como debería ser. “Deben hacer algo con ella”.

“¿Debemos?” dijo la Reina Athena. “Cuidado, Lucio. Todavía somos tus gobernantes”.

“Con respeto, sus majestades”, dijo Estefanía y Lucio observó cómo se deslizaba hacia delante, con su ceñido vestido de seda. “Lucio tiene razón. Ceres no debe continuar con vida”.

Lucio vio que el rey estrechaba los ojos ligeramente.

“¿Y qué sugieres que hagamos?” exigió el Rey Claudio. ¿Qué la arrastremos hasta la arena y le cortemos la cabeza? Estefanía, tú eres la que sugirió que debía luchar. No puedes quejarte si no muere lo suficientemente rápido para tu gusto”.

Lucio comprendía esa parte, por lo menos. No había un pretexto para su muerte y la gente parecía exigir eso para aquellos que les gustaban. Más sorprendentemente aún, ellos parecían quererla. ¿Por qué? ¿Por qué sabía luchar un poco? Según Lucio, cualquier estúpido podía hacerlo. Muchos estúpidos lo hacían. Si la gente tenía algún juicio, darían su amor a quien lo merecía: a sus legítimos gobernantes.

“Comprendo que no puede ser simplemente ejecutada, su majestad”, dijo Estefanía, con una de aquellas sonrisas inocentes que Lucio había notado que hacía tan bien.

“Me alegra que lo comprendas”, dijo el rey claramente enojado. “¿También comprendes lo que sucedería si ahora *resultara* herida?” ¿Ahora que ha luchado? ¿Ahora que ha ganado?”

Evidentemente Lucio lo comprendía. No era ningún niño para el cual la política era un paisaje extraño. Estefanía lo resumió. “Avivaría la revolución, su majestad. La gente de la ciudad podría rebelarse”.

“No existe un “podría” en esto”, dijo el Rey Claudio. “Tenemos el Stade por una razón. El pueblo tiene sed de sangre y les damos lo que están buscando. Esta necesidad de violencia puede girarse en nuestra contra con la misma facilidad”.

Lucio se rio de aquello. Costaba creer que un rey realmente pensara que el populacho de Delos sería capaz alguna vez de borrarlos del mapa. Eran gentuza. Dales una lección, pensó. Mata a suficientes de ellos, muéstrales las consecuencias de sus actos con suficiente dureza y pronto los tendrás a raya.

“¿Hay algo que te haga gracia, Lucio?” le preguntó la reina y Lucio escuchó la afilada astucia en ello. Al rey y a la reina no les gustaba que se rieran de ellos. Sin embargo, gracias a Dios, tenía una respuesta.

“Es tan solo que la respuesta a todo esto parece evidente”, dijo Lucio. “No estoy pidiendo que Ceres sea ejecutada. Estoy diciendo que subestimamos sus habilidades como luchadora. La próxima vez, no debemos hacerlo”.

“¿Y darle la excusa para hacerse más popular si gana?” preguntó Estefanía. “La gente la quiere por su victoria”.

Lucio sonrió ante esto. “¿Has visto la manera en que reaccionaron los plebeyos en el Stade?” preguntó. Él entendía esta parte, aunque los demás no lo hicieran.

Vio cómo Estefanía resoplaba. “Procuró no mirar, primo”.

“Pero los habrás escuchado. Gritan los nombres de sus favoritos. Aúllan por la sangre. Y cuando sus favoritos caen, ¿entonces qué sucede?” Miró a su alrededor, en parte esperando a que alguien tuviera una respuesta para él. Ante su decepción, nadie la tenía. Quizás Estefanía no era lo suficientemente inteligente para verlo. A Lucio eso no le importaba.

“Llaman los nombres de los nuevos ganadores”, explicó Lucio. “Lo quieren tanto como querían a los anteriores. Oh, ahora exigen a esta chica, pero cuando cuando esté tumbada en la arena sangrando, aullarán por su muerte tan rápidamente como para cualquier otro. Solo tenemos que amontonar las posibilidades un poco más contra ella”.

El rey parecía estar meditando sobre ello. “¿Qué tienes en mente?”

“Si esto nos sale mal”, dijo la reina, “todavía la querrán más”.

Finalmente, Lucio sintió que su rabia era sustituida por algo más: satisfacción. Echó una mirada hacia las puertas de la sala del trono, donde uno de sus asistentes estaba de pie esperando. Un chasquido de sus dedos fue suficiente para que el hombre echara a correr, pero entonces, todos los sirvientes de Lucio

aprendieron rápidamente que enfurecerlo era cualquier cosa menos sensato.

“Yo tengo un remedio para esto”, dijo Lucio, haciendo un gesto hacia la puerta.

El hombre encadenado que entró hacía fácilmente más de dos metros de altura, tenía la piel negra como el ébano y unos músculos que sobresalían por debajo de la corta falda plegada que llevaba. Su carne estaba cubierta de tatuajes; el mercader que le había vendido el combatiente le había contado a Lucio que cada uno de ellos representaba a un rival que había matado en un solo combate, tanto dentro del Imperio como en las tierras lejanas del sur donde lo habían encontrado.

Aún así, lo más intimidante de todo no era el tamaño del hombre o su fuerza. Era la mirada de sus ojos. Había algo en ellos que simplemente no parecía comprender cosas como la compasión o la misericordia, el dolor o el miedo. Podría haberles arrancado las extremidades una tras otra alegremente sin sentir nada en absoluto. En el torso del guerrero había cicatrices, donde los cuchillos le habían impactado. Lucio no podía imaginar que aquella expresión cambiara ni incluso entonces.

Lucio disfrutaba al ver las reacciones de los demás al ver al luchador, encadenado como una bestia salvaje y caminando decididamente entre ellos. Algunas mujeres hicieron pequeños ruidos de miedo, mientras los hombres daban un paso hacia atrás y parecían percibir instintivamente lo peligroso que era aquel hombre. El miedo parecía favorecer que hubiera un vacío ante él y Lucio disfrutaba del efecto que tenía aquel combatiente. Vio cómo Estefanía daba un paso hacia atrás a toda prisa para apartarse del camino y Lucio sonrió.

“Le llaman el Último Suspiro”, dijo Lucio. “Jamás ha perdido una pelea y nunca deja a un rival con vida. Decid hola”, dijo sonriendo maliciosamente, “al próximo -y último- rival de Ceres”.

# CAPÍTULO SEIS

Cuando Ceres despertó todo estaba oscuro, solo la luz de la luna que se colaba a través de los postigos y una única vela parpadeando iluminaban la habitación. Ella luchaba por recuperar la conciencia, recordando. Recordaba las garras de la bestia desgarrándola y solo el recuerdo parecía bastar para reunir el dolor en ella. Este estalló en su espalda al darse media vuelta para ponerse de lado, lo suficientemente ardiente y repentino para hacerla gritar. El dolor la consumía todo el rato.

“Oh”, dijo una voz, “¿te duele?”

Una silueta apreció ante sus ojos. Al principio Ceres era incapaz de reconocer los detalles, pero poco a poco se pusieron en su sitio. Estefanía estaba sobre su cama, tan pálida como los rayos de luz de luna que la envolvían, formando una figura perfecta de la inocente noble, que estaba allí para visitar a los enfermos y heridos. Ceres no tenía ninguna duda de que era intencionado.

“No te preocupes”, dijo Estefanía. Para Ceres, las palabras todavía parecían venir de muy lejos, luchando por abrirse camino entre la niebla. “Los curanderos de aquí te dieron algo para ayudarte a dormir mientras te cosían. Parecían bastante impresionados porque seguías con vida y querían sacarte todo el dolor”.

Ceres vio que sostenía una pequeña botella. Era de un verde apagado en contraste con la palidez de la mano de Estefanía, tapada con un corcho y brillante por el borde. Ceres vio que la chica noble sonreía y aquella sonrisa parecía estar hecha de puntas afiladas.

“A mí no me impresiona que hayas logrado vivir”, dijo Estefanía. “Esta no era *para nada* la idea”.

Ceres intentó alcanzarla con la mano. En teoría, este debería ser el momento perfecto para escapar. Si hubiera tenido más fuerza, podría haber pasado por delante de Estefanía y haber ido hacia la puerta. Si hubiera encontrado el modo de combatir la nubosidad que parecía llenar su cabeza hasta el punto más álgido, podría haber agarrado a Estefanía y obligado a ayudarla a escapar.

Pero parecía que su cuerpo solo la obedecía de forma perezosa, reaccionando bastante tiempo después de lo que ella quería. Era lo único que Ceres pudo hacer para incorporarse envuelta con sus sábanas e incluso esto le trajo una ráfaga de agonía.

Vio que Estefanía pasaba un dedo por debajo de la botella que sostenía. “Oh, no te preocupes, Ceres. Existe una razón por la que te sientes tan indefensa. Los curanderos me pidieron que me asegurara de que te tomabas la dosis de tu medicina, y así lo hice. En parte, por lo menos. Lo suficiente para mantenerte dócil. No lo suficiente para quitarte el dolor, en realidad”.

“¿Qué he hecho para que me odies tanto?” preguntó Ceres, aunque ya conocía la respuesta. Ella había estado cerca de Thanos y él la había rechazado. “¿Tanto te importa realmente tener a Thanos como marido?”

“No se entienden tus palabras, Ceres”, dijo Estefanía, con otra de aquellas sonrisas en las que Ceres no veía ninguna amabilidad de fondo. “Y yo no te odio. El odio significaría, de algún modo, que tú mereces ser mi enemiga. Dime, ¿sabes algo sobre el veneno?”

Tan solo mencionarlo fue suficiente para que el corazón de Ceres se acelerara y la ansiedad creciera en su pecho.

“El veneno es un arma muy elegante”, dijo Estefanía, como si Ceres no estuviera ahí. “Mucho más que los cuchillos y las lanzas. ¿Piensas que eres tan fuerte porque juegas a las espadas con todos los combatientes de verdad? Sin embargo, podría haberte envenenado fácilmente mientras dormías. Podría haberle añadido algo a la bebida que te tomas antes de dormir. Sencillamente, podría haberte dado tanto que no levantarías jamás”.

“Se hubieran enterado”, consiguió decir Ceres.

Estefanía encogió los hombros. “¿Les hubiera importado? En cualquier caso, hubiera sido un

accidente. Pobre Estefanía, intentaba ayudar, pero realmente no sabía lo que hacía, le dio a nuestra nueva combatiente demasiada medicina”.

En tono de burla, se tapó la boca con la mano como si se sorprendiera. Era la mímica perfecta del remordimiento y la sorpresa, incluso por la lágrima que brillaba en el rabillo de su ojo. Cuando volvió a hablar, a Ceres le sonó diferente. Su voz estaba llena de lamento y recelo. Incluso estaba un poco agarrada, como si estuviera reprimiendo la necesidad de llorar.

“Oh, no. ¿Qué he hecho? Yo no quería. Yo pensaba... ¡Pensaba que lo había hecho exactamente como me dijeron!”

Entonces se rio y, en aquel instante, Ceres vio cómo era realmente. Pudo ver el papel que tan cuidadosamente interpretaba Estefanía todo el tiempo. ¿Cómo no se daba cuenta nadie? se preguntaba Ceres. ¿Cómo no veían lo que había detrás de aquellas hermosas sonrisas y la delicada risa?

“Todos piensas que soy estúpida, ¿sabes?” dijo Estefanía. Ahora estaba más erguida y a Ceres le pareció mucho más peligrosa que antes. “Me cuido mucho de *asegurarme* que piensen que soy estúpida. Oh, no estés tan preocupada, no voy a envenenarte”.

“¿Por qué no?” preguntó Ceres. Ella sabía que debía de haber una razón.

A la luz de la vela vio que el gesto de Estefanía se endurecía, el ceño fruncido arrugaba la piel de su frente, suave por otro lado.

“Porque esto sería demasiado fácil”, dijo Estefanía. “Después del modo en que Thanos y tú me humillasteis, quiero veros sufrir. Los dos os lo merecéis”.

“No hay nada más que puedas hacerme”, dijo Ceres, aunque en aquel momento no parecía que fuera así. Estefanía podía haber ido hacia su cama y la podía haber herido de cien maneras diferentes y Ceres sabía que hubiera estado indefensa para detener aquello. Ceres sabía que la noble no tenía ni idea de luchar, pero ahora mismo la podría vencer fácilmente.

“Por supuesto que lo hay”, dijo Estefanía. “En el mundo existen armas incluso mejores que el veneno. Las palabras adecuadas, por ejemplo. Vamos a ver. ¿Cuáles de ellas te dolerán más? Tu querido Rexo está muerto, por supuesto. Vamos a empezar con esto”.

Ceres intentó que la conmoción no se reflejara para nada en su rostro. Intentaba que el dolor no se elevara lo suficiente como para que la noble pudiera verlo. Pero por la mirada de satisfacción en la cara de Estefanía, supo que debía haber algún destello.

“Murió luchando por ti”, dijo Estefanía. “Pensé que querrías saber esta parte. Esto lo hace mucho más... romántico”.

“Mientes”, insistió Ceres, pero en algún lugar en su interior sabía que no era así. Solo diría una cosa así si fuera una verdad que Ceres pudiese comprobar, algo que dolería y continuaría doliendo cuando descubriera la realidad que había en ello.

“No me hace falta mentir. No cuando la verdad es mucho mejor”, dijo Estefanía. “Thanos también está muerto. Murió luchando en Haylon, allí mismo en la playa”.

Una nueva ola de dolor golpeó a Ceres, apoderándose de ella y amenazando con llevarse toda sensación de ella misma. Había discutido con Thanos antes de que este se fuera, sobre la muerte de su hermano y sobre lo que tenía intención de hacer, luchar contra la rebelión. Nunca pensó que estas podían ser las últimas palabras que le diría. Había dejado un mensaje a Cosmas específicamente para que no lo fueran.

“Hay otra cosa más”, dijo Estefanía. “¿Tu hermano pequeño? ¿Sartes? Se lo ha llevado el ejército. Me aseguré de que los que se lo llevaron no hicieran la vista gorda con él solo porque era el hermano de la armera de Thanos”.

Esta vez Ceres intentó abalanzarse sobre ella, la furia que la llenaba la impulsó a saltar sobre la chica noble. Sin embargo, con lo débil que estaba, no tenía ninguna posibilidad de éxito. Sintió que sus piernas se enredaban con las sábanas de la cama, haciéndola caer al suelo y, al alzar la vista, vio a Estefanía.

“¿Cuánto tiempo crees que durará tu hermano en el ejército?” preguntó Estefanía. Ceres vio que su gesto cambiaba a algo parecido a una pena en plan de burla. “Pobre chico. Son muy crueles con los reclutas. Al fin y al cabo, prácticamente todos ellos son unos traidores”.

“¿Por qué?” consiguió decir Ceres.

Estefanía extendió sus manos. “Me quitaste a Thanos y esto era todo lo que yo había planeado para mi futuro. Ahora, yo te lo voy a quitar todo”.

“Te mataré”, prometió Ceres.

Estefanía se rio. “No tendrás ocasión. Esto” –extendió su mano para tocarle la espalda y Ceres tuvo que morderse el labio para no gritar- “no es nada. Aquel pequeño combate en el Stade no fue nada. Los peores combates que puedas imaginar te estarán esperando, una y otra vez, hasta que mueras”.

“¿Piensas que la gente no se dará cuenta?” dijo Ceres. “¿Piensas que no adivinarán lo que estás haciendo? Me arrojaste allí porque pensaste que se sublevarían. ¿Qué harán si piensan que los estás engañando?”

Ella vio que Estefanía negaba con la cabeza.

“La gente ve lo que quiere ver. Contigo, parece ser que quieren ver a su princesa combatiente, la chica que sabe luchar tan bien como cualquier hombre. Se lo creerán y te querrán, hasta el punto en el que te conviertas en un hazmerreír allí en la arena. Observarán cómo te hacen pedazos, pero antes de esto aclamarán para que suceda”.

Ceres solo vio cómo Estefanía se dirigía hacia la puerta. La chica noble se detuvo, se giró hacia ella y, por un instante, pareció tan dulce e inocente como siempre.

“Oh, casi se me olvida. Intenté darte tu medicina, pero no pensé que podrías tirarla de un golpe de mi mano antes de que pudiera darte suficiente”.

Sacó el botellín que llevaba antes y Ceres vio cómo lo tiraba y este caía al suelo. Se hizo añicos, los trocitos se esparcieron por el suelo de la habitación de Ceres en astillas que harían que fuera doloroso y peligroso para ella intentar regresar a la cama. Ceres no dudaba que Estefanía había planeado que así fuera.

Vio cómo la chica noble agarraba la vela que iluminaba la habitación y, por poco tiempo, en el instante antes de que la apagara, la dulce sonrisa de Estefanía se desvaneció de nuevo para ser sustituida por algo cruel.

“Estaré allí para bailar en tu funeral, Ceres. Te lo prometo”.

# CAPÍTULO SIETE

“Sigo diciendo que deberíamos destriparlo y arrojar su cuerpo para que los otros soldados del Imperio lo encuentren”.

“Eso es porque eres idiota, Nico. Aunque encontraran un cuerpo más entre el resto, ¿quién te dice que les importara? Y además tendríamos el inconveniente de llevarlo hasta algún lugar donde lo vieran. No. Debemos pedir un rescate”.

Thanos estaba sentado en la cueva donde los rebeldes se habían refugiado por un instante y escuchaba cómo discutían sobre su destino. Tenía las manos atadas delante de él, pero por lo menos se habían esforzado en poner un parche y vendar sus heridas, dejándolo frente a una pequeña hoguera para que no se congelara mientras decidían si lo mataban a sangre fría o no”.

Los rebeldes estaban sentados en otras hogueras, apiñados a su alrededor, discutiendo qué podían hacer para evitar que la isla cayera ante el Imperio. Hablaban en voz baja, para que Thanos no pudiera escuchar los detalles, pero él ya había pillado el quid de la cuestión: estaban perdiendo y perdiendo estrepitosamente. Estaban en las cuevas porque no tenían otro lugar al que ir.

Después de un rato, el que era evidentemente su líder vino y se sentó delante de Thanos, con las piernas cruzadas sobre la dura piedra del suelo de la cueva. Empujó un pedazo de pan que Thanos devoró con hambre. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado desde que comió por última vez.

“Me llamo Akila”, dijo el otro hombre. “Estoy al mando de esta rebelión”.

“Thanos”,

“¿Solo Thanos?”

Thanos notó la curiosidad y la impaciencia en su respuesta. Se preguntaba si el otro hombre había descubierto quien era. De cualquier modo, la verdad parecía ser la mejor opción en aquel momento.

“Príncipe Thanos”, confesó.

Akila permaneció sentado delante de él durante varios segundos y Thanos se preguntaba si era entonces cuando iba a morir. Había estado muy cerca cuando los rebeldes pensaron que era solo otro noble sin nombre. Ahora que ya sabían que pertenecía a la familia real, que era cercano al rey que tanto los oprimía, parecía imposible que hicieran otra cosa.

“Un príncipe”, dijo Akila. Miró a los demás, que estaban a su alrededor, y Thanos vio un destello de sonrisa. “Hey, chicos, tenemos a un príncipe aquí”.

“¡Entonces está claro que debemos pedir un rescate por él!” exclamó uno de los rebeldes. “¡Valdrá una fortuna!”

“Está claro que deberíamos matarlo”, dijo otro bruscamente. “¡Pensad en todo lo que nos han hecho los de su especie!”

“De acuerdo, ya es suficiente”, dijo Akila. “Concentraos en la batalla que tenemos por delante. Esta será una noche larga”.

Thanos escuchó un ligero suspiro de otro hombre mientras los hombres volvían a sus hogueras.

“¿No está yendo bien, entonces?” dijo Thanos. “Antes dijiste que vuestro bando estaba perdiendo”.

Akila le dirigió una mirada penetrante. “Yo debo saber cuando tengo que cerrar la boca. Quizás deberías saberlo tú también”.

“De todas formas, estáis pensando si me matáis”, resaltó Thanos. “Me imagino que no tengo mucho que perder”.

Thanos esperó. Este no era el tipo de hombre al que debía insistir para que le diera respuestas. Había algo duro en Akila. Thanos imaginaba que le hubiera gustado si lo hubiera conocido en otras circunstancias.

“De acuerdo”, dijo Akila. “Sí, estamos perdiendo. Tus Imperiales tienen más hombres que nosotros y

no os importa el daño que podáis hacer. La ciudad está sitiada por tierra y por mar, así que nadie puede escapar. Lucharemos desde las colinas, pero cuando podáis reabasteceros por agua, no hay mucho que nosotros podamos hacer. Draco puede que sea un asesino, pero es inteligente”.

Thanos asintió con la cabeza. “Lo es”:

“Y evidentemente, tú probablemente estabas allí cuando lo planearon todo”, dijo Akila.

Ahora Thanos lo comprendía. “¿Era esta la esperanza que tenías? ¿Qué yo conociera todos sus planes?” Negó con la cabeza. “No estaba allí cuando los hicieron. Yo no quería estar aquí y solo vine porque me escoltaron hasta el barco bajo vigilancia. Quizás si hubiera estado allí, hubiera escuchado la parte en la que planearon apuñalarme por la espalda”.

Entonces pensó en Ceres, en el modo en que le habían obligado a dejarla atrás. Esto dolía más que todo lo demás junto. Si alguien en una situación de poder iba a intentar matarlo a él, ¿qué le harían a ella? se preguntaba.

“Tienes enemigos”, Akila estaba de acuerdo. Thanos vio cómo apretaba y relajaba una mano, como si la larga batalla por la ciudad hubiera empezado a provocarle calambres. “Incluso son mis mismos enemigos. Aunque no sé si esto te convierte en mi amigo”.

Thanos echó una atenta mirada al resto de la cueva. Al asombrosamente bajo número de soldados que allí quedaban. “Ahora mismo, parece que podrías arreglártelas con todos los amigos que tienes”.

“Aún así eres un noble. Todavía tienes tu posición a causa de la sangre del pueblo llano”, dijo Akila. Suspiró de nuevo. “Parece ser que si te mato, haré lo que Draco y sus capitanes quieren, pero como tú bien me has dicho, no saco nada contigo. Tengo una batalla que ganar y no tengo tiempo de tener prisioneros si estos no saben nada. Es decir, ¿qué se supone que tengo que hacer contigo, Príncipe Thanos?”

A Thanos le dio la impresión de que hablaba en serio. De que realmente quería una solución mejor. Thanos pensó rápidamente.

“Creo que tu mejor opción es soltarme”, dijo.

Akila rio ante esto. “Buen intento. Si esto es lo mejor que puedes parecer, quédate quieto. Intentaré que sea lo menos doloroso posible”.

Thanos vio que su mano iba hacia una de sus espadas.

“Lo digo en serio”, dijo Thanos. “No puedo ayudarte a ganar la batalla por la isla si estoy aquí”.

Veía la incredulidad de Akila y la certeza de que aquello tenía que ser una trampa. Thanos continuó rápidamente, sabiendo que la única esperanza de supervivencia en los siguientes pocos minutos yacía en convencer a este hombre de que él quería ayudar a la rebelión.

“Tú mismo dijiste que uno de los mayores problemas es que el Imperio tiene a su flota respaldando el ataque”, dijo Thanos. “Sé que dejaron provisiones en los barcos porque estaban deseosos de ir al ataque. Así que podemos tomar sus barcos”.

Akila se puso de pie. “¿Lo habéis oído, chicos? Este príncipe que tenemos aquí tiene un plan para arrebatarnos los barcos al Imperio”.

Thanos vio que los rebeldes empezaban a reunirse alrededor.

“¿De qué nos serviría?” preguntó Akila. “Tomamos sus barcos, pero ¿después qué?”

Thanos se explicó lo mejor que pudo. “Por lo menos, proporcionará una ruta de escape para algunas de las personas de la ciudad y para más de tus soldados. También dejaremos sin provisiones a los soldados del Imperio, de modo que no podrán continuar por mucho tiempo. Y luego están las balistas”.

“¿Qué son?” exclamó uno de los rebeldes. Parecía que no llevaba mucho como soldado. Por lo que Thanos veía, muy pocos de los que había allí lo parecían.

“Lanzadoras de flechas”, explicó Thanos. “Armas diseñadas para hacer daño a otros barcos, pero que si se dirigen contra los soldados que estén cerca de la orilla...”

Akila parecía, por lo menos, estar considerando las posibilidades. “Esto sería algo”, admitió. “Y

podemos prender fuego a los barcos que no usemos. Como poco, Draco haría retroceder a sus hombres para intentar recuperar sus barcos. Pero ¿cómo tomamos esos barcos para empezar, Príncipe Thanos? Sé que de donde tú vienes, si un príncipe pide algo, lo consigue, pero dudo que esto se aplique a la flota de Draco”.

Thanos se obligó a así mismo a sonreír con un nivel de seguridad que no sentía. “Eso es casi exactamente lo que haremos”.

De nuevo, Thanos tuvo la impresión de que Akila lo estaba comprendiendo más rápido que cualquiera de sus hombres. El líder rebelde sonrió.

“Estás loco”, dijo Akila. Thanos no sabía si aquello era un insulto o no.

“Hay suficientes muertos en la playa”, explicó Thanos, para que los demás lo entendieran. “Les quitamos las armaduras y nos dirigimos a los barcos. Conmigo allí, parecerá que somos una compañía de soldados que vuelve de la batalla en busca de provisiones”.

“¿Qué pensáis?” preguntó Akila.

Con la hoguera que parpadeaba dentro de la cueva, Thanos no podía distinguir a los hombres que hablaban. En vez de eso, sus preguntas parecían salir de la oscuridad, de manera que no podía saber quién estaba de acuerdo con él, quién dudaba de él y quién lo quería muerto. Aún así, esto no era peor que la política que había donde él venía. En muchos aspectos, era mejor, ya que por lo menos nadie le estaba sonriendo por delante mientras conspiraba para matarle.

“¿Qué pasa con los guardias de los barcos?” preguntó uno de los rebeldes.

“No habrá muchos”, dijo Thanos. “Y sabrán quién soy”.

“¿Qué pasa con toda la gente que morirá en la ciudad mientras nosotros hacemos esto?” exclamó otro.

“Ahora están muriendo”, insistió Thanos. “Como mínimo, de este modo tenéis una manera de defenderos. Hagámoslo bien y podremos salvar a cientos, sino a miles de ellos”.

Se hizo el silencio y la última pregunta salió como una flecha.

“¿Podemos fiarnos de él, Akila? No es solo uno de ellos, es un *noble*. Un *príncipe*”.

Thanos giró al contrario de la dirección en que venía la voz, para que todos pudieran ver su espalda. “Me apuñalaron por la espalda. Me abandonaron para que muriera. Tengo tantos motivos para odiarles como cualquier hombre que esté aquí”.

En aquel instante, no solo pensaba en el Tifón. Pensaba en todo lo que su familia le había hecho a la gente de Delos y en todo lo que le habían hecho a Ceres. Si no le hubieran obligado a ir a la Plaza de la Fuente, nunca hubiera estado allí cuando su hermano murió.

“Podemos quedarnos aquí sentados”, dijo Thanos, “o podemos actuar. Sí, será peligroso. Si descubren nuestro engaño, probablemente estamos muertos. Yo estoy dispuesto a arriesgarme. ¿Y vosotros?” Al no responder nadie, Thanos alzó la voz. “¿Y vosotros?”

Le vitorearon como respuesta. Akila se acercó a él y puso una mano encima del hombro de Thanos.

“De acuerdo, Príncipe, parece ser que haremos las cosas a tu manera. Saca esto adelante y tendrás un amigo de por vida”. Apretó la mano hasta que Thanos sintió que el dolor llegaba hasta su espalda.

“Pero traiciónanos, haz que maten a mis hombres y te juro que te perseguiré”.

# CAPÍTULO OCHO

Había partes de Delos a las que Berin no iba normalmente. Eran partes que para él apestaban a sudor y a desesperación, pues la gente hacía todo lo necesario para buscarse la vida. Rechazó ofertas provenientes de las sombras, lanzando miradas duras a los que allí moraban para mantenerlos alejados.

Si descubrían el oro que llevaba encima, Berin sabía que le cortarían el cuello, abrirían el monedero que llevaba bajo la túnica y los gastarían todo en las tabernas del pueblo y en las casas de juego antes de que acabara el día. Eran lugares así los que él buscaba ahora, porque ¿dónde sino iba a encontrar soldados cuando no están trabajando? Como herrero, Berin conoció luchadores y conocía los lugares a los que iban.

Tenía oro porque había ido a ver a un mercader y se había llevado dos puñales que había forjado como muestras para aquellos que podían darle trabajo. Eran objetos hermosos, dignos del cinturón de cualquier noble, trabajados con filigranas de oro y con escenas de caza grabadas en las hojas. Eran los últimos objetos de valor que le quedaban en el mundo. Había hecho cola junto a otras doce personas delante de la mesa del mercader y no había conseguido ni la mitad de lo que él sabía que valían.

Para Berin, eso no tenía importancia. Lo único que importaba era encontrar a sus hijos y eso requería oro. Oro que podía usar para comprar cerveza para las personas adecuadas, oro que podía apretar contra las manos adecuadas.

Se abría camino a través de las tabernas de Delos y este era un proceso lento. No podía simplemente salir y hacer las preguntas que quería hacer. Debía ir con cuidado. Ayudaba el hecho que tenía algunos amigos en la ciudad y algunos más en el ejército del Imperio. A lo largo de los años, sus espadas habían salvado la vida a más de un hombre.

Encontró al hombre que buscaba medio borracho a media tarde, sentado en una taberna y oliendo tan mal que se había creado un espacio libre a su alrededor. Berin imaginó que tan solo el uniforme del Imperio era lo que evitaba que lo echaran a la calle. Bien, esto y el hecho que Jacare estaba tan gordo que hubieran hecho falta la mitad de clientes de la taberna para levantarlo.

Berin vio que el hombre alzaba la vista mientras él se acercaba. “¿Berin? ¡Mi viejo amigo! ¡Ven a beber conmigo! Aunque te tocará pagar a ti. Ahora mismo estoy un poco...”

“¿Gordo? ¿Bebido?” adivinó Berin. Sabía que al otro no le importaría. El soldado parecía esforzarse por ser el peor ejemplo del ejército Imperial. Incluso parecía enorgullecerse de manera perversa de ello.

“...mal económicamente”, acabó Jacare.

“Podría ayudarte con esto”, dijo Berin. Pidió bebidas, pero no tocó la suya. Debía mantener la cabeza despejada si tenía que encontrar a Ceres y a Sartes. A cambio, esperó mientras Jacare se terminaba la suya con un ruido que a Berin le pareció el de un burro en un abrevadero.

“¿Y qué trae a un hombre como tú ante mi humilde presencia?” preguntó Jacare después de un rato.

“Vengo en busca de noticias”, dijo Berin. “El tipo de noticias que un nombre en tu posición puede haber escuchado”.

“Ah, bien, noticias. Las noticias son un asunto que tiene sed. Y probablemente caro”.

“Estoy buscando a mi hijo y a mi hija”, explicó Berin. Con otra persona, esto podría haberle valido algo de compasión, pero sabía que con un hombre como aquel, esto no tendría mucho efecto.

“¿Tu hijo? Nesos, ¿verdad?”

Berin se inclinó sobre la mesa y puso su mano cerca de la muñeca de Jacare cuando este se disponía a tomarse otro trago. No le quedaba mucha de la fuerza que había conseguido forjando martillos, pero tenía la suficiente para hacer que el otro hombre hiciera un gesto de dolor. Bien, pensó Berin.

“Sartes”, dijo Berin. “Mi hijo mayor está muerto. El ejército se llevó a Sartes. Sé que tú oyes cosas. Quiero saber dónde está y quiero saber dónde está mi hija, Ceres”.

Jacare se recostó y Berin dejó que lo hiciera. No estaba seguro de si podría haberlo retenido durante mucho tiempo, de todos modos.

“Es el tipo de cosa que puede que haya escuchado”, confesó el soldado, “pero este tipo de cosas son difíciles. Yo tengo gastos”.

Berin sacó el pequeño monedero con el oro. Lo vertió sobre la mesa, lo suficientemente lejos para que el otro hombre no pudiera cogerlo fácilmente.

“¿Esto cubrirá tus “gastos”?” preguntó Berin, mientras miraba hacia la copa del otro hombre. Vio cómo el hombre contaba el oro, probablemente calculando si podía conseguir más.

“Tu hija es la fácil”, dijo Jacare. “Está en el castillo con los nobles. Anunciaron que iba a casarse con el Príncipe Thanos”.

Berin soltó un suspiro de alivio ante eso, aunque no estaba seguro de qué pensar. Thanos era uno de los pocos nobles con algo de decencia para él, ¿pero un matrimonio?

“Tu hijo es mas complicado. Déjame pensar. Escuché que algunos reclutadores de la Veintitrés estaban haciendo rondas por tu barrio, pero no hay garantías de que fueran ellos. Si lo son, están acampados un poco más al sur, intentando entrenar a los reclutas para que luchen contra los rebeldes”.

Al pensarlo la bilis subió hasta la boca de Berin. Podía imaginar cómo el ejército trataría a Sartés y lo que significaría aquel “entrenamiento”. Debía recuperar a su hijo. Pero Ceres estaba más cerca y lo cierto era que debía ver a su hija antes de ir en busca de Sartés. Se puso de pie.

“¿No vas a acabarte tu bebida?” preguntó Jacare.

Berin no respondió. Iba a ir al castillo.

\*\*\*

Para Berin era más fácil entrar en el castillo de lo que lo hubiera sido para cualquier otro. Había pasado un tiempo, pero había sido él el que había venido aquí para hablar de los requisitos de las armas de los combatientes o para traer piezas especiales para los nobles. Fue muy sencillo fingir que había vuelto por trabajo y pasar por delante de los guardias de las puertas exteriores hasta llegar al espacio donde los luchadores se preparaban.

El siguiente paso era ir de allí hasta donde fuera que estuviera su hija. Había una puerta con rejas entre el espacio abovedado donde los guerreros practicaban y el resto del castillo. Berin tuvo que esperar a que esta se abriera desde el otro lado, pasar a toda prisa por delante del guardia que lo hizo e intentar fingir que tenía algo muy importante que hacer en algún otro lugar del castillo.

Así lo hizo, pero la mayoría de los que estaban en aquel lugar no lo iba a entender de ese modo.

“¡Eh, tú! ¿Dónde te crees que vas?”

Berin se quedó paralizado ante el duro tono de aquella frase. Antes de girarse sabía que habría un guardia allí y que no tenía una excusa que lo satisficiera. Por ahora, lo mejor que podía esperar era que lo echaran del castillo antes de que pudiera acercarse a ver a su hija. Lo peor supondría las mazmorras del castillo o quizás que lo arrastraran para ejecutarlo donde nadie supiera jamás.

Al girarse vio a dos guardias que evidentemente habían sido soldados del Imperio durante un tiempo. Tenían tantas canas en el pelo como Berin por aquel entonces, con el aspecto curtido de los hombres que habían pasado mucho tiempo luchando bajo el sol a lo largo de muchos años. Uno le sacaba una cabeza a Berin, pero estaba ligeramente encorvado sobre la lanza en la que estaba inclinado. Él otro tenía una barba que había lubricado y encerado hasta que tuvo un aspecto tan afilado como el arma que sostenía. El alivio inundó a Berin al verlos, pues los reconocía a ambos.

“¿Varo, Caxo?” dijo Berin. “Soy yo, Berin”.

Hubo tensión por un instante y Berin tenía la esperanza de que los dos lo recordaran. Entonces los guardias se echaron a reír.

“Pues sí que lo eres”, dijo Varo, levantándose de su lanza por un instante. “No te hemos visto durante...¿cuánto tiempo, Caxo?”

El otro se acariciaba la barba mientras pensaba. “Han pasado meses desde que estuvo aquí por última vez. En realidad no habíamos vuelto a hablar desde que me entregó aquellos brazales el verano pasado”.

“He estado fuera”, explicó Berin. No dijo dónde. Puede que no pagaran mucho a sus herreros, pero dudaba que reaccionaran bien al hecho de que buscara trabajo en otro lugar. Normalmente a los soldados no les gustaba la idea de que sus enemigos recibieran buenas espadas. “Han sido tiempos difíciles”.

“Han sido tiempos difíciles por todas partes”, coincidió Caxo. Berin vio que fruncía ligeramente el ceño. “Aún así esto no explica qué estás haciendo tú en el castillo principal”.

“No deberías estar aquí, herrero, y lo sabes”, coincidió Varo.

“¿A qué se debe?” preguntó Caxo. “¿Una reparación de urgencia para la espada favorita de algún chaval noble? Creo que nos habríamos enterado si Lucio hubiera roto una espada. Probablemente hubiera azotado a sus sirvientes en carne viva”.

Berin sabía que no podría escapar con una mentira así. A cambio, optó por intentar lo único que podía funcionar: la honestidad. “Estoy aquí para ver a mi hija”.

Escuchó cómo Varo aspiraba aire entre los dientes. “Uy, eso es complicado”.

Caxo asintió con la cabeza. “El otro día la vi luchando en el Stade. Es dura la pequeña. Mató a un oso cubierto de espinas y a un combatiente. Aunque fue una lucha dura”.

A Berin se le tensó el corazón en el pecho al oírlo. ¿Tenían a Ceres luchando en la arena? Aunque sabía que luchar allí había sido su sueño, aquello no parecía su realización. No, aquello era algo más.

“Tengo que verla”, insistió Berin.

Varo inclinó la cabeza hacia un lado. “Como te dije, es complicado. Nadie entra a verla ahora. Órdenes de la reina”.

“Pero yo soy su padre”, dijo Berin.

Caxo extendió sus manos. “No hay mucho que nosotros podamos hacer”.

Berin pensó con rapidez. “¿No hay mucho que podáis hacer? ¿Eso fue lo que te dije cuando necesitaste que arreglara la empuñadura de tu lanza a tiempo para que tu capitán no viera que la habías roto?”

“Dijimos que no hablaríamos de ello”, dijo el guardia, con una mirada de preocupación.

“¿Y qué me dices de ti, Varo?” continuó Berin, presionando con su argumento antes de que el otro pudiera echarlo. “¿Dije que era “complicado” cuando necesitaste una espada que de verdad se adaptara a tu mano, mejor que lo que te dieron en el ejército?”

“Bueno...”

Berin no se detuvo. Lo importante era hacer presión para superar sus objeciones. No, lo *importante* era ver a su hija.

“¿Cuántas veces mi trabajo os ha salvado la vida?” exigió. “Varo, tú me contaste la historia de aquel líder bandido tras el que iba tu unidad. ¿De quién era la espada que usaste para matarlo?”

“Tuya”, confesó Varo.

“Y Caxo, cuando querías todas aquellas filigranas en tus grebas para impresionar a aquella chica con la que te casaste, ¿a quién acudiste?”

“A ti”, dijo Caxo. Berin vio cómo reflexionaba.

“Y esto fue antes de los días en que os seguía por todas partes cuando ibais de campaña militar”, dijo Berin. “Y cuando...”

Caxo levantó una mano. “De acuerdo, de acuerdo. Vamos al grano. La habitación de tu hija está más alejada. Te mostraremos el camino. Pero si alguien pregunta, solo te estamos acompañando hasta *fuera* del edificio”.

Berin dudaba que alguien preguntara, pero eso no importaba ahora mismo. Solo importaba una cosa. Iba a ver a su hija. Siguió a los dos a lo largo de los pasillos del castillo, hasta llegar finalmente a una

puerta con rejas que estaba cerrada desde fuera. Como tenía la llave puesta en el cerrojo, la giró.

El corazón de Berin casi explota al ver a su hija por primera vez en meses. estaba tumbada en la cama, gimiendo mientras volvía en sí y mirándole con cara de sueño.

“¿Padre?”

“¡Ceres!” Berin corrió hacia ella, la rodeó con sus brazos y la apretó con fuerza. “Ya está. Estoy aquí”.

En aquel momento deseaba apretarla con fuerza y no soltarla jamás, pero escuchó que soltaba un grito ahogado de dolor cuando la abrazó y corriendo se echó hacia atrás.

“¿Qué sucede?” preguntó Berin.

“Nada, no pasa nada”, dijo Ceres. “Estoy bien”.

“No estás bien”, dijo Berin. Su hija siempre había sido muy fuerte y si sentía dolor, debía ser algo serio. Berin nunca quería ver a su hija herida de aquella manera. “Déjame mirar”.

Ceres le dejó y Berin hizo un gesto de dolor ante lo que vio. Unas heridas fuertemente cosidas corrían en líneas paralelas a lo largo de la espalda de su hija.

“¿Cómo llegaste hasta aquí?” preguntó Ceres mientras el miraba. “¿Cómo conseguiste encontrarme?”

“Todavía tengo algunos amigos”, dijo su padre. “Y no iba a abandonar hasta encontrarte”.

Ceres lo miró y Berin pudo ver el amor que había en sus ojos. “Estoy contenta de que estés aquí”.

“Y yo también”, dijo Berin. “No debía haberte dejado nunca con tu madre”.

Ceres alargó el brazo para coger su mano y Berin había olvidado lo mucho que la había echado de menos hasta entonces. “Ahora estás aquí”.

“Lo estoy”, dijo Berin. Volvió a mirar de nuevo su espalda. “No la han limpiado correctamente. A ver si encuentro algo que nos sirva de ayuda”.

Era difícil incluso marcharse por un espacio corto de tiempo. Varo y Caxo todavía estaban allí fuera y no costó mucho conseguir que trajeran comida y agua. Quizás vieron la mirada en su rostro cuando se trataba de cosas que afectaban al bienestar de Ceres.

Le pasó el cuenco con comida y la velocidad con la que Ceres lo devoró le contó a Berin todo lo que necesitaba saber sobre cómo la habían tratado allí. Él cogió el cuenco con agua y lo usó para limpiar las heridas que se había hecho luchando.

Ceres asintió con la cabeza. “Estoy mucho mejor de lo que estaba”.

“Entonces no quiero ni pensar en lo horrible que fue”, dijo Berin.

No conseguía quitarse la culpa de encima. Si no se hubiese marchado, sus hijos no tendrían que haber pasado por todo aquello.

“Lo siento, tendría que haber estado aquí”.

“Puede que no hubiera cambiado nada”, dijo Ceres y Berin vio que estaba intentando consolarlo. “La rebelión hubiera sucedido igualmente. Incluso podría ser que yo hubiera luchado en el Stade”.

“Quizás”. Berin no quería creerlo. Sabía que Ceres siempre había tenido una atracción por el peligro del Stade, pero eso no significaba que hubiera luchado allí. Podría haber estado a salvo. “Podría haberos protegido a ti y a tus hermanos”.

Ceres le tomó la mano de nuevo. “Creo que hay cosas de las que incluso tú no puedes protegernos”.

Berin sonrió. “¿Recuerdas cuando eras pequeña? ¿Y pensabas que yo era el hombre más fuerte del mundo y que podía protegerte de lo que fuera?”

Ceres le sonrió. “Ahora debo protegerme a mí misma y soy lo suficientemente fuerte para hacerlo”.

Una parte de Berin estaba feliz de que fuera cierto, pero él todavía quería estar allí para su hija. “Sea como sea, se ha acabado. Te sacaremos de aquí”.

Berin pensó en los guardas. ¿Exactamente cuánto le debían? ¿Exactamente cuánto ayudarían antes de decidir que era más fácil tenerlo detenido?

“Encontraré una manera”, prometió Berin.

Ceres negó con la cabeza. “No. No voy a escaparme”.

“Sé que estás preocupada por que te atrapen”, dijo Berin, cubriendo la mano de ella con la suya, “pero creo que tengo suficientes amigos en el castillo para sacarnos a los dos. Podríamos unirnos a la rebelión”.

“No se trata de eso”, dijo Ceres. “Este es mi camino. Estoy aquí para luchar. Se supone que debo luchar”.

Él la miró fijamente, atónito.

“¿Quieres *quedarte* aquí?” Aquello costaba de creer, especialmente con todo lo difícil que había sido encontrarla. Parecía evidente que si conseguía entrar, podría recuperar a su familia. “Pensé que querrías irte. Que encontraríamos a Sartre juntos y que todo iría bien”.

“Todo irá bien”, le prometió Ceres. “Y tú deberías ir a encontrar a Sartre. Tráelo sano y salvo”.

Se levantó y se puso su ropa de entrenamiento. Por un instante, Berin pensó que vendría con él después de todo, pero no daba ninguna señal de querer hacerlo.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó. “Si no vas a venir conmigo, deberías descansar”.

“No puedo”, dijo Ceres. Lo miró de nuevo, con la decisión patente en su rostro. “Voy a entrenar. Quieren matarme, pero yo no les voy a dejar. No voy a abandonar y no voy a darles la satisfacción de verme huir”.

Berin tragó saliva ante la fuerza que demostró su hija entonces. Aún así, no quería abandonarla así como así. “Podría venir contigo. Podría ayudarte”.

Ceres negó con la cabeza.

“Es un camino que debo hacer sola, Padre”.

Él le sonrió y pudo sentir cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, igual que vio que a ella también se le llenaban. Nunca había estado más orgulloso de ella o la había querido más.

Él dio un paso adelante, igual que ella, y estuvieron abrazados durante un buen rato.

“Te quiero, Ceres”, susurró, “y siempre te querré”.

“Lo sé, Padre”, respondió ella. “Y tanto si nos volvemos a ver como si no, debes saber que yo también te quiero”.

# CAPÍTULO NUEVE

Ceres se concentraba, esquivaba, zigzagueaba, intentaba respirar, le salían moratones donde le habían golpeado los palos. El Maestro Isel se enfrentaba a ella en los campos de entrenamiento y ella lo miraba fijamente. Mientras estaba allí, se preguntaba si había hecho bien en pedirle que la entrenara tan pronto. Él parecía haber tenido dudas sobre si estaba suficientemente bien, apenas recuperada como estaba de sus heridas. Pero ella había insistido en volver allí de nuevo, para mejorar, para estar preparada ante el próximo combate.

Para caer en el Stade luchando.

En el momento en que ella dijo que lo estaba, Isel le tomó la palabra a Ceres y la había presionado más de lo que jamás había hecho antes. Él también parecía saber lo que estaba en juego.

“¡Muévete!” gritó.

Ceres intentaba seguir las instrucciones del Maestro Isel mientras daba vueltas por los campos de pelea. Él usaba un par de palos largos contra ella y los blandía para que Ceres tuviera que esquivarlos y luchar con la espada de prácticas que tenía.

“¡En círculo hacia el otro lado!” gritó mientras Ceres daba un paso a la derecha. Tuvo que volver a esquivar cuando él la empujó con uno de los palos. “No vayas en línea recta hacia atrás. ¿Quieres que un enemigo tope contigo? ¡No, no de este modo!”

Uno de los palos hizo un movimiento circular, tirando de un golpe la espada que estaba en la mano de Ceres y que le golpeó en el antebrazo. Sintió una puñalada de dolor y observó cómo se clavaba en la arena.

“¡Extiende tu espada cuando no estés atacando y perderás el brazo!”

El Maestro Isel movió sus palos en círculo hacia la cabeza de Ceres para demostrar de lo que estaba hablando. Ceres se tiró rodando, hasta aparecer con su espada en la mano.

Ceres saltaba y esquivaba, paraba golpes y evitaba. Aún así, algunos de los golpes la alcanzaron. Uno la dejó sin aire en los pulmones y ella tuvo que obligarse a seguir luchando. Luchó hasta que apenas podía ver y el sudor le escocía en los ojos.

Finalmente, Isel dio un paso hacia atrás, la examinó y, con una señal, le dijo que era el momento de descansar.

Ella se inclinó sobre su espada e hizo una pausa.

Por el rabillo del ojo, Ceres entrevió que Lucio bajaba a la arena a entrenar. Daba largos pasos ataviado con su armadura completa, aunque nadie más de los que allí estaban la llevara. Miró a su alrededor, hizo un gesto a un armero y empezó a luchar con él, a pesar de que estaba claro que el armero no tenía experiencia. Lucio parecía disfrutar de dar con su espada de práctica a su desprotegido contrincante.

Ceres se paró a mirar cuando, de repente, un duro golpe de uno de los palos del Maestro Isel la hizo reaccionar.

“¡Era momento de descansar!” exclamó indignada.

Él sonrió.

“Nunca te fíes de tu contrincante”.

Ceres empezó a bailar de nuevo con el continuo movimiento de los palos. Siguieron y siguieron hasta que, por fin, el Maestro Isel se echó hacia atrás.

“Con esto será suficiente por ahora”, dijo asintiendo con la cabeza. “Bebe agua y después continuamos”.

Ceres fue andando hacia donde había un grupo de otros luchadores de pie alrededor de un barril de agua, bebiendo agua del mismo con un cucharón. Ceres esperaba tener que acercarse lentamente a donde

ellos estaban o esperar hasta que acabaran. En cambio, un combatiente con los músculos fuertemente marcados y con el pelo afeitado le pasó el cucharón.

“Lo hiciste bien”, dijo. “La primera vez que el Maestro Isel usó los palos conmigo, me tiró al suelo una docena de veces”.

Un combatiente más bajito con el pelo más pobre asintió con la cabeza. Cuando habló, se hizo evidente para Ceres que había llegado al Imperio desde las tierras del norte. “Bien por tu lucha también. No te fuiste corriendo. Con una bestia así, la mayoría se echa hacia atrás, pero tú seguiste. Buen instinto”.

Los otros no hablaron, pero no hizo falta. Fue suficiente para Ceres que parecieran aceptarla allí, haciéndole un lugar entre ellos mientras ella conseguía el refrigerio que necesitaba.

Por supuesto, Lucio tuvo que estropearlo todo. Se abrió camino a empujones hasta el barril de agua, como si no pudiera haber mandado una docena de sirvientes para que corrieran a por su refrigerio.

“Fuera de mi camino, campesinos”, dijo bruscamente a los combatientes. A Ceres le pareció ver que uno de ellos sonreía.

“Me pareció haber escuchado algo”, dijo.

Otro se encogió de hombros. “Probablemente solo era el viento”.

Lucio caminaba alrededor de ellos y Ceres vio que su cara enrojecía. Se puso delante de ella y Ceres tuvo la sospecha de que si hubieran estado solos, la hubiera golpeado. Pensó que probablemente ya estaba bien que no lo estuvieran. Solo hubiera conseguido buscarse problemas de nuevo por defenderse.

“¿Te crees muy lista?” le preguntó. “¿Te crees un guerrero de verdad por haber sobrevivido a un combate en el Stade?”

“Yo no fui la que huyó del circo”, dijo ella.

Esto solo hizo enrojecer más a Lucio. Él acercó la mano a su cinturón, donde tenía una espada. No, no una espada cualquiera. Al desenfundarla, Ceres vio que se trataba de la espada que su padre había hecho para ella. En aquel instante deseaba estirar el brazo y agarrarla, para que nadie como Lucio pudiera tocar jamás algo que había hecho su padre.

“¿La reconoces?” dijo Lucio. Entonces hizo algo que Ceres hubiera imaginado que era impensable: empezó a desmontar la espada, quitando todas las partes de las que estaba compuesta. Desenrolló la piel de la empuñadura, quitándole el alambre de oro. Desabrochó el pomo, soltando la protección de la lengüeta. “Estoy un poco aburrido de ella”.

Ceres tuvo que tragarse su rabia. Sintió la mano de uno de los combatientes sobre su hombro, reteniéndola o ofreciéndole apoyo, no estaba segura de qué. ¿Cómo podía hacer algo así Lucio? ¿No sabía el trabajo que llevaba una espada como aquella? Al suelo caían trozos de metal, pero a Lucio no parecía importarle.

“Discúlpeme, mi señor” dijo el Maestro Isel acercándose. “Pero creo que estos holgazanes ya han descansado lo suficiente. Volved al trabajo, todos vosotros”.

Ceres deseaba ignorar la instrucción. Quería quitarle la sonrisa de la cara de un puñetazo a Lucio, pero volvió a la arena como el Maestro Isel ordenó.

Lucio le gritaba mientras se iba. “Entrena todo lo que quieras. No funcionará. Mañana te enfrentarás a *mi* hombre en el Stade ¡y ni todo el baile con los bastones del mundo te salvará!”

# CAPÍTULO DIEZ

Thanos debería haberse acostumbrado a ir al frente de unidades de hombres, dirigiéndolos hacia las batallas. Era un noble, entrenado en la violencia, y había luchado en el Stade.

Sin embargo, nunca había estado en una posición como esta.

La banda que tenía a su espalda parecían soldados del Imperio. Al menos, parecían lo más cercano a soldados del Imperio que habían conseguido parecer mientras cogían los uniformes y las armaduras de los muertos. Pero era fácil para Thanos ver que no había la misma rígida disciplina entre ellos, que se mantenía por la amenaza de un látigo o de la espada del verdugo. Los rebeldes no podían seguir sus pasos mientras marchaban y llevaban su propia mezcla de armas, más que algo oficialmente proporcionado por la intendencia del ejército.

“Será mejor que funcione”, dijo Akila mientras marchaban a la vista del navío de desembarco del ejército.

“Funcionará”, le prometió Thanos. Tenía la esperanza de que fuera cierto. “Simplemente... procurad no matar a nadie si no tenéis que hacerlo”.

“¿Quieres que seamos blandos con tus amigos del Imperio?” preguntó Akila. Thanos podía escuchar sus sospechas.

“Quiero recordaros que estos son solo hombres corrientes”.

“Que escogieron atacar nuestra isla”, remarcó Akila.

Marcharon por primera línea de mar, donde todavía estaban las barcas de desembarco, habían arrastrado la barca de remos hasta la línea de marea. Ahora había guardias junto a ellas, que alzaron la vista bruscamente cuando se acercaron.

“¡Alto! ¿Quién anda ahí?” exclamó el que estaba más cerca.

“¿No lo ves?” Thanos le contestó gritando. Era difícil hacer que sonara natural. “Tengo tropas que necesitan reabastecerse de provisiones en los barcos principales”.

El soldado le ofreció una reverencia a toda prisa. “Perdóneme, su alteza, no sabía que se trataba de usted. Pero se supone que estos barcos deben quedarse aquí. Son las órdenes”.

“¿Órdenes de alguien por encima de tu príncipe?” exigió Akila, que estaba al lado de Thanos. A oídos de Thanos dio la perfecta impresión de ser un borracho pelotero que se veía reflejado en la gloria.

“No, por supuesto, señor”.

“¡Entonces meted estos barcos en el agua!”

Los guardias se mantuvieron alejados. Algunos de ellos realmente ayudaron a los rebeldes a llevar el barco de desembarco hasta donde rompen las olas.

“No puedo creer que lo hayamos hecho”, escuchó Thanos que decía uno de los rebeldes. Él negó con la cabeza.

“Esta parte solo es el principio”, dijo Thanos. “Aún necesitamos los barcos principales”.

Los hombres de Akila tomaron los remos, alejándose de la playa con suaves golpes que los llevaban en dirección a los barcos que estaban más lejos. Estos cortaban unas siluetas amenazadoras en el agua, las lanzadoras de flechas y hondas de fuego que había en sus proas aumentaban la sensación de amenaza que emanaban. Las barcas pequeñas se desperdigaron, cada una se dirigía a un barco diferente.

“Si aquellas cosas abren fuego contra nosotros”, remarcó Akila, “nos hundirán antes de que nos acerquemos”.

Thanos intentaba transmitir confianza. “No dispararán”.

El líder rebelde no parecía convencido, pero se quedó en silencio mientras se acercaban a los barcos. Thanos imaginó que no quería arriesgarse a que sus miedos se extendieran hasta sus hombres. A cambio, se quedó allí en proa, esperando como un mascarón hasta que los barcos estuvieron por encima de ellos.

“¿Quién anda por allí abajo?” preguntó un marinero. “¿Necesitáis provisiones?”

Evidentemente, la combinación de las barcas del Imperio y de los uniformes del Imperio fue suficiente. Aún así Thanos podía sentir la tensión del momento. También vio que Akila acercaba la mano a un cuchillo.

“Soy Thanos”, dijo. “Dejadnos subir a bordo”.

El marinero dio un paso hacia atrás y ellos treparon por las redes que colgaban por el lateral del barco exactamente con ese propósito, escalando hasta la cubierta de un modo que jamás habían esperado hacerlo si hubieran intentado subir a bordo a la fuerza. Los marineros los hubieran cortado a trocitos cuando aparecieran por la borda o simplemente los hubieran empujado por la borda para que se ahogaran. No había muchos marineros a bordo -Thanos imaginaba que la mayoría habrían ido hasta la orilla con el destacamento de desembarco- pero hubieran sido suficientes.

“Príncipe Thanos”, preguntó uno, “¿necesita asistencia médica? Parece como si hubiera estado sangrando”.

Thanos estaba en cubierta, observando más allá de la bahía que había cerca de Haylon. Desde donde estaba, veía el asedio del litoral de la ciudad, con soldados del Imperio moviéndose en manada hacia los muros. Era evidente que los defensores habían conseguido sellar la ciudad por ahora, pero no había lugar hacia el que pudieran escapar y los atacantes tenían las armas en los barcos con las que atacar los muros. Partes de la ciudad ya estaban en llamas.

“No”, dijo Thanos. “Esto no es lo que necesitamos”.

No se sentía bien al tener que hacer lo que hizo a continuación. Seguramente este hombre tenía una familia en algún lugar y seguramente solo estaba allí porque le habían obligado. La única parte buena de aquello era que, por lo menos, Thanos podía asegurarse de que saldría de allí con vida.

Lo golpeó, impactándole en la mandíbula tan limpiamente como pudo, sintiendo la conexión cuando sus nudillos acertaron de pleno. El marinero cayó sobre cubierta y la gente de Akila salió amontonada hacia delante.

Un marinero corrió hacia Thanos, punzón en mano con la punta afilada preparada para apuñalar hacia abajo. Thanos se agachó, le cogió el brazo y lanzó al hombre por encima de su cadera. Se le puso encima y le agarró el brazo donde tenía el arma con ambas manos. Él podría haber cogido su propia espada, pero Thanos no quería matar si podía evitarlo. Estos hombres no tenían la culpa. Eran los que los gobernaban a ellos los que habían empezado aquello. En cambio, dejó caer su codo dibujando un corto arco que acabó con su contrincante inconsciente.

Al alzar la vista vio que los hombres de Akila ya habían tomado el resto del barco. Thanos vio que en los barcos que había por allí cerca había estallado la violencia, aunque como los rebeldes llevaban los colores del Imperio, era casi imposible ver quién estaba ganando.

“¿Crees que lo lograremos?” preguntó Thanos.

Akila asintió. “Mis hombres son fuertes. Indicarán cuando tengan los barcos”:

En efecto, uno a uno, los hombres que estaban en los otros barcos de por allí cerca empezaron a saludar con la mano en señal de éxito. Solo unos pocos barcos de los bordes no fueron tomados.

¿Y ahora qué, Príncipe?” preguntó Akila. “Tenemos algunos barcos. ¿Qué hacemos con ellos?”

Thanos hizo una señal con la cabeza hacia las balistas que estaban en el castillo de proa de su barco. “Ahora, hagamos lo que podamos para detener el asedio”.

Él odiaba esta parte. Deseaba que existiera otro modo pero, a menos que lo hicieran, las fuerzas del Imperio pronto invadirían Haylon. Akila y sus hombres se dirigieron hacia el arma de asedio y la cargaron con una flecha tan larga como lo que mide un hombre. Le prendieron fuego, de manera que Thanos vio las llamas parpadeando cuando la giraron hacia uno de los barcos que no habían podido tomar. Le pareció ver que algunos soldados que estaban allí se movían presos por el pánico al darse cuenta de que las cosas no eran como deberían ser.

Para entonces, ya era demasiado tarde. Akila indicó con un gesto la palanca para abrir fuego. “Tú nos has traído hasta aquí, Príncipe. No hubiéramos conseguido las barcas sin ti. Debes ser tú quien empiece esto”.

Thanos sabía que aquello era una prueba. ¿Podía hacerlo? Echó un vistazo al barco, donde los hombres estaban todavía luchando para vencer al peligro, entonces miró hacia la ciudad, donde los soldados del Imperio estaban arrasando a lo largo de la orilla. No podía fingir no saber qué harían las armas. Había ayudado a llevar a cabo aquel plan sabiendo todo esto. Una parte de Thanos insistía en que aquello estaba mal y que iba a matar a sus propios soldados. ¿Cuántos hombres morirían si lo hacía? se preguntaba.

¿Cuántos morirían si no lo hacía? Thanos había oído del General Draco. No habría cuarto para el que se resistiera. El ejército que había delante de él estaba allí decidido a saquear y a destruir, así que pronto nadie estaría seguro en la ciudad. Tenía que hacerlo.

Thanos sintió la aspereza de la madera cuando rodeó con su mano la palanca para abrir fuego y, a continuación, tiró de ella.

La primera flecha se ensalzó por los aires hasta alcanzar las velas de su objetivo. El fuego prendió rápidamente, el humo salió del barco impactado en unos instantes y le siguieron las llamas. Los marineros corrían para apagar las llamas, pero ya había más flechas volando.

Impactaron a los barcos que no habían podido tomar primero, disparando descargas de flechas encendidas y ollas de cerámica llenas de alquitrán. Muchas fallaban. La mayoría fallaban, pero Thanos vio que, para sus propósitos, eran suficientes las que acertaban, encendiendo los barcos de los enemigos fuego tras fuego. Vio cómo los marineros corrían por allí, intentando detener los fuegos, o disparaban, o llevaban sus barcos a un lugar seguro. Vio que cada vez más se zambullían a la relativa seguridad de las aguas de Haylon, prefiriendo arriesgarse con los tiburones que habían venido hasta allí por los muertos que arriesgarse con el fuego.

Entonces dirigieron su atención hacia la ciudad. Thanos imaginaba que las tropas que había en la orilla se habían dado cuenta de que algo iba realmente mal, pero aún así parecían decididas a atacar. No fue hasta que las flechas empezaron a caer entre ellos que empezaron a dispersarse.

“Tres descargas más”, dijo Akila. “Después debemos irnos. Mis hombres ya se están preparando para disparar a los barcos”.

Thanos asintió. Deseaba poder quedarse con los barcos, pero la verdad es que no tenían los hombres necesarios para mantenerlos o la habilidad para manejarlos. Lo mejor que podían hacer era privar al Imperio de sus provisiones.

Se dirigió hacia uno de los hombres que había dejado inconsciente y lo sacudió hasta que despertó de nuevo. El marinero intentó deshacerse de él, para liberarse.

“Vamos a quemar este barco”, exclamó, mientras el hombre luchaba. “Puedes elegir. Puedes quedarte aquí a luchar conmigo o puedes arriesgarte a nadar hasta la orilla”.

No fue una elección que el hombre tardara mucho en hacer. El hombre echó una mirada a Thanos y se zambulló por un lateral, el rocío del agua que salpicó al entrar llegó hasta arriba. Thanos vio que Akila y los rebeldes ya estaban disparando la última de sus flechas a los soldados de la orilla, mientras otros rompían las esferas de cerámica que contenían alquitrán hasta abrirlas, esparciéndolo por cubierta. Le prendieron fuego y, al instante, Thanos sintió el calor de las llamas mientras se elevaban para consumir el barco.

“¡Todo el mundo fuera!” ordenó Akila. Tocó con su mano en el hombro de Thanos. “Esto significa tú también, Príncipe”.

Ahora, no le sonó tanto a insulto como le había sonado antes. Thanos bajó por un lateral del barco, hasta llegar a la barca de amarre. A su alrededor, los hombres de Akila se apretaban para ponerse en posición. Thanos tomó un remo y tiró de él hasta que puso la barca en movimiento a través de las olas.

Tras ellos, la flota del Imperio se estaba convirtiendo poco a poco en una hoguera.

Thanos vio que hacía una señal con la cabeza en dirección a la ciudad.

“La mala noticia”, dijo Akila, “es que aún sin provisiones, los soldados del Imperio todavía son más que nosotros. Nos queda mucha lucha por delante. ¿Estás preparado para ello, Príncipe?”

Thanos echó una mirada hacia la orilla, donde los soldados todavía estaban atacando en grupos esparcidos. Eran el ejército que pertenecía a su tierra, a su rey. Sin embargo, ahora mismo sentía como jamás lo había hecho que estaba en el bando correcto.

Asintió con la cabeza. “Estoy preparado”.

“Bien, Príncipe”, dijo Akila con una sonrisa, “parece ser que no vamos a tener que matarte, después de todo”.

# CAPÍTULO ONCE

Ceres estaba sudando en plena noche y, por una vez, no era a causa de una pelea. Al contrario, estaba clavada fregando las baldosas de uno de los patios del castillo, quitando el barro y la suciedad que se había acumulado allí. No tenía ninguna duda de que era cosa de Lucio; simplemente otra manera de hacerle la vida más dura allí y quizás también un modo de agotarla antes de la lucha.

Evidentemente, tenía que hacer limpieza allá donde tuviera una buena vista del salón principal del castillo y donde los que estuvieran dentro pudieran verla y reírse de ella. Allí tenía lugar un festín, que se completaba con bailes y abundantes entretenimientos. Ceres vio a Lucio, a Estefanía y a todos los otros miembros de la realeza pasándolo bien, comiendo delicados pasteles y bebiendo vinos que probablemente habían traído de todos los rincones del Imperio. Chicas con vestidos elaborados bailaban con jóvenes que caminaban con pasos largos por allí con la apariencia de haber decidido que merecían toda la atención del mundo.

Verlos allí de aquella manera era difícil. Ceres fregaba las baldosas porque no tenía ninguna duda de que buscarían cualquier excusa para castigarla, pero a ella no le importaba trabajar duro. Era peor cuando su madre le mandaba tareas interminables en casa. Lo duro era verlos disfrutar mientras ella estaba allí clavada. Era saber que ella nunca sería lo suficientemente buena para ninguno de ellos, hiciera lo que hiciera.

Ceres sabía que aunque hubiera estado allí, la hubieran tratado como si no fuera nada. Hubiera sido igual que uno de los sirvientes y esclavos que se movían alrededor de la sala, ofreciendo comida y bebida, bailando y cantando para distraerlos.

Thanos era el único que la trataba de forma diferente, y ahora había desaparecido. Ese simple pensamiento hacía que Ceres mirara fijamente a las estrellas que había allá arriba, buscando respuestas entre sus puntos. ¿Cómo podía haber muerto? Solo la hacía continuar el pensar que Estefanía podría haber mentido y la verdad era que Estefanía no tenía una razón para mentir. Tal y como ella había dicho, la verdad era más dolorosa.

Entonces Ceres se sentó a observar la fiesta. La reina estaba sentada con delicadeza, bebiendo de una copa de cristal, mientras a su alrededor nobles de menor grado formaban círculos concéntricos de poder y chismorreos. El rey estaba sentado por separado, a la cabeza de la mesa más larga, donde algunos de los nobles más jóvenes ya estaban lo suficientemente borrachos como para empezar a agarrarse a las chicas del servicio. Tan solo ver aquello, Ceres se ponía enferma.

*Mañana ganaré, se decía a sí misma. Me echen lo que me echen.*

¿Pero que sucedería después de aquello? ¿Combate tras combate en el Stade, sin tiempo de recuperarse de sus heridas? Su espalda se estaba curando bien, pero el trabajo físico de fregar las baldosas parecía como si se hubiera ideado para abrir sus heridas de nuevo. ¿Cuánto tardaría en llegar una herida de la que no se recuperara? Ceres no podía imaginar a Estefanía y a Lucio conteniéndose, sin importar lo mal que estuvieran las cosas.

Ceres vio que Estefanía estaba allí, bailando con Lucio. Se movía con delicada gracia, como una mariposa adornada con piedras preciosas revoloteando a su alrededor. Si Lucio de vez en cuando lanzaba miradas en dirección a otras mujeres jóvenes que había por allí, Estefanía parecía no darse cuenta. Era difícil para Ceres saber exactamente cuánto veía. Realmente no parecía muy afectada por la noticia de la muerte de Thanos.

Iría a peor, se decía a sí misma. Encontrarán la manera de hacerlo peor. Estaba segura de todo aquello. No se trataba solo de quién era ahora. Se trataba del símbolo en el que se había convertido. La chica que podía luchar en el Stade y ganar. La plebeya que podía levantarse ante el poder de la realeza y vivir. También era la chica que iba a casarse con un príncipe y Ceres sabía que Estefanía, por lo menos, la

odiaba tanto por esto como por todo el resto.

Encontrarían la manera de hacerlo peor para ella. La habían tratado como a una princesa por Thanos, después como luchadora porque así es cómo querían que muriera. Sin embargo, esta noche era la prueba de que no había nada que los privara de tratarla como mucho menos. Amontonarían humillación tras humillación, simplemente porque podían y, si ella se defendía, finalmente tendrían la excusa para ejecutarla.

“Tendría que haberme ido con mi padre”, dijo Ceres, pero realmente no lo pensaba. No podía escapar de lo que le aguardaba en el Stade y no podía permitir que su padre corriera peligro al intentar sacarla de allí.

Evidentemente, existía otra opción. Puede que no fuera capaz de ganar, pero podía privar a los nobles de divertirse a su costa. Un movimiento rápido de cuchillo en sus muñecas y todo se acabaría. O podía quedarse allí en el Stade y dejar que sucediera. Podía negarse a darles el entretenimiento que exigían.

“¿Ceres?”

Ceres se dio la vuelta, al reconocer la voz.

Una mujer salió de la oscuridad y el corazón de Ceres se disparó al ver a su vieja amiga.

Anka. La chica que había salvado de los esclavistas.

Parecía tener una apariencia más dura ahora que se había unido a la rebelión. Algo menos asustada del mundo.

Ceres se apresuró a abrazar a su amiga, abrumada por el impacto.

Ver allí a Anka era un shock. Estaba segura de que no volvería a ver a la joven. Ella estaba segura con la rebelión, o al menos todo lo segura que alguien puede estar con ella. Sin embargo era una buena sorpresa.

“¿Cómo llegaste hasta aquí?” preguntó Ceres.

“Fue difícil entrar para verte”, dijo Anka. “Pero hay cosas que debes saber”.

Alguna cosa en su tono le dijo a Ceres de qué cosas se trataba. “Rexo y Thanos están muertos”:

Ella lo dijo como un hecho, con la esperanza de escuchar cómo lo desmentía.

Anka hizo una pausa. “¿Ya lo habías escuchado?”

Ceres no quería mencionar el nombre de Estefanía aquí. “Uno de los nobles de aquí se aseguró de que me enterara”.

“Se trata de...”

“Sí”, dijo Ceres. “En efecto. ¿Pero estás segura?” Recordó el instante en el que una flecha impactó a Rexo mientras estaba trepando y este cayó entre sus manos hacia abajo, hacia las profundidades.

Anka negó con la cabeza. “Lo siento, Ceres. Encontramos el cuerpo. Rexo no sobrevivió a la caída”.

El dolor se disparó en el interior de Ceres, de forma clara y palpable. Podía haber imaginado que así sería, pero alguna parte de ella parecía haber dado por sentado que Rexo encontraría un modo de sobrevivir. Había algo tan poderoso en él, tan vivo, que parecía imposible que nada pudiera matarle.

“¿Y qué pasa con Thanos?” preguntó Ceres.

Anka negó con la cabeza. “Tenemos amigos entre los radicales del ejército del Imperio. Algunos de ellos cuentan que Thanos cayó en el primer asalto a las playas de allí, entre el caos mientras luchaban por llegar a tierra”.

Este golpe dolió incluso más que las noticias sobre Rexo. Quizás era solo porque aquí tenía más esperanzas. Ceres había visto caer a Rexo, pero Thanos... aquello podría haber sido una mentira ideada para herirla. Sin embargo, quizás era más que aquello y el pensamiento de cuánto más hacía que el estómago de Ceres se contrajera al pensarlo.

“No importa”, dijo. Negó con la cabeza. “Nada de esto importa”.

“No lo dices en serio”, respondió Anka.

“¿Cómo puede importar cuando están muertos?” insistió Ceres. La idea de que el mundo podía

continuar sin Rexo, sin *Thanos*, simplemente parecía imposible. “No importa. Yo también estaré muerta pronto”.

De algún modo, aquello parecía un alivio. No tendría que terminar las cosas por ella misma. No, lo haría del modo que el destino había preparado para ella. Saldría al Stade y moriría. Ahora no podía imaginar que sucediera de otro modo.

“La revolución te necesita, Ceres”, insistió Anka.

“No es así”, dijo Ceres. “¿Quién ha estado dirigiendo la revolución desde que murió Rexo?”

“Bien, yo he intentado que todos trabajaran juntos, pero...”

“Entonces aquí tienes la respuesta. No me necesitáis, Anka”.

Anka dio un paso hacia atrás. “No sé qué decir. Nunca pensé que abandonarías así”.

La rabia se proyectó en Ceres y ella la recibió bien, porque parecía la única cosa que podría sustituir el vacío que sentía ahora mismo. Cerró los puños. “¿Crees que yo quería esto? ¿Crees que yo quería que el hombre al que amaba...?” su voz se fue apagando, al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

“Lo siento”, dijo Anka. “No quería ser la que te dijera todo esto. Y pensé que podría intentar sacarte de aquí”.

Era la misma oferta que su padre le había hecho. Incluso era posible que Anka tuviera los recursos para hacerlo si podía llegar allí sin ningún problema. Sin embargo, Ceres sabía que la respuesta debía ser la misma.

“No puedo irme”.

Anka cogió por el brazo a Ceres y tiró de ella hacia las sombras. “Tú me sacaste de la jaula de los esclavistas. Ambas sabemos las cosas de las que me salvaste. ¿Sabes lo que es saber que mañana vas a salir a morir en el Stade?”

“Debo hacerlo”, insistió Ceres. “Esto es lo que se espera que haga, Anka”.

“Pero podríamos sacarte de aquí”, insistió Anka.

Ceres soltó la mano de la otra mujer tan suavemente como pudo. “Pero no es lo que quiero”.

Ceres escuchó un ruido proveniente de la sala principal y vio que se abría una de las puertas. Probablemente era uno de los nobles que había salido a burlarse de ella mientras trabajaba. Era evidente que Anka también lo escuchó, pues se dio la vuelta para escurrirse de nuevo hacia la oscuridad, más allá del alcance de la luz artificial del salón.

“Esta es tu última oportunidad”, dijo Anka. “Por favor, Ceres”.

Ceres negó con la cabeza y, a continuación, exclamó mientras Anka empezaba a irse. “Anka, espera. Si quieres hacer algo para ayudarme, existe algo”.

“Todo lo que pueda”, prometió Anka.

“Ayúdame asegurándote de que mi hermano y mi padre estén seguros”, dijo Ceres. “El ejército se llevó a Ceres y mi padre lo está buscando. Ambos van a necesitar toda la ayuda que puedan tener”. Ella extendió sus manos con seriedad mientras su amiga se preparaba para huir y esta las apretó.

“¿Puedo confiar en ti?” preguntó.

Anka asintió como respuesta, con toda solemnidad.

“Por mi vida”, respondió. “Tu familia es mi familia y no pararé hasta que los encuentre, y los traiga sanos y salvos”.

# CAPÍTULO DOCE

A cada paso Berin sentía un dolor en el corazón mientras viajaba hacia el sur, en busca de los soldados que se habían llevado a su hijo. Cada paso que daba lo alejaba un poco más de su hija, a la que había dejado atrás en una ciudad en la que pronto lucharía hasta la muerte. Cada vez que su pie tocaba el suelo, esta parecía una elección difícilísima, que solo había tomado porque su hija había insistido.

¿Había cometido un error?

Berin se llevó todas las provisiones que pudo, cuyo peso era constante en su espalda. Salir de la ciudad fue bastante fácil y, después de esto, continuó por los caminos principales tanto tiempo como pudo. Al fin y al cabo, los caminos estaban allí para que el ejército marchara sobre ellos, así que ceñirse a ellos parecía la mejor manera de encontrar la unidad que se había llevado a su hijo. Solo los abandonaba cuando escuchaba a otros venir y cada vez se escondía a un lado del camino hasta que pasaban. No quería arriesgarse a encontrarse con soldados, bandidos o algo peor en esos tiempos difíciles.

Tras horas caminando llegó a una aldea y era fácil ver que el ejército había pasado por allí. Todo estaba muy tranquilo, del modo en que los sitios están tranquilos tras una tormenta. Berin había visto esto antes, durante los años en los que había seguido al ejército para servirles como herrero. Los ejércitos devastaban el país a su alrededor, simplemente por el número de hombres con el que contaban, independientemente del bando al que representaran. Despojaban de todo un lugar siempre que estaban el tiempo suficiente allí y dejaban a sus habitantes morir de hambre. Una parte de Berin sospechaba que el Imperio enviaba a su ejército a coger enemigos extranjeros simplemente para que no tuviera que dar su apoyo en casa.

Odiaba pensar que Sartes había sido atrapado en esto. No se le daría bien la brutalidad de las fuerzas del Imperio. No era ni lo suficientemente cruel ni lo suficientemente fuerte. Cuanto antes pudiera recuperar a su hijo, mejor.

Berin vio un pequeño mercado en el centro de la aldea, aunque ahora no había muchos puestos allí. Los que había parecían tener solo restos, con tantos espacios vacíos en los carretones y bajo los toldos como bienes tenían para vender. Berin se detuvo en el puesto de un frutero que estaba prácticamente vacío.

“¿Ha pasado por aquí el ejército?” preguntó.

“Sí. Se llevaron la mitad de mis existencias también”.

Berin asintió con la cabeza con lástima. Probablemente las cosas serían difíciles durante un tiempo ahora en la aldea, mientras los comerciantes y los pequeños agricultores intentaban recuperarse. Sin embargo, ahora mismo a él le costaba mantener su atención en algo que no fuera lo que le había sucedido a Sartes.

“¿Y sabes en qué dirección se fueron?” preguntó Berin.

“¿Por qué? ¿Quieres unirme a ellos?” preguntó el frutero con una risa que hizo que el mismo Berin se le uniera.

“Quizás. Aunque pensándolo mejor seguiré como herrero”.

“¿Eres herrero?” dijo el frutero. “Entonces deberías quedarte aquí. Habrá trabajo de sobras para ti”.

Berin negó con la cabeza, aunque a la vez sentía una punzada de resentimiento. Si hubiera tenido una oferta como esta meses atrás, no tendría que haber dejado a su familia. Podrían haber buscado un lugar en esta aldea y haber estado a salvo. Sin embargo, ahora ya era tarde para ello. “Está bien pensado, pero hay cosas que debo hacer”.

Empezó a seguir su camino por el resto del mercado, siempre haciendo las mismas preguntas, siempre intentando que pareciera que solo quería algo de conversación a su paso. Habló con hojalateros,

candeleros, carniceros y granjeros, y de todos ellos obtenía la misma escena: una de las unidades del ejército había pasado por allí hacía uno o dos días, para dirigirse hacia el sur a acampar.

Berin le estaba preguntando a una quesera si sabía algo, cuando vio a unos soldados dirigiéndose hacia el mercado. Él había pensado que haría tiempo que se habían marchado, pero aquellos debían haberse quedado para hacer algún encargo. Eran tres, todos ellos llevaban caballos. Uno llevaba la armadura más elaborada de un oficial, mientras que los otros dos que iban a su lado llevaban las botas altas y las espadas más largas de caballería. Estaban hablando con los vendedores, y aunque Berin no podía descifrar sus palabras, podía adivinar de qué estaban hablando cuando el frutero señaló en su dirección.

“¿Puede ser que te estén buscando?” le preguntó la quesera. “Con todas estas preguntas, probablemente piensan que eres parte de la rebelión”.

“Y el ejército dejó a unos soldados para que vigilaran”, dijo Berin. Debería haber imaginado que lo harían. Se le hizo un nudo en el estómago. No tenía miedo, por él, sino por Sartés. Si lo atrapaban, los soldados querrían saber qué estaba haciendo allí y si se enteraban de que estaba intentando sacar a su hijo del ejército, entonces Sartés sería el que pagaría por ello. Berin no podía permitir que pasara eso, costara lo que costara.

“No culpes a los demás”, dijo el quesero. “Tienen mucho miedo de que los soldados les hagan algo. ¿Estás con la rebelión?”

A Berin aquello le sonó como si estuviera esperando que lo fuera. Que quizás estuviera allí para defenderlos de los soldados del Imperio. Aquel pensamiento sería irrisorio si la situación no hubiera sido tan grave. Era suficiente para hacer que él se arriesgara. Al fin y al cabo, ¿qué iba a perder?

“Estoy intentando buscar a mi hijo”, dijo, y vio cómo la quesera abría los ojos como platos. “El ejército se lo llevó como recluta y yo quiero recuperarlo”.

Aquel era un riesgo grande. Potencialmente le acababa de dar a aquella mujer suficiente para condenarlo, pero el instinto le hacía confiar en ella. Quizás era porque quería creer que la gente ayudaría, si se diera el caso.

“Yo tuve un hijo”, dijo la mujer. Asintió con la cabeza. “Murió de hambre hace dos inviernos porque el Imperio se llevó demasiada comida para la ciudad. Ven conmigo”.

Se marchó de su puesto. Berin echó la vista atrás y vio a los tres soldados caminando a través de la plaza del mercado y se fue corriendo tras ella. Ella se dirigió hacia el lateral de una de las pequeñas casas de la aldea, hacia un espacio en el que había ropa tendida secándose al sol.

“Sigue por este camino hacia abajo”, dijo, señalando con el dedo.

“Gracias”, respondió Berin. “No olvidaré esto”.

Quería decir algo más, pero no había tiempo. En su lugar, se agachó en medio de la ropa tendida, apartándola hacia los lados mientras intentaba perderse en ella. Por algún lugar detrás de él, le pareció escuchar a los soldados gritando. Lo ignoró, concentrándose en abrirse camino a través de la aldea, quedándose a la sombra de las cabañas y de las construcciones anexas a ellas. Miró hacia atrás y le pareció ver de refilón un uniforme imperial. Siguió su camino.

Finalmente, Berin llegó al extremo de la aldea, donde las casas daban paso a los crecientes surcos de tierras de cultivo compartidas. La hierba era alta a los lados del camino y podría haber corrido fácilmente sin ser visto, pero esto no le hubiera ayudado a acercarse más a Sartés. En su lugar, Berin encontró un lugar donde le verían y se agachó, olvidando el dolor de sus articulaciones mientras estaba allí en cuclillas, esperando.

Desde su escondite, Berin veía a los soldados en el camino. Aguantó la respiración mientras miraban en su dirección. Si lo atrapaban ahora, no habría nada que pudiera decir para escapar. Había escapado y, para ellos, aquello sería suficiente para demostrar su culpa. Lo mejor que podría esperar sería una muerte rápida. Berin se quedó quieto, esperando mientras los hombres buscaban y después hablaban entre

ellos. Después de un rato, volvieron hacia la aldea y uno de los tres salió a caballo en un ángulo del camino.

Berin empezó a seguir al jinete, moviéndose lentamente, agachado. Cuando lo perdió de vista, Berin dio la vuelta para seguir las huellas del caballo y, por suerte, el soldado había dejado un rastro que hasta un ciego podía seguir, pues Berin jamás había sido un buen rastreador. A pesar de la gravedad de todo aquello, mantenía la cabeza baja y tan solo se movía andando. Era difícil ir con tanto cuidado. En gran parte deseaba correr hasta su hijo y liberarlo de las garras del ejército, pero no podría ayudar a Sartes si lo capturaban a él, y la verdad era que no podía seguir el ritmo del jinete ni que lo intentara.

La planicie dio paso a una pequeña elevación con una plataforma de árboles cerca de la cima. Berin se dirigió hacia ellos, abriéndose camino a la fuerza entre el follaje e intentando observar donde ponía el pie para no hacer mucho ruido. Cuando llegó al otro extremo de los árboles, se detuvo y se quedó paralizado al mirar hacia abajo.

Desplegado allí abajo estaba el campamento del ejército. Desde allí arriba, era fácil para Berin ver la red que dibujaban las tiendas de campaña, los espacios vacíos que había a modo de áreas de entrenamiento y los grupos de carros que había alrededor de los centros de suministros. También vio las fortificaciones alrededor de los bordes. Había zanjas irregulares llenas de pinchos y construidas con bancos de arena, plataformas de vigilancia y postes donde había perros encadenados para rastrear a los intrusos. Berin se preguntaba si estaban allí para mantener alejados a los posibles atacantes o para mantener a raya a los reclutas.

Sartes.

Su hijo estaba en algún lugar allá abajo, perdido en aquella ciudad de tiendas de campaña, imposible de divisar cuando todos los que estaban allí iban vestidos de la misma manera. Sartes estaría allá abajo entre los reclutas, ocasionalmente maltratado, porque eso era lo que hacía el ejército. Berin tenía que encontrarlo. Lo *encontraría*, tanto porque quería recuperar a su familia como porque se lo había prometido a Ceres. Sacaría a su hijo de allí.

Dio el primer paso, sabiendo que ponía su vida en peligro y sabiendo que sus probabilidades de éxito eran reducidas y sabiendo que no tenía otra elección.

# CAPÍTULO TRECE

Estefanía se movía sin hacer ruido por el castillo a primera hora de la mañana. Dudaba que ninguno de los otros nobles que había estado en la fiesta la noche anterior estuviera ya despierto. Seguro que Lucio todavía estaría roncando. Normalmente, incluso ni Estefanía se hubiera despertado tan pronto. Esta era una hora para los sirvientes y sus tareas domésticas, no para aquellos que les daban órdenes.

Bajo otras circunstancias, probablemente hubiera hecho que azotaran a su criada por despertarla. Solo el contenido del mensaje que había recibido la había hecho ir ahora por los pasillos sin hacer ruido con sus zapatillas adornadas con joyas.

De algún modo, probablemente estaba bien que nadie más estuviera despierto ahora mismo. Estefanía quería hacer aquello sin que hubiera muchas miradas fisgonas.

Se encontró con la mujer que había venido en un pequeño recibidor, apenas lo suficientemente grande como para que cupiera el sofá en el que estaba sentada. Estefanía no le veía parecido a Ceres, pero aún así sus sirvientes le habían asegurado que se trataba de la madre de Ceres. Para Estefanía, era como cualquier otra campesina, con el vestido manchado, envejecida y arrugada, curtida y ruda por su vida. Por lo menos la mujer tuvo la elegancia de levantarse y hacer una reverencia cuando entró Estefanía. Estefanía dudaba que su hija lo hiciera alguna vez, ni a punta de espada.

“¿Tú eres la mujer que llegó hasta la puerta, asegurando ser la madre de Ceres?” preguntó Estefanía.

“Sí, mi señora”, dijo. “Marita, mi señora”.

Al menos tenía en cuenta la deferencia adecuada. Estefanía no estaba segura de que alguna vez le pudiera gustar algún familiar de Ceres, pero esto lo hacía más fácil. Estefanía le indicó con un gesto que se sentara y se sentó con ella en el sofá sin acercarse tanto como para tener que tocarla.

“¿Estás aquí porque deseas ver a tu hija?”, preguntó Estefanía, observando atentamente a la mujer. No era lo que decía la nota, pero Estefanía estaba acostumbrada a que la gente mintiera. Si algo le había enseñado la vida en la corte, es que todo el mundo mentía. Mentían para obtener algún beneficio o para decir lo que pensaban que la gente quería escuchar o, de vez en cuando, solo porque querían causar problemas. Estefanía había aprendido pronto a observar a la gente atentamente, a descifrar sus verdaderos motivos y a no confiar nunca en nadie.

Marita negó rápidamente con la cabeza y la rabia que parecía haber en aquel gesto, hizo que Estefanía creyera en aquella negativa.

“No tengo ningún deseo de ver a aquella... a aquella *criatura*”, dijo Marita. “No con todo lo que me ha costado”.

Aquello era interesante y para nada lo que Estefanía esperaba, a pesar del mensaje. Estefanía esperaba quizás avaricia, venalidad, pero aquel nivel de odio era... bien, estaba casi en sintonía con el suyo.

“¿Qué te hizo?” preguntó Estefanía. Evidentemente, no sentía que fuera su alma gemela. Aquella mujer nunca podría ser una noble como ella. Aún así, tenía la misma sensación de que Ceres había hecho algo para herirlas a ambas. En su caso, había sido la alteración de sus planes para casarse con Thanos. ¿Qué habría sido para aquella mujer? se preguntaba Estefanía.

“Me costó todo”, dijo Marita. “Me costó un dinero que hubiera sido mío. ¡Dinero que conseguí para ella con decencia! ¡Después, cuando mi marido se enteró, me quedé sin nada!”

Al cabo de poco tiempo, empezó a llorar. Estefanía estaba sentada y la observó durante uno o dos segundos, analizándola. A continuación alargó el brazo para consolar a la plebeya, en lo que ella creía que era un buen trabajo para esconder su repulsión. A Estefanía se le daba bien esconder lo que sentía y quién era.

“Debe haber sido duro”, dijo. Intentó mantener un tono regular. “Cuando dices que conseguiste dinero

para ella, ¿significa que la vendiste a un mercader?”

“Tenía que conseguir algo por todos los problemas que me había causado a lo largo de los años”, insistió Marita. Estefanía notó el tono defensivo. “Mi marido me abandonó y ella siempre ha sido difícil”.

Hizo una pausa como si esperara una brusca reprimenda. En cambio, Estefanía le dio palmaditas en la mano.

“Me imagino lo difícil que habrá sido para ti”.

“¡Lo fue!” Marita parecía casi conmocionada. “Nadie se ha dado cuenta. Mi marido fue muy cruel. ¡Me sacudió y después me abandonó! Solo quería saber dónde estaban Ceres y nuestro hijo Sartes”.

Estefanía ya sabía dónde estaban los dos. Estaban exactamente donde tenían que estar. Ceres moriría en el Stade hoy, mientras que su hermano no duraría mucho como recluta. Brevemente, pensó si valdría la pena deshacerse de la madre también, pero decidió que no, que con aquello no se cobraría la justicia por lo que Ceres había hecho y Estefanía no era cruel sin necesidad.

“Suenas terrible”, dijo Estefanía. “La persona con la que estás prometida no debe abandonarte”.

Este era un elemento de la historia de aquella mujer con el que podía verse reflejada. El dolor cuando resultó que Thanos se entregó a Ceres había sido como un témpano clavado en su corazón y su frío se había ido extendiendo hasta no quedar nada.

“¿Por qué viniste hasta aquí?” preguntó Estefanía. “Dijiste que tenías información para mí. ¿Pero por qué la trajiste hasta aquí?”

“Pensé que alguien debía conocerla”, dijo Marita.

Sin embargo, Estefanía veía que aquella no era la historia completa.

“¿Qué más hay?” preguntó.

Marita hizo una pausa y, por un instante, pareció avergonzada. “Cuando el mercader se marchó con mi hija, se llevó todo el dinero que me había dado...me *timó*”.

“Comprendo”, dijo Estefanía. Trajo un monedero con ella, a pesar de que era temprano. Imaginó que podría ser necesario. La avaricia era una de las motivaciones más fáciles de comprender. También era una de las más comunes. Lo apretó contra la mano de Marita, cerrando las manos a su alrededor. “Toma. Una ayuda ahora que tu marido se ha ido”.

Notó el modo en que la otra mujer le apretaba la mano. Con fuerza, como si tuviera miedo de que se lo pudieran quitar en cualquier momento. “Es usted muy amable, mi señora”.

Estefanía le sonrió. “Me parece que nunca me han llamado esto. Ahora cuéntame lo que pasó”.

“Después de que mi marido se marchara, yo no tenía nada, así que fui en busca de Lord Blaku para ver si podía recuperar mi dinero. Me lo *debía*”. Marita tenía un punto de decisión en su voz que a Estefanía le pareció bastante divertido. No conocía a aquel Lord Blaku, pero sabía lo suficiente sobre mercaderes como para imaginar qué le hubiera sucedido a aquella plebeya si lo hubiera encontrado”.

“¿Fuiste tras él?” dijo Estefanía. “¿Lo encontraste?”

El hecho de que no estaba muerta en una cuneta significaba que no.

“Encontré lo que quedaba de él”, dijo Marita. Negó con la cabeza. “Lo habían matado, junto a sus hombres. Al principio pensé que eran los bandidos, pero los bandidos no dejarían aquello”.

Sacó un anillo, más caro que cualquier cosa que una plebeya como ella podía permitirse. Tenía una insignia ornamentada en forma de “B” en la superficie plana de arriba, junto con una insignia que podría haber señalado a una casa noble. A Estefanía no le hacía falta preguntarle a la madre de Ceres por qué no la había vendido. Sería demasiado evidente que no era suyo. Los guardas la hubieran arrestado en un santiamén.

“No parece muy normal”, dijo Estefanía con su voz más dulce. “Lo sé. Pregunté por ahí. Encontré a una de las esclavas que había llevado”.

Estefanía esperaba.

“Mi hija mató a Lord Blaku”, dijo Marita. “Lo asesinó a él y a sus guardias”.

“¿Ella sola?” preguntó Estefanía. Quería estar segura.

“Eso es lo que dicen, aunque puede ser que la ayudaran”, dijo Marita. Solo esto ya decía lo poco que conocía a su hija. Estefanía no iba a reconocer mucho los méritos de Ceres, pero sabía luchar. Si no supiera, ahora ya estaría muerta y las cosas hubieran sido más fáciles.

“¿Mató a Lord Blaku?” dijo Estefanía. Levantó el anillo del mercader a la altura de sus ojos. ¿Era su imaginación o había una mancha de sangre seca en él? No era una prueba realmente, ¿pero qué prueba podía haber para algo así? Es más, ¿qué prueba se necesitaba ahora mismo? Si la historia se podía comprobar más adelante, si la gente podía oír por ella misma lo que Ceres había hecho, sería suficiente.

“Lo hizo”, dijo la madre de Ceres. “Puedo mostrarle el lugar en un mapa, si lo desea”.

“Sí”, dijo Estefanía. “Creo que es muy buena idea”.

Podría no haber sido necesario. Ceres moriría pronto de todas formas, si el hombre de Lucio hacía su parte en el Stade, pero había algo insatisfactorio en ello. Era una muerte heroica, del tipo del que la gente podría hablar más adelante. Mal gestionado, Estefanía sospechaba que incluso podía convertirse en un grito de guerra para la rebelión.

Esto era potencialmente mucho mejor. Si la madre de Ceres la había vendido, entonces era una esclava según las leyes de Delos. Si un esclavo mataba a su amo, podían matarlo y nadie lo cuestionaría. Le podían arrancar la piel vivo, pegarle con el látigo hasta que no pudiera soportarlo más o simplemente estrangularlo. Podría llevarse a Ceres con el tipo de muerte silenciosa que pronto se desvanecería de la mente y se anularía cualquier argumento.

Sí, dejemos que tenga este tipo de muerte. El tipo de muerte que no sea inspirador para nadie. Estefanía se puso de pie y la madre de Ceres se puso de pie con ella.

“¿Qué hará con lo que le he dicho?” preguntó Marita.

Estefanía inclinó la cabeza hacia un lado. “Me aseguraré de que tu hija recibe exactamente lo que merece”.

Pareció que Marita lo sopesaba. Por un instante, Estefanía pensó que podría quejarse o pedir algún tipo de indulgencia para Ceres.

En cambio, para su sorpresa, asintió con la cabeza.

“Bien”, dijo Marita. “Debería haberla estrangulado al nacer”.

# CAPÍTULO CATORCE

Ceres despertó temprano, se puso de pie y estiró sus cansados músculos a la luz de la mañana, intentado hacer como si se tratara de cualquier otro día.

Aunque ella sabía que no lo era.

Su vida estaba en juego aquel día. Hoy lucharía delante de miles de espectadores, contra el combatiente de Lucio.

Aquel pensamiento llevaba consigo una especie de claridad, porque era evidente que Lucio iba a enfrentarla con un contrincante al que no pudiera vencer. Uno que aseguraría su muerte.

Ceres sabía que debía tener miedo, pero ahora mismo se sentía más tranquila de lo que pensaba que se hubiera sentido. Tenía los ojos medio cerrados, sentía el calor del sol sobre ella mientras esperaba. La verdad era que no importaba si moría hoy. Sartes estaría seguro, porque su padre y Anka iban a encontrarlo. Rexo estaba muerto, pero la rebelión continuaría. Y respecto a Thanos...

Ceres se obligó a sí misma a respirar mientras pensaba en que él estaba muerto, soltando el aire lentamente mientras intentaba volver al sitio tranquilo en el que había estado. No estaba segura de querer estar viva en un mundo en el que él no estaba.

Finalmente, los guardias vinieron a por ella, golpeando la puerta de un modo que hizo que los oídos de Ceres sonaran tras el silencio. Le pusieron las cadenas para marchar hacia el Stade, aunque Ceres no tenía ninguna intención de escapar ahora. Vio que los guardias ahora la observaban con una especie de respeto que rozaba el miedo. Era obvio que la habían visto luchar la primera vez.

Había hecho el recorrido hacia el Stade un montón de veces para practicar, pero la sensación era diferente cuando se trataba de una lucha real. Parte de ello era el ruido. Incluso aquí, los gritos de la multitud se colaban, haciendo sentir a Ceres como si estuviera dentro del vientre de una cosa viva.

Llegaron a la sala de preparación y los guardias le quitaron las cadenas. Para su sorpresa, uno asintió con la cabeza.

“Buena suerte”.

“Gracias”, dijo Ceres. A veces se hacía difícil recordar que incluso los guardias eran personas. ¿La había visto luchar la última vez? Ceres negó con la cabeza. Debía concentrarse en prepararse para lo que estaba por venir, pero parecía imposible cuando su mente continuaba volviendo a otras cosas. La última vez que había estado en el Stade, qué estaría haciendo su padre, Thanos...

Ceres se adentró más en la sala de preparación. No quería pensar en Thanos en aquel momento porque le dolía demasiado. Paulo, su armero, le estaba esperando con su armadura, una coraza y una falda plegada que dejaban sus extremidades al descubierto. Ceres sabía que la idea era que la armadura protegiera las áreas más vitales del cuerpo a la vez que diera a la multitud la posibilidad de ver sangre en la arena. Esto hacía que los combates duraran más. Como si se tratara de la respuesta a ese pensamiento, Ceres escuchó el griterío que solo viene con el brutal propósito de violencia. Un minuto más tarde, las puertas de hierro que llevaban al Stade se abrieron, para dar paso a unos guardias que arrastraban un cuerpo hacia dentro. Lo abandonaron en un lateral de la sala, probablemente a la espera de más.

“Me han dicho que hoy te enfrentarás al hombre de Lucio”, dijo Paulo.

Ceres asintió, alargando su mano hacia su espada. “¿Sabes algo de él?”

Paulo parecía incómodo y Ceres imaginó por qué se quedó de repente en silencio.

“No pasa nada”, dijo. “Prefiero escucharlo. Estoy segura de que el Maestro Isel diría que conocer al contrincante es importante”.

Paulo sonrió ante eso. “Dice que debes conocer al enemigo como a un hermano”. Ceres vio cómo la sonrisa desaparecía. “Pero también dice que la victoria nace de la confianza”.

Ceres lo comprendió. “No pasa nada. Quiero saber con qué me encontraré”.

“El Último Suspiro”, dijo Paulo, y Ceres vio que un destello de miedo cruzaba la cara de su armero mientras hablaba de él. “Lo han traído aquí desde lejos, desde el sur. Es más grande que tú y más fuerte. También es rápido”.

Ceres encogió los hombros. Imaginaba que sería más grande que ella. La mayoría de los combatientes lo eran. “El último hombre contra el que luché también era fuerte”.

“No como este”, dijo Paulo. Negó con la cabeza. “La última vez que luchó en el Stade, tiró su arma, así que aplastó el cráneo de su contrincante para acabar con él. Pero no es solo fuerte. La vez anterior a esta, luchó contra Navencio. No he visto a nadie mejor que Navencio con el tridente, pero el Último Suspiró lo derrotó en menos de un minuto”.

Ceres tragó saliva. Había visto suficientes matanzas para saber qué significaba aquello. Normalmente era difícil acercarse a aquellos que luchaban con tridente, los combates en los que había acababan siendo largos juegos del gato y el ratón. Matar a uno de los mejores con un arma así de forma tan rápida era más que impresionante, era aterrador. Quizás el maestro Isel tenía razón. Quizás era mejor no saber.

“En tal caso deberíamos prescindir del tridente, ¿no?” bromeó Ceres.

Pero Paulo no rio. En cambio, sostenía una espada en una mano y un puñal largo en la otra. “Mejor ceñirse a aquello con lo que has entrenado”.

“¿Pero con un puñal?” dijo Ceres. “¿Sin escudo?”

“Un escudo te obligaría a estar quieta”, dijo Paulo. “Confía en mí”.

Así lo hizo Ceres. Toda la gente que había en el Stade se habían convertido en una segunda familia para ella y Paulo sabía lo que hacía. Sopesó el puñal en una mano. Era lo suficientemente largo para ser una amenaza en distancias cortas, pero lo suficientemente corto para no interferir con su espada cuando la empuñara. era una buena elección. Esperaba con sus armas a un lado mientras, más allá de la sala de preparación, los ruidos de la multitud crecían. Dos veces más, los guardias volvieron con cuerpos, mientras otros tres combatientes volvían cojeando con heridas que debían ser cosidas.

Finalmente, era su turno.

Ceres esperó a que las puertas de hierro se abrieran, entonces entró a la arena, parpadeando hasta que sus ojos se adaptaron a la luz del sol. El cántico de la multitud iba a la vez que el latido de su corazón.

“¡Ceres! ¡Ceres!”

La última vez, las palabras habían parecido recorrerla por dentro, creciendo con su propia emoción. Sin embargo, ahora aquella emoción parecía enterrada en algún lugar bajo todo lo que había sucedido. Los sentimientos de la noche anterior todavía estaban allí. Estaba allí para morir. Lo sabía. Con Thanos desaparecido, incluso la recibía de buen grado. Pero no les iba a dar a los miembros de la realeza la satisfacción de morir sin luchar.

Salió al centro del Stade, mirando a la multitud que tenía alrededor. Las hileras de los laterales parecían hoy incluso más llenas de lo que normalmente estarían. ¿Toda aquella gente de más estaba allí para verla? Echó un vistazo al palco real y, como era de esperar, Lucio estaba allí para observar. Pero los demás no estaban allí, como si verla luchar a ella estuviera por debajo de ellos.

Sonaron los cuernos y el corazón se le paralizó al ver entrar a su contrincante en la arena.

Era tan enorme como Paulo le había asegurado, su piel oscura estaba repleta de músculos marcados y decorada de tatuajes. Apenas llevaba armadura, quitando una falda plegada y unas grebas cortas, como ignorando la posibilidad de que le golpearan. Como arma, llevaba un garrote que tenía hojas en forma de media luna en ambas puntas. Se inclinó sobre él y saludó a la multitud. Incluso su armero parecía temerle, siguiéndolo por detrás a una distancia segura y mirando a Ceres como si estuviera preparado para salir corriendo en cualquier momento.

En el borde del palco real, había un oficial vestido de blanco que hizo un gesto para pedir silencio. Con él, resonó el anuncio del combate.

“Para nuestro próximo combate, tenemos a la única mujer que jamás ha luchado en el Stade, la princesa de la arena: ¡Ceres!”

Ella dio un paso adelante y esperó a que el griterío subiera a un clímax. Debería tener miedo, nervios, algo. En cambio, los pensamientos sobre lo que les había pasado a Rexo y a Thanos parecían consumir todo lo que había dentro de ella, arrastrándolo hasta un pozo sin fondo dentro de ella. Pero también había rabia allí. Rabia por todo lo que la realeza le había hecho y por la manera en que funcionaba este mundo cruel. Una parte de Ceres recibía de buen grado la violencia que estaba por venir.

“Contra ella”, continuó el anunciador, “tenemos al mayor combatiente del Príncipe Lucio, el terror del Stade: El Último Suspiro”.

El Último Suspiro estaba allí, inclinado sobre su arma, lo que a Ceres le pareció indiferencia hacia la multitud. Por un instante se preguntó si él disfrutaba algo de aquello. Entonces levantó su arma y empezó a hacerla girar. El garrote con hojas debía pesar más que cualquiera de las armas de Ceres, pero su rival la hacía girar como si nada.

Le daba vueltas dibujando arcos sobre su cabeza y después a ambos lados. Ceres escuchaba el zumbido de las hojas al cortar el aire, su ritmo era como el de los equipos de guadañas que cortan la hierba del prado en verano. No miraba el arma mientras la hacía girar. En cambio, Ceres vio cómo su mirada se posaba firmemente sobre ella. Bajó el arma dibujando un arco final y, a continuación, la blandió por abajo para esparcir la arena que había bajo sus pies.

La multitud aclamaba ante la exhibición, pero el contrincante de Ceres no reaccionaba. Su mirada no titubeaba y Ceres podía notar la hostilidad de sus ojos mientras se clavaban en los de ella. Sintió la necesidad de dar un paso atrás, o de encogerse, pero se mantuvo firme, concentrándose en todo lo que el Maestro Isel le había enseñado. Podía derrotar a su rival, pero tenía que moverse y no dejar de hacerlo.

Sonaron los cuernos para señalar el inicio del combate. Para Ceres, parecían venir de muy lejos. Incluso la multitud parecía ocupar un espacio diferente. Solo estaban ella y su contrincante, agachado y esperando. El toque del cuerno duró varios segundos, desvaneciéndose con los ecos mientras Ceres esperaba.

Entonces el Último Suspiro se lanzó sobre ella, casi demasiado rápido para seguirlo, y Ceres supo que había llegado el momento de luchar por su vida.

# CAPÍTULO QUINCE

Cuando Estefanía encontró al rey y a la reina, estos ya estaban en su sesión matinal en la corte, escuchando una discusión sobre los derechos del comercio en la periferia del Imperio. Un comerciante gordo discutía con uno de los nobles menores delante de ellos.

“Y yo digo que hice todos los pagos necesarios”, dijo el comerciante. “Pero Lord Hywell no se los pasó a los recaudadores de impuestos”.

“¿Y existe alguna prueba de ello?” insistió el noble. “¿Tiene un registro de esos pagos?”

“Basta”, dijo el Rey Claudio. Se apretó la nariz entre las cejas. “¿Creéis que quiero escuchar cómo parlotéis de buena mañana? Que alguien encuentre al recaudador de impuestos reales. Si no hay constancia de que se ha pagado el impuesto, el comerciante Zorat lo pagará ahora, junto con una multa de una parte por cada cien”.

“Pero su majestad...”

La mirada del rey fue tal, que incluso Estefanía sintió la necesidad de dar un paso hacia atrás.

“Deberías estar agradecido”, dijo. “Intentar evadir los impuestos del Imperio normalmente se castiga con la horca. Lo que me recuerda que, cuando encontremos al recaudador de impuestos reales, este debe ir hasta la finca de Lord Hywell y descubrir cuánto se ha quedado que fuera mío”.

Esta vez le tocó al noble ponerse pálido. “Yo siempre he sido leal”.

“¿Es leal robarle a tu rey?” preguntó la reina. “Quítaselo a los campesinos si quieres, pero *no* nos robes a nosotros. Ahora fuera. La corte se ha acabado por esta mañana”.

“Esperen, sus majestades”, exclamó Estefanía. “Deben escucharme”.

Casi todos se giraron hacia ella. La mayoría parecían ligeramente atónitos de que alguien osara contradecir a la reina. Y menos cuando ella y el rey parecían estar de un humor peligroso. Varios dieron un paso hacia atrás, como para distanciarse de lo que pudiera pasar.

“¿Estefanía?” dijo la reina. “¿Crees que puedes desautorizar nuestras órdenes?”

Estefanía hizo su más perfecta reverencia, manteniendo la mirada baja. Estaba segura de que parecía la imagen perfecta de la elegante obediencia a la autoridad real.

“Perdónenme, sus majestades, pero tengo una información que creo que desearán escuchar. Información urgente, referente a Ceres”.

Alzó la vista y vio que el Rey Claudio estaba mirando directamente hacia ella.

“¿Qué pasa con ella?” preguntó el rey. “Hoy morirá en el Stade”.

“Si Lucio está en lo cierto”, dijo Estefanía. Se puso derecha. “E incluso así, es peligroso. La multitud podrían tratarla como una heroína cuando muera”.

Al lado del rey, la Reina Athena repiqueteaba los dedos sobre los brazos del trono. “¿No eras tú una de aquellas personas que sugerían que el Stade sería mejor que ejecutar a Ceres?” “¿Estás diciendo que nos aconsejaste mal, Estefanía?”

Estefanía pensó con rapidez. “Yo protesté contra la ejecución de Ceres a dedo, su majestad. La gente no apoyaría que la matáramos simplemente, sin ninguna razón. Pero ahora, creo que *tengo* una razón”.

Entonces Estefanía notó el cambio en el ambiente. Notar cual era el estado de ánimo en la corte era una habilidad esencial para cualquiera en su posición. Ahora sentía que pasaba de rozar la virulencia a algo mucho más esperanzador.

“¿Qué razón?” preguntó el Rey Claudio.

Estefanía sacó el anillo que había conseguido de la madre de Ceres. No lo había limpiado, porque la mancha de sangre que había en él parecía hacer que todo aquello fuera mucho más convincente.

“Este anillo es de un mercader llamado Lord Blaku”.

“Lo conozco”, dijo la reina. “¿Qué papel juega en esto?”

Fue una sorpresa para Estefanía que la reina pudiera conocer a un mercader, pero entonces, la nobleza hacía dinero de muchas maneras diferentes.

“Está muerto, su majestad”, dijo Estefanía. “Tengo información de que Ceres fue quien lo mató, por quien ha traído este anillo”.

“¿Y quién fue?” preguntó la reina.

“Su madre, su majestad”, dijo Estefanía. Se arriesgó a sonreír, pues esta era la parte que lo remataba. Cualquiera podía inventarse una alegación, ¿pero que alguien fuera denunciado por su madre? Esto era prácticamente imposible de ignorar. “Ceres era propiedad del mercader y ella lo mató mientras escapaba de él”.

Estefanía escuchó la débil inspiración de algunos de la corte. Estaba claro que comprendían la seriedad del crimen. En este punto, podrían hacer cualquier cosa que desearan con Ceres y no importaría.

El Rey Claudio entrecruzó sus dedos. “¿Qué quieres que hagamos, Estefanía? ¿No sería más fácil dejarla morir en el Stade?”

“Más fácil”, dijo Estefanía, “pero quizás no mejor”.

“¿Y tienes otra cosa en mente a cambio?”

Estefanía asintió con la cabeza. “Sí, su majestad. La Isla de los Prisioneros”.

Se produjo otra inspiración y Estefanía sonrió ante ello. Con todos los castigos que tenía el Imperio, parecía que la perspectiva de la Isla de los Prisioneros todavía tenía el poder de impactar. Estefanía podía entenderlo. Era un lugar de crueldad y castigo, del cual habían vuelto pocos. Los que lo hacían volvían destrozados y cambiados, como las sombras de su antiguo yo. Estefanía miró a su alrededor y vio que todos ellos empezaban a comprender.

“En el Stade”, dijo Estefanía, “Ceres es una vergüenza. En el mejor de los casos, es la chica a la que tuvimos que matar en público porque la odiábamos mucho. De esta forma se convierte en un símbolo. En el peor de los casos, quizás incluso continuaría ganando”.

“Y este se convertiría en otro tipo de símbolo”, dijo la Reina Athena. “Un símbolo de que el pueblo se nos puede resistir fácilmente. Mmm...Estefanía no va mal encaminada, Claudio”.

El rey estuvo allí sentado durante lo que pareció durar para siempre. Estefanía vio que lo estaba sopesando y alguien más podría haber intentado decir algo entonces para empujarlo hacia una u otra dirección. Lucio seguramente lo hubiera hecho y el rey probablemente hubiera estado en desacuerdo con él, solo para recordarle cual era su lugar. Estefanía había aprendido la lección que el noble demandante antes que ella no había aprendido. A veces, era mejor ser paciente.

“Sí”, dijo el rey finalmente. “Creo que sí. Es un plan mejor que el de Lucio, por lo menos”.

Estefanía sonrió lo más dulcemente que pudo. “Estoy segura de que Lucio sabe lo que hace”.

La Reina Athena la observó atentamente. “Aún así, creo que te hemos subestimado en el pasado, Estefanía”.

“Oh no, su majestad”, dijo Estefanía, aunque sin duda era verdad. “Siempre han sido muy amables. Y esto... bueno, la madre de Ceres podría haber ido a cualquiera”.

“Sí, supongo que sí”, dijo la reina.

Estefanía pensó que, obviamente, aquello hubiera supuesto que los otros prestaran atención y mantuvieran los oídos atentos por si había información útil. Cualquiera *podría* haberlo hecho. Nadie lo hizo. Pero Estefanía no deseaba parecer demasiado lista. Era mejor que pensarán que había tenido suerte. En este caso, mucha, mucha suerte.

“Pero ¿qué crees que deberíamos hacer con Ceres cuando llegue a la Isla de los Prisioneros?” preguntó el rey.

Estefanía extendió sus manos. “Una muerte silenciosa, su majestad. De la forma que más os apetezca”.

El Rey Claudio asintió ante esto. “Sí, una muerte silenciosa. Una muerte que no causará más problemas”.

“Y una muerte con la que podemos tomarnos nuestro tiempo”, añadió la Reina Athena. Había algo cruel en su expresión al decirlo, pero Estefanía imaginaba que ella podía permitirse ser más abierta sobre esto que lo que era Estefanía.

El Rey Claudio parecía estar decidido. “Sí, me gusta esta idea. Ve al Stade, Estefanía. Asegúrate de que no matan a Ceres donde la gente la verá como a una mártir. Hazla desaparecer, en cambio”.

“¿Yo, su majestad?” preguntó Estefanía. Había imaginado que mandarían a un sirviente, o a unos guardias o quizás que irían ellos mismos. No deseaba acabar como diversión directa de Lucio. Él era un aliado muy útil en potencia.

“Tú eres quien sugirió esto, Estefanía”, dijo la Reina Athena. “Debes ser la que lo ponga en práctica. Tendrás toda nuestra autorización”.

Y sin duda seré la culpable si algo sale mal, pensó Estefanía. Sin embargo, la idea de tener la completa autorización del rey y de la reina era agradable. Estefanía volvió a hacer otra reverencia.

“Gracias por confiar en mí, sus majestades. No les defraudaré”.

“Estoy segura de que no lo harás”, dijo la Reina Athena. “Y si no lo haces, nos acordaremos de toda la ayuda que nos has dado últimamente. Ahora vete”.

“Enseguida, su majestad”.

Estefanía se retiró de la sala más pequeña del trono, manteniendo todas las cortesías que eran necesarias en la corte. Esto le dio el tiempo suficiente para disfrutar del hecho que las cosas iban a hacerse de la manera que ella quería. Cuando llegó a la puerta, se giró y corrió por los pasillos del castillo. Las Matanzas ya estarían en marcha, los montones de plebeyos gritando con su sed de sangre y quedaría muy poco tiempo para cumplir las órdenes del rey y la reina. Estefanía no quería pensar qué pasaría si fracasaba.

Estefanía pasó de caminar a paso ligero a correr. Nunca pensó que tendría que hacer esto, pero debía llegar al Stade antes de que mataran a Ceres.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Ceres se echó hacia atrás justo antes de que la hoja en forma de media luna le pasara rápidamente por la garganta. La multitud rugió y el instinto le hizo agacharse cuando la otra punta del arma del Último Suspiro fue hacia ella.

Cayó en la arena y sintió cómo le rozaba la piel al volverse a poner de pie y la adrenalina bombeaba con la intensidad de la lucha.

La multitud aclamaba.

Ceres estuvo de pie un momento, intentando recuperar el rumbo mientras avanzaba hacia ella —pero no había tiempo. Esquivó otra estocada de espadas cruzadas y, a continuación, sintió que el mango del garrote le golpeaba de nuevo.

De nuevo, la multitud rugió.

Ceres se retiró y anduvo en círculos, manteniendo la distancia mientras buscaba un modo de pasar por el círculo de puntas de media luna que giraba. Mientras los que estaban mirando aclamaban para que luchara, ella se obligaba a respirar profundamente y a recordar sus lecciones.

Paulo estaba en lo cierto sobre la fuerza de su contrincante. Cada vez que Ceres esquivaba un golpe de garrote, su impacto resonaba en sus brazos. Ya estaban adoloridos por el esfuerzo, de modo que parecía que toda la fuerza que había construido con el entrenamiento, se escurría como el agua en un barril roto.

Se movió hacia la derecha, buscando un modo de acortar distancias. Regateó con su espada, se agachó cuando recibió un barrido por respuesta y consiguió hacerle un rasguño en el brazo a su rival con el puñal. Ceres escuchó cómo la multitud cantaba su nombre.

Un destello de luz del sol sobre el acero le advirtió de un contraataque y apenas llegó a tiempo de esquivarlo de nuevo.

El Último Suspiro estaba allí de pie, se tocó el brazo y levantó un dedo ensangrentado como para examinarlo. Se encogió de hombros, y Ceres casi se relajó. Entonces arremetió de nuevo, los golpes venían hacia Ceres tan rápido que apenas podía verlos.

Ceres esquivó los tres primeros, intentó dar una puñalada en respuesta y sintió un dolor repentino en la pierna cuando una de las hojas le hizo un corte. Se escuchó el choque de acero sobre acero cuando otro golpe le impactó en la coraza, combinado con un impacto que la hizo dar vueltas, afortunadamente fuera del alcance del siguiente corte de las espadas.

Ceres vio un débil rastro de gotitas en el aire cuando el garrote giratorio la hizo sangrar.

Ceres, desesperada, lanzó arena a los ojos del combatiente de una patada, intentando ganar algo de tiempo. Esto levantó una nube entre ellos, tapándole por unos momentos la visión de su contrincante. Una hoja en forma de media luna salió de aquella nube balanceándose tan rápido que Ceres apenas pudo cogerla.

Su espada se partió. Ceres tuvo un instante para encogerse mientras los fragmentos volaban; la hoja se cortó justo por encima de la empuñadura, la conmoción hizo que la multitud soltara un grito ahogado.

Lanzó el arma a su contrincante e intentó maniobrar para que Paulo pudiera lanzarle una nueva arma. Sin embargo, el Último Suspiro parecía haberse adelantado a aquello, colocándose entre ella y su armero, impidiendo cualquier ocasión para que Paulo le lanzara la red con peso que sujetaba.

Ceres esperaba el poder que había venido a ella en anteriores combates. Intentó reunirlo, pero lo cierto es que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Si pudiera encontrar el poder que había usado antes para matar, podría tener una oportunidad aquí.

Pero este no llegaba.

Por primera vez en el Stade, se sentía... normal. Era ella contra aquel hombre monstruoso.

Esto se materializó, de forma fría y dura en la boca de su estómago. Iba a perder. Ceres se sorprendió

al ver cuanto significaba aquello para ella. Pensaba que estaba en paces con ello, preparada, incluso deseosa de morir. Sin embargo, ahora que parecía que podría ser así, el miedo era como una espiral a su alrededor, imposible de hacer retroceder.

Consiguió andar en círculo lo suficiente para que Paulo le lanzara la red con pesos. No era un arma para el campo de batalla del mismo modo que lo era una espada. Era algo diseñado para usar en el Stade por lo que, en este sentido, quizás era una buena elección contra un contrincante de tan lejos, que podría no haberla visto antes. Un luchador habilidoso con ella podía enredar y hacer tropezar, envolver y confundir a un contrincante. Ceres conocía la teoría, pero no había pasado tanto tiempo con ella como con la espada.

Mantén la distancia con el Último Suspiro, lanzando su red en arcos, que intentaban ir a la par con aquellos de su garrote de hojas. Su única esperanza ahora era agotarlo, enredar sus hojas y tirar de él hasta acercarlo para acabar con él. Era un plan desesperado y, mientras el combatiente continuaba atacando, Ceres iba retrocediendo, paso a paso.

Alrededor de Ceres, la multitud abucheaba. Donde antes habían aclamado su nombre, ahora escuchaba cómo abucheaban y silbaban. Ceres sabía lo mucho que las multitudes del Stade deseaban acción. Odiaban a los luchadores que escapaban, sin embargo, en aquel momento a Ceres no se le ocurría una opción mejor. El Último Suspiro avanzaba hasta ella, girando su garrote con hojas y retroceder era el último modo que encontraba para sobrevivir.

Por un instante, el garrote se atascó y Ceres vio su oportunidad. Lanzó su red, lanzándola por debajo del hombro de manera que se enroscara en el mango del arma de su rival una y otra vez. Los pesos de la red la inmovilizaron allí mismo, tan fuertemente como si Ceres la hubiera atado allí. Enroscándose la cola de la cuerda en su antebrazo, Ceres aseguró sus pies y tiró, intentando arrancar el arma de su contrincante.

Vio que el Último Suspiro sonreía mientras estaba allí, firme como una roca.

Él tiró hacia atrás y Ceres notó como tiraban de ella hacia delante. Demasiado tarde, se dio cuenta del peligro de atar la red tan fuerte. Su rival estrelló el mango de su arma hacia delante a la vez que ella tropezaba y el arma le alcanzó justo por encima de la mandíbula. Por un instante, parecía que el mundo flotaba y Ceres notó el sabor fuerte a hierro de la sangre.

El combatiente la golpeó de este modo una y otra vez, usando la áspera madera del garrote para aporrear su cabeza y su cuerpo mientras Ceres estaba atrapada en su propia trampa en la red. En algún momento del asalto, había perdido el puñal. Entonces el Último Suspiro le dio una patada y la dejó tumbada de un golpe. Ceres escuchó que las multitudes aclamaban ahora, pero no la aclamaban a ella.

Ceres estaba tumbada de espaldas sobre la arena. Quería levantarse, pero parecía haber un espacio entre pensar en hacerlo y hacerlo que parecía demasiado amplio para cruzarlo. En cambio, solo podía ver cómo el Último Suspiro estaba sobre ella y parecía borrar el suelo que había allí arriba mientras levantaba su garrote con hojas para lanzar un golpe mortífero. Ceres tragó saliva, a la espera del momento en que este bajara e intentando no mostrar miedo.

Escuchó un cuerno que sonaba como si estuviera a una gran distancia y consiguió echar un vistazo al palco real. Debería haber imaginado que Lucio querría tomar aquella decisión. Sería el último recordatorio para Ceres de que su destino estaba en sus manos. Echó un vistazo al palco real y vio que el noble estaba allí, con el brazo extendido, mientras la multitud en el Stade exigía vida o muerte.

Sonaba como si demasiados estuvieran exigiendo muerte.

Pero había otra personalidad en el palco real. A Ceres le llevó un instante reconocer a Estefanía y darse cuenta de que estaba discutiendo con Lucio. Lucio estaba extremadamente rojo de rabia, sus facciones se distorsionaron en algo cercano a la furia. Lentamente, con evidente reticencia, puso su pulgar para arriba indicando vida.

Unos guardias salieron corriendo hacia la arena. Algunos guiaron al adversario de Ceres otra vez en

dirección a las puertas de hierro. Algunos más la cogieron por los brazos, levantándola entre ellos de modo que sus pies se arrastraran por el suelo. Le ataron grilletes a las muñecas, sin que pareciera importarles el modo en que el hierro la mordió. Ceres quería resistirse mientras se la llevaban arrastrando, pero ahora mismo no tenía fuerzas para ello. Escuchaba los abucheos de la multitud, que la siguieron hasta fuera del Stade, abajo, de manera que todavía los escuchaba cuando llegó a las salas de práctica. En parte esperaba que la desencadenaran allí, o quizás que la arrastraran hasta sus aposentos. En cambio, los guardias la mantuvieron allí, todavía encadenada, hasta que la puerta que daba hacia fuera se abrió.

Estefanía y Lucio entraron juntos a la habitación. Para Ceres, Lucio todavía parecía enfadado, como si no pudiera aceptar que le hubieran engañado con su oportunidad de verla morir. Estefanía parecía encantada, incluso victoriosa.

“Deberías estarme agradecida por tu vida, Ceres”, dijo Estefanía. “Al fin y al cabo, te la salvé”.

“¿Por qué?” preguntó Ceres. Vio que Estefanía hacía una señal con la cabeza a los guardias y ellos la empujaron bruscamente hasta hacerla caer de rodillas.

“Me hablarás con la deferencia adecuada, campesina”, dijo Estefanía. Hizo una pausa. “No, no eres una campesina, ¿verdad? Eres una esclava”.

Ceres empezó a negar con la cabeza, pero Lucio dio un paso adelante y le golpeó.

“Eso estuvo bien. Si tuviéramos tiempo, haría mucho más, esclava. No podía creerlo cuando Estefanía me dijo lo que eras”.

“Pero es cierto”, dijo Estefanía. “Y pronto todos lo sabrán. Ceres es una esclava que asesinó a su propietario”.

“Nunca fui propiedad de nadie”, replicó Ceres. Sentía que la rabia iba creciendo en su interior. “Lord Blaku no tenía derecho a llevarseme”.

Estefanía alargó el brazo para tocar la mejilla de Ceres. “¿Crees que algo de esto importa? Lo que importa es que lo mataste. Lo que importa es lo que la gente *sabr*á”.

Estefanía dio un paso atrás hacia la puerta, con una sonrisa mezquina en la cara.

“Tu muerte no será rápida y valiente”, dijo Estefanía. “Será lenta, dolorosa y anónima. Di adiós a Delos”, concluyó, “y disfruta de tu viaje a la Isla de los Prisioneros”.

# CAPÍTULO DIECISIETE

Thanos cortó camino hacia el puesto de control de los soldados del Imperio en Haylon. Un soldado balanceó una espada hacia su cabeza y Thanos se agachó, atacando con su propia arma para abatir al hombre. Otro corrió hacia él y Thanos lo desarmó, empujándolo de vuelta a la aglomeración que había a su alrededor. Peleaba y peleaba, sin aflojar nunca el ritmo.

A su lado, Akila y sus hombres luchaban duro, dirigiéndose hacia las tiendas de campaña que el Imperio había levantado en el límite de la ciudad. Eran fáciles de divisar, porque el estandarte del Imperio colgaba en lo alto de ellas, junto con banderines que proclamaban la presencia del General Draco.

Con la desaparición de los barcos del Imperio, la batalla de Haylon no había durado mucho. Thanos había estado en lo cierto al imaginar que, sin sus provisiones y sin sus armas de asedio, sus contrincantes estarían en desventaja. Puede que los soldados hubieran sido más numerosos, pero no tenían comida ni lugares seguros para dormir. No conocían la isla y los hombres de Akila eran expertos en aparecer de lugares escondidos para atacar.

“¡Seguid hacia delante!” gritó Thanos y, para su sorpresa, los rebeldes respondieron. Desde los ataques a los barcos, ya no habían hablado más de matarle. En cambio, habían confiado en él como en uno de los suyos. Había ayudado que Thanos había luchado a su lado contra los soldados que todavía quedaban, escaramuza tras escaramuza durante una larga noche de lucha.

Thanos abatió a otro soldado, haciendo lo posible por no matarlo. Incluso ahora le parecía mal arriesgarse a matar a hombres normales que probablemente no pudieron elegir si querían estar allí. Le parecía mal matar a hombres que, como su príncipe, debería ser responsable de ellos. Sin embargo seguía hacia delante, porque retirarse y dejar que tomaran la isla hubiera sido peor.

“¿Empiezas a estar cansado, Príncipe?” exclamó Akila con una sonrisa.

“Si tú puedes continuar, yo también”, respondió Thanos, aunque la verdad era que nada le hubiera gustado más que parar. Había sido una larga noche de luchas y ahora su espada parecía estar hecha de plomo más que de acero. A cada momento costaba más balancearla.

Pero no tenía por qué continuar. La batalla acabó con la misma rapidez con la que se levanta una tormenta de verano. Thanos vio que unos pocos soldados del Imperio que quedaban entre los rebeldes y las tiendas de control tiraban sus armas y corrían. Los rebeldes rodearon las tiendas de control y, menos de un minuto más tarde, arrastraron a dos figuras fuera de ellas.

El General Draco caminaba erguido y orgulloso, de modo que a Thanos le parecía como si estuviera marchando en un desfile. Se detuvo y vio a Thanos, y Thanos imaginó que se sorprendía al verlo con vida. Esto le decía a Thanos lo mucho que sabía sobre su intento de asesinato. El Tifón estaba ensangrentado y lleno de moratones, todavía luchando, pero media docena de hombres lo mantenían a raya.

Thanos vio que Akila lo estaba observando.

“¿Comprendes que no podemos dejar a estos con vida?” dijo el líder rebelde. “Después de todo lo que le han hecho a nuestra ciudad, no podemos dejar que se vayan”.

Thanos comprendía lo que Akila estaba diciendo. Evidentemente, pensaba que Thanos intentaría salvar al general y al Tifón del mismo modo que había intentado proteger a los demás. Thanos no contestó, en cambio, se acercó al General Draco.

“Draco”.

“Thanos”, dijo el general. “Me sorprende verte con vida”.

“Soy más difícil de matar que esto”, dijo Thanos.

El general se encogió de hombros. Había un filo de fatalismo en ello. “Me imagino que la captura de

nuestros barcos se debió a ti. He escuchado informes, pero no pensaba que fueras tan despiadado para disparar en tu propio bando. Recuerdo que eras bastante remilgado antes de eso”.

Thanos cogió con fuerza la empuñadura de su espada. “Ordenaste las muertes de mujeres y niños. Animaste a tus soldados a violar y a saquear. No me gusta matar, pero el mundo es mejor si tú no estás”.

Parecía que el general iba a decir algo más, pero Thanos no le dio la oportunidad. Lo hizo rápidamente, antes de que él mismo se detuviera. Le dio una estocada hacia arriba, en el cuello del general y lo hizo de nuevo, echándose hacia atrás mientras Draco lo miraba fijamente evidentemente atónito. El general se desplomó sobre sus rodillas y, a continuación, cayó al suelo hacia delante. Thanos fue hasta el Tifón.

“¿Quién te ordenó que me mataras?” preguntó.

El Tifón lo miró fijamente. “¿Me dejarás vivir si te lo digo?”

“No”, dijo Thanos. “Vas a morir por todo el mal que has hecho aquí. Vas a morir por intentar matarme. Pero al menos puedes morir con algo de honor”.

“¡Qué sabrás tú del honor, traidor!” dijo el Tifón con tono exigente.

Thanos atacó de nuevo, esta vez con un barrido lateral que acabó con la cabeza del enorme soldado rodando por el suelo. Thanos dejó que la punta de su espada se clavara en la tierra. Debería haber sentido satisfacción ante aquello, o euforia por la victoria, pero fue como si hubiera completado una tarea desagradable.

“Parece ser que no tenía que preocuparme por ti, después de todo” dijo Akila, acercándose a Thanos para darle una palmadita en el hombro. “Enhorabuena. Sin ti, Haylon ahora ya hubiera caído ante el Imperio”.

Era bueno que le recordaran aquello mientras Thanos echaba un vistazo a la muerte y la destrucción de la que había sido parte. Significaba que podía mirar hacia Haylon, donde el fuego todavía estaba quemando, y pensar que todo aquello había valido la pena.

“Hice lo que debía”, dijo Thanos.

“Hiciste más que eso”, le aseguró Akila. “Actuaste como lo haría un verdadero amigo y siempre pensaremos en ti como tal. No, como más que eso. Como un hermano”.

Lo abrazó y Thanos no sabía qué decir. No había intentado hacer nada especial. Solo había intentado hacer lo que era justo para el pueblo de Haylon. Para la gente libre.

“¿Y ahora qué?” preguntó Thanos. “¿Más emboscadas?”

Akila negó con la cabeza. “Si los soldados del Imperio quieren escapar, déjales. En cuanto a lo que sucederá a continuación... bueno, te lo iba a preguntar, Príncipe. Yo y mis chicos te debemos mucho, así que ¿qué quieres hacer tú ahora?”

Thanos estaba allí, mirando las tiendas de campaña mientras intentaba decidirse. La brisa del mar se llevaba el olor a muerte que lo rodeaba, pero no todo. Ni de lejos.

¿Qué quería? Durante los últimos dos días, parecía que había estado corriendo por instinto. Sin embargo, ahora había un momento para pensar, para hacer una pausa y para sentir. La última parte, por lo menos, era fácil. Por lo que pareció la primera vez en su vida, supo exactamente lo que sentía.

Dio un paso adelante y agarró un estandarte del Imperio, arrancándolo.

“Quiero venganza”, dijo. “He intentado duramente ser el tipo de príncipe que el Imperio necesitaba y han intentado matarme por ello. Quiero descubrir quién lo ordenó”.

“¿Es esto lo único que quieres?” le preguntó Akila.

Thanos negó con la cabeza. No era lo único. Ni de buen trozo. “Quiero encontrar un modo de detenerlo. Han pasado sus vidas haciendo daño a la gente por la que se suponía que estaban gobernando, construyendo palacios y quitándoles a ellos. Quiero ir hacia allí y derribar todo lo que hay a su alrededor. Quiero cambiar el modo en el que el régimen trata al pueblo. Quiero asegurarme de que personas como tú son libres para siempre... Y quiero ver a Ceres”.

Esto quemaba con más intensidad dentro de él que todo lo demás junto. Cuando pensó que iba a morir, fue en ella en lo que pensó y ahora no quería otra cosa más que poder cogerla entre sus brazos. No le importaba lo que costara, tenía que volver a ella.

“Quiero llevar a tus hombres al centro de Delos, tomar la ciudad y no parar hasta que hayamos aniquilado toda la crueldad del Imperio”, dijo Thanos.

“Pareces decidido”, respondió Akila.

Thanos lo estaba. En aquel instante, podría haber destruido a la familia dominante entera y dirigir el asalto a Delos él solo. Pero vio que el líder rebelde negaba con la cabeza.

“Aunque pudiera convencer a mis chicos para marchar hacia Delos ahora”, dijo Akila, “no es el momento adecuado para ello. El Imperio todavía es fuerte y el control de los nobles sobre él es demasiado firme. Será necesario más que un ejército marchando sobre ella para solucionarlo”.

“¿Entonces qué será necesario?” pidió Thanos. “No puedo quedarme sentado sin hacer nada, Akila”.

“No es necesario que lo hagas”, prometió Akila. “Pero quizás puedes hacer más bien dentro de la corte de Delos que el que puedes hacer marchando sobre ella”.

A Thanos le llevó un instante comprenderlo. “¿Quieres que sea un espía para ti?”

Akila asintió. “Tú eres el hombre que puede trabajar por nuestros intereses desde dentro. Puedes decirles que sobreviviste a la batalla. Esto podría darte la oportunidad de descubrir todo lo que quieras y puedes advertirnos si el Rey Claudio quiere mandar más hombres a Haylon”.

Tenía sentido pero, aún así, era difícil. A Thanos no le gustaba jugar a los juegos de la corte ni en los mejores tiempos. Estar allí como espía solo lo empeoraría. Quería entrar y tomarse su venganza directamente. Pero lo cierto era que no sabía ni quién había ordenado su muerte. Esto podría darle la oportunidad de descubrirlo, de preparar el terreno para la rebelión... y de ver a Ceres.

Este pensamiento fue el que hizo decidir a Thanos. Si podía ver a Ceres, entonces todo el resto valdría la pena. Podría soportar cualquier cantidad de subterfugios y política si ella estaba allí y pensar que ella estaba esperando era suficiente para hacer que él deseara correr hacia casa.

“¿Y cómo regresaré?” preguntó Thanos.

“Déjanoslo a nosotros”, dijo Akila.

Esto llevó tiempo y, durante aquel tiempo, los rebeldes le homenajearon. Hicieron hogueras donde habían estado las tiendas del Imperio y aquellas rápidamente se convirtieron en los puntos centrales de una fiesta. Los rebeldes bailaron y bebieron, comieron y se felicitaron el uno al otro. Thanos se encontró en el corazón de todo aquello, incapaz de estar más de un minuto o dos sin que uno de los rebeldes le diera una palmadita en la espalda o le ofreciera vino.

Finalmente, le encontraron una pequeña barca, con un par de pescadores de Haylon como tripulación. La barca en la que había venido había desaparecido, perdida en las hogueras que los rebeldes habían hecho, pero por lo menos esta parecía que podría hacer el viaje. Los hombres de Akila la llenaron de comida y provisiones e hicieron fila en la playa para aclamar mientras Thanos embarcaba.

“¡Thanos! ¡Thanos!”

Thanos estaba allí observándolos y nunca hubiera imaginado que le parecería que estaba dejando a una familia. Supuestamente iba hacia casa pero, en aquel momento, aquel era el sitio que parecía su hogar. Vio que Akila lo saludaba con la mano desde la arena y Thanos lo saludó con su espada, de un guerrero a otro.

Sintió que la barca se tambaleaba cuando empezó a desplazarse. Thanos estuvo mirando hasta que los hombres de Akila desaparecieron de su vista, pero rápidamente llevó sus pensamientos a Delos y a todo lo que tenía que hacer una vez llegara allí. Sería peligroso, quizás más peligroso que cualquier otra cosa que hubiera hecho. Sin embargo, todo ello valdría la pena por una simple razón:

Iba a ver a Ceres de nuevo.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Ceres tropezaba en la oscuridad mientras se dirigían al barco prisión. A su alrededor, escuchaba las burlas y los insultos de la gente al pasar. No los veía, pero podía escuchar su repentino odio y desprecio, cayendo sobre ella como el agua de una tormenta.

Ceres se encogió cuando algo la golpeó, rebotando en su coraza. Podría haber sido una pieza de fruta o una piedra, no sabía qué. Incapaz de verla e inmobilizada como estaba, no hubo oportunidad de esquivarlo. Su coraza y su falda le ofrecían algo de protección, pero realmente solo significaba que para la multitud era más fácil de identificar.

“¡Asesina!”

“¡Esclava!”

La peor parte era escuchar la ira en las voces que habían estado gritando su nombre en el Stade solo un rato antes. Ceres sabía que los miembros de la realeza debían haber empezado los rumores y sus anuncios incluso antes de que hubiera terminado el combate en el Stade, porque aquella era la única manera en que se podría haber extendido tan rápido.

Sintió el metal tirando en sus muñecas cuando los guardias la arrastraron por los grilletes que la sujetaban. Ceres no se resistía al movimiento, pero de todos modos sentía sus repentinos tirones y sacudidas contra las cadenas. Oía que la gente se reía cuando tropezaba y Ceres entendió que se trataba de eso. Querían humillarla.

Finalmente se detuvieron y los guardias le retiraron la capucha de la cabeza, dejándola parpadeando para aguantarse las lágrimas por el sol que parecía cegarla con su brillo después de la oscuridad anterior.

Ante ella había una enorme forma y le llevó un instante a Ceres reconocer el detalle del barco que allí había. Era una cosa enorme y horrible, inmensa y redonda, hecha jirones y con un equipamiento oxidado. El barco prisión parecía estar diseñado para dar a entender los horrores que estaban por venir en la Isla de los Prisioneros, incluso su rampa de desembarco parecía la columna de alguna criatura que hacía tiempo que había muerto.

Arrastraron a Ceres hasta ella y ella caminó arrastrando los pies. Tuvo el tiempo suficiente para mirar hacia atrás y ver allí a las multitudes y echar un vistazo al mar de caras enojadas, todas allí para mostrar su odio hacia ella. ¿Era por las cosas que la realeza había dicho sobre ella, o porque había perdido, o por las dos cosas? No lo sabía.

La rampa parecía alargarse interminablemente. Ceres pensó en tirarse de allí hacia el agua que había debajo, pero encadenada como estaba se hundiría al instante, aunque pudiera soltarse del agarre de los guardias.

Sus pasos parecían hacerla temblar y, por un momento, Ceres pensó que podría caerse de todos modos. Sintió cómo los guardias la agarraban más fuerte y la arrojaban hacia delante, haciéndola caer sobre la áspera madera de cubierta. Por encima de ella, unas velas manchadas de negro estaban enrolladas en sus mástiles, mientras ella veía a los marineros holgazaneando por cubierta, observándola del mismo modo que lo habían hecho las multitudes allá abajo.

Ceres consiguió ponerse de pie, pero los guardias le hicieron de nuevo la zancadilla. La arrastraron hacia una escotilla con rejas de hierro, abierta al cielo y la arrojaron por ella, de modo que fue tropezando por los escalones que había allá abajo. Intentó acurrucarse y rodar para evitar resultar herida, pero aún así el impacto la sacudió.

Lo primero que le impactó fue el olor de tanta gente junta y apretada, el hedor era agudo y mordaz con el sudor. Había gente amontonada allí con grilletes y cadenas. Ceres vio hombres, mujeres y niños allí arrojados, sin ningún orden o cuidado aparente. Algunos estaban atados juntos en largas hileras, mientras otros estaban sujetos a las paredes. Ceres se preguntaba de dónde habían venido y qué habían hecho.

Ceres alzó la vista a la escotilla, justo a tiempo para que uno de los guardias le escupiera con desprecio.

“Mejor que te pongas cómoda. La Isla de los Prisioneros será mucho peor”.

\*\*\*

Ceres no se atrevía a dormir mientras el barco prisión andaba dando sacudidas mientras se abría camino en el mar. En cambio, estaba allí sentada observando a los otros prisioneros que había allí, intentando proyectar una sensación de fuerza que mantendría a raya a los más peligrosos.

Era un lugar cruel. Algunos de los que estaban allí eran probablemente gente totalmente normal: miembros de la rebelión a los que el Imperio no quería matar demasiado rápido, personas que habían robado para alimentar a su familia o que habían estado en el lado equivocado en los juegos políticos de la corte. Sin embargo, había otros mucho más peligrosos. Desde que estaba allí, Ceres había escuchado a un hombre presumiendo sobre el nombre de personas que había matado, mientras otro gritaba y rabiaba sin razón aparente. Ceres ya había visto peleas, asesinatos y más allá abajo.

Por lo que podía decir, los guardias no tenían ningún interés en parar nada de esto. Cuando traían comida, la lanzaban de forma aleatoria para que la gente que había allí se peleara. Ceres consiguió agarrar un pedazo de pan que fue a parar cerca de ella, pero hubo otros que no tuvieron tanta suerte. Vio golpear a un hombre vestido con la ropa de un noble descolorida por una corteza y arrancarle el brocado de oro de su túnica simplemente porque podía tener algún valor. Aquel lugar parecía no tener ninguna norma más allá de que los más fuertes tomaban lo que querían. La violencia del lugar era suficiente para hacer que Ceres se pusiera enferma viendo que las personas se pudieran tratar de este modo.

Así que Ceres se obligó a tener los ojos abiertos, intentando tener la espalda contra el encofrado del barco, donde podía ver a todos los que la rodeaban. Todavía estaba observando cuando vio a la niña.

Era joven, probablemente tendría unos diez años más o menos y estaba penosamente delgada. Su vestido estaba roto y su cara sucia de mugre. Su pelo rubio color arena estaba tan enredado y manchado de tierra que en algunos sitios parecía marrón. Ahora mismo estaba gateando por allí, intentando robar comida por los bordes de la aglomeración sin ser vista.

No tuvo éxito. Ceres vio que un hombre grande y con cicatrices fue hacia ella, levantándose todo lo alto que era.

“¿Qué crees que estás haciendo? ¡Dame esto! ¡Mocosa esquelética, te mataré!”

Dio un paso adelante y Ceres no pudo quedarse quieta. Apareció entre la niña y el que se disponía a atacarla con las manos preparadas para luchar.

“Déjala en paz”, dijo Ceres.

“Haré lo que yo quiera”, dijo el matón. Ceres vio que la miraba de arriba abajo. “Con ella y contigo”.

Ceres sentía que la ira crecía dentro de ella. La energía empezaba a despertar, inundándola. Su contrincante fue hacia ella, pero ella ya se estaba moviendo. Dando un paso a un lado evitó el ataque del matón, dejando un pie fuera para hacerle la zancadilla. Cuando cayó, ella ya estaba sobre él, apretándole fuerte el cuello con la cadena que unía sus grilletes. Oyó que hizo un ruido parecido a un borboteo mientras lo estrangulaba, antes de caer inmóvil.

Podía haber continuado. Podría haberlo ahogado hasta que muriera o tirar hasta partirle el cuello. Este hubiera sido el tipo de mensaje que el resto de la bodega entendería. En cambio, Ceres lo soltó y dio una patada al cuerpo inconsciente del hombre.

Vio cómo otros de los que allí estaban se echaban sobre él para robarle. Ceres se aguantó la indignación y, a cambio, volvió a su lugar. La niña estaba allí, era evidente que no deseaba alejarse mucho de ella. Aún así, parecía asustada, como si esperara que Ceres le soltara un golpe en cualquier momento.

“No te preocupes”, dijo Ceres. “No voy a hacerte daño. Me llamo Ceres”.

La chica lo pensó por un momento y Ceres imaginó que estaba intentando descifrar los caminos que podía tomar la conversación. “Me llamo Eike”.

Ceres le ofreció un pequeño trozo de pan y Eike lo tomó y lo miró fijamente por un instante antes de morderlo con ansia. Alzó la vista hacia Ceres, como si esperara qué le costaría aquello. Ceres hizo un gesto hacia el trozo de suelo que había a su lado.

“Puedes sentarte aquí si quieres”, dijo Ceres.

“¿Tengo que hacerlo?” preguntó Eike.

“No tienes que hacer nada que no quieras”.

La chica resopló. “Sé que eso no es cierto aquí”.

Aún así, se sentó. Observaba a Ceres con evidente curiosidad.

“¿Es verdad que luchaste en el Stade?” preguntó al fin.

Ceres asintió. “Así es”.

“¿También es verdad que mataste a tu amo?” preguntó Eike. Al parecer, los rumores habían llegado hasta aquí también. “Dicen que por eso estás aquí”.

“Maté a un esclavista que intentaba capturarme y que apuntaba con un cuchillo al cuello de mi amiga”, dijo Ceres.

Eike la miró fijamente.

“Estoy aquí porque mi familia se unió a la rebelión”, dijo. “Cuando vinieron los soldados, se nos llevaron a todos. “Ahora –se contuvo las lágrimas- “soy la única que queda”.

Ceres la rodeó con el brazo. Sentía que Eike estaba tensa como un animal a punto de escapar y esto solo hizo que se sintiera peor por ella. Nadie tan joven debería estar atrapado en un lugar como aquel. Ceres no quería ni pensar en qué le harían a la niña en la Isla de los Prisioneros.

No quería pensar en lo que le harían a ella tampoco. La Isla tenía mala reputación como lugar de torturadores y muertes crueles, mazmorras y jaulas masificadas. Una vez allí, era casi imposible volver, desde luego para alguien como ella. Una muerte rápida en el Stade hubiera sido mejor, decidió Ceres. Mucho mejor.

“Si quieres dormir, yo puedo vigilar”, se ofreció Eike.

Ceres le echó una mirada. Imaginaba que la niña estaba buscando una manera de ser útil para que Ceres no la abandonara. Ceres no lo haría, pero en este lugar sería difícil convencerla de que alguien podía actuar por altruismo. Además, ahora estaba tan agotada que la idea de poder dormir significaba casi tanto como la libertad.

“Eso me gustaría”, confesó Ceres. “Despiértame si hay problemas”.

“Siempre hay problemas”, dijo Eike. “Pero te despertaré si alguien se acerca”.

A Ceres se le hacía raro confiar su seguridad a aquella niña, pero el agotamiento del día la venció y antes de que pudiera pensárselo dos veces, el balanceo ya estaba arrullando sus pesado ojos para dormir.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

Lucio tenía ganas de celebración. Apuró una copa de vino muy rápido, levantándola para hacer un brindis de burla hacia la nada mientras este quemaba en su garganta.

“¡Por las molestias que han sido derrotadas!”

Tiró la copa con indiferencia a un sirviente y el hombre peleó por cogerla, probablemente aterrorizado de que Lucio le pegara si dejaba que cayera al suelo. Lucio decidió pegarlo más tarde de todas formas, solo para mantener al hombre alerta.

Fue en dirección al salón del trono. Normalmente, encontraba los asuntos de la corte aburridos, pero quizás hoy habría un ambiente más festivo. El problema se había resuelto y pronto sería el Festival de la Luna, uno de los festivales más grandes en el calendario de Delos. Normalmente, significaba días de banquetes y fiestas, de regalos y de diversión. Los banquetes en el castillo siempre eran copiosos.

Lucio estaba a medio camino del salón del trono cuando vio a una mujer más mayor discutiendo con los guardias.

“¡Pero Lady Estefanía me lo prometió! ¡Yo fui quien le dio a Ceres!”

Lucio se dirigió hacia la pelea, echando un vistazo a la mujer. Para él, tenía un aspecto insulso y deteriorado, no digno de su interés. Solo le llamaba la atención el nombre de Ceres.

“¿Qué está pasando aquí?” preguntó.

“Quiere hablar con Lady Estefanía”, dijo uno de los guardias.

“Me lo debe”, dijo la mujer. Llevaba un monedero, que sostenía tan fuerte que Lucio vio sus nudillos salidos. “Me dio dinero por lo que yo sabía de Ceres, pero ahora que ha servido para librarse de mi hija...”

“¿Tu hija?” dijo Lucio. A pesar del vino, esto lo entendió. “¿Tú eres la madre de Ceres?”

“Sí”, La mujer pareció recordar lo suficiente sobre reverencias. “Marita, mi señor. Yo di la información que permitió coger a Ceres”.

“¿O sea que tú eres la razón por la que no la vi morir en el Stade?” preguntó Lucio, dejando que una pequeña nota de ira se filtrara en su voz. Esta era la parte de todo aquello que todavía le irritaba. Que su plan tan cuidadosamente preparado pudiera dejarse de lado y que, en cambio, el de Estefanía pudiera funcionar tan bien. Todo el mundo sabía que ella solo era un vacío adorno en la corte, pero que por un golpe de suerte había triunfado.

La madre de Ceres parecía asustada ante ello. Con toda la razón.

“¿Y estás aquí por más dinero?” dijo Lucio. Negó con la cabeza. “Es simplemente... ingrato”.

Al fin, la mujer pareció entender la situación en la que se había puesto a sí misma. “Yo... me voy”.

“Todavía no”, dijo Lucio. Cogió el monedero, arrebatandoselo de la mano y se lo tiró a uno de los guardias.

“¡Es mío!” insistió la madre de Ceres.

“Era tuyo”, dijo Lucio. “Ahora es de este guardia”.

“¡Yo me lo gané!” insistió la mujer.

Lucio chasqueó los dedos. “Le hace falta aprender cuál es el precio por ponerse por encima de su posición. Llévala fuera y quitadle todo lo que tenga de valor. Después arrojadla a la alcantarilla como la basura que es”.

“Sí, Príncipe Lucio”, dijo el guardia.

“¡No!” gritó Marita mientras los guardias la agarraban de los brazos. “¡No pueden hacerme esto!”

A Lucio siempre le parecía divertido que los campesinos intentaran decirle lo que no podía hacer. No entendían cómo funcionaba el mundo. Estaba allí observando cómo los guardias la arrastraban hacia fuera y después exclamó, casi como una coletilla.

“Si se resiste, golpeadla hasta que aprenda”.

Lucio sonrió y se dirigió hacia el salón del trono. Los demás ya estaban allí y, como el había predicho, había cierto ambiente de carnaval. Vio a Estefanía en el centro de un corrillo de otras chicas de la nobleza que, como era habitual, la estaban adulando. El rey y la reina estaban sentados en sus tronos mientras los nobles charlaban y se felicitaban delante de ellos por haber lidiado con la crisis. Probablemente, la mitad de ellos estaban intentando que se les reconocieran los méritos por el resultado.

Lucio se abrió camino entre ellos y hoy, en su mayoría, se echaban hacia atrás para dejarle espacio para que pasara. Muchos de los nobles menores hacían una reverencia o asentían con la cabeza, dándole el reconocimiento que merecía.

“Lucio, ¿te gustaría venir a un encuentro que haremos para el Festival de la Luna?” preguntó una de las jóvenes nobles mientras él pasaba. “Tenemos un grupo de músicos enmascarados este año que son simplemente divinos”.

Otra interrumpió enseguida. “Los músicos enmascarados *son* del año pasado. Tenemos saltimbanquis traídos desde el lejano sur y perfumistas que han prometido nubes de humo perfumado”.

“¿Saltimbanquis?” dijo el primero. “Y supongo que también serviréis las mismas codornices y el buey del año pasado”.

Lucio forzó una sonrisa. Lo cierto era que él iría donde fuera que lo trataran al máximo como el príncipe que era en la noche del festival. Probablemente recorrería fiesta tras fiesta hasta que todas se fundieran en una.

“Suenan bien”, dijo Lucio. “Me lo pensaré”.

Más ofertas siguieron mientras continuaba a través de la multitud.

Estaba casi delante de todo cuando el Rey Claudio se puso de pie, levantó la mano para pedir silencio y, al instante, el parloteo se detuvo. Allí estaba y, a pesar de su edad, Lucio veía la energía que había dentro de él.

“¿Por qué estáis todos tan contentos?” pidió. “¿Por qué nos hemos deshecho de una chica?”

“Y hemos matado al líder de la rebelión”, remarcó Lucio. Rexo está muerto. Ceres no está. El pueblo no tiene quien les guíe”.

“Es cierto”, dijo la Reina Athena. “La rebelión está herida, pero eso no implica que nuestro pueblo se relaje y vuelva a sus vidas fácilmente”.

“Se les debe obligar a hacerlo”, dijo el Rey Claudio, “¡y de manera firme!”

Lucio sospechaba que sabía a dónde iba a llegar aquello. El rey y la reina habían ordenado antes periodos de mayor severidad. Lucio nunca había comprendido por qué era necesario ordenar aquello. ¿No estaba claro que los disturbios y la desobediencia no debían tolerarse jamás?

“¿Cómo vamos a presionarlos, sus majestades?” preguntó Lucio. Imaginaba que aquella era la pregunta que estaba en mente de la mayoría de los que estaban allí. Bueno, al menos de los que no estaban preocupados por cómo conseguir el control de la mayor parte de la fiesta del festival. Estefanía, por ejemplo, parecía profundamente desinteresada, más preocupada con la atención de su camarilla de mujeres de la nobleza. “¿Qué más se puede hacer?”

La Reina Athena le lanzó una mirada asesina. “¿Crees que no tenemos un plan, Lucio?”

“Estoy seguro de que sí, mi reina”, dijo Lucio. “Estoy deseoso de escuchar de qué se trata. Estoy seguro de que todos lo estamos”.

Lo más probable era que todos los que estaban allí quisieran saber si les afectaría. Él recordó algunas de las cosas que habían probado en el pasado. Habían reunido a aquellos que tenían afinidad con los rebeldes y, o bien los habían matado, o bien los habían esclavizado. Sus familias habían sido encarceladas y sus casas quemadas. Había habido duros impuestos y métodos de recaudación más duros. A Lucio le parecía evidente que al final se darían cuenta de que se estaban buscando aquellas medidas con su resistencia pero, curiosamente, cuanto más rebeldes trataban con dureza, más parecía haber. No

había ninguna lógica, pero entonces ¿quién entendía cómo pensaban las clases más bajas?

“He oído que todos hablabais del Festival de la Luna”, dijo el Rey Claudio. “Bien, creo que es adecuado que nuestro Imperio haga a sus gobernantes una ofrenda para el festival, para reparar todos los problemas que ha causado la rebelión”.

“¿Qué tipo de ofrenda?” preguntó Lucio.

El Rey Claudio encogió los hombros. “Lo que deseemos. Desde ahora hasta que yo decida que el pueblo de Delos ha aprendido el precio de la resistencia, cualquier noble podrá tomar lo que desee del resto. Si queréis a sus hijos como esclavos, vuestros son. Si queréis sus últimas monedas o la ropa que llevan a la espalda, os las darán. ¿Dicen que les hemos quitado demasiado? Nos moveremos entre ellos y les enseñaremos qué es que les quiten *todo*”.

“Los habrá que se resistirán”, destacó Lucio.

“Da la sensación de que estás discutiendo nuestra orden, Lucio”, dijo la Reina Athena.

Lucio negó con la cabeza. “En absoluto, sus majestades. Simplemente preguntaba qué se me permite hacer cuando se *resistan*”.

Escuchó la cachetada de carne sobre carne cuando golpeó con el puño en su mano. “Aplástalos. Mata a cualquiera que se niegue a entregar lo que es nuestro. Recuérdales que cualquier cosa que posean en este Imperio es solo por nuestra gracia. Asésinalos, esclaviza a sus familias y haz que sus vecinos miren mientras les quitas todo lo que tienen”.

Lucio sonrió al pensar en ello. Era el tipo de cosa que había hecho con la madre de Ceres, solo que a una escala que incluía a todo el Imperio. Quizás algunos discutirían, quizás algunos lucharían, pero solo servirían como ejemplos para los demás.

“Me gustaría dirigir estos esfuerzos”, dijo Lucio, pensando con deleite en las posibilidades.

La Reina Athena sonrió. “Pensamos que así sería y creemos que eres la elección perfecta. Sal y mézclate con ellos, Lucio. Llévate a tus guardias contigo y haz que se asusten de sus gobernantes como es debido de una vez por todas”.

“Será un placer”, dijo Lucio, e iba a ser un placer. No era tanto el pensar en todo lo que podía tomar de los campesinos como el acto de tomarlo en sí mismo. Estaba seguro de que tendría la oportunidad de mostrar a muchos de ellos cuál era su sitio con unos modos que nunca olvidarían. “¿Cuándo quieren que empiece?”

“Enseguida”, dijo el Rey Claudio. “Quiero que este Festival de la Luna sea recordado por todo Delos”.

“Oh, lo será”, prometió Lucio. “Lo será”.

# CAPÍTULO VEINTE

Cuando Thanos volvió a Delos había guardias en los muelles –de hecho, había guardias por todas partes. Toda la ciudad daba la sensación de un lugar bajo asedio, haciendo difícil ver la diferencia entre la capital del Imperio y la manera en que estaba Haylon cuando estaba siendo atacada. Vio huesos colgando de una horca sobre el agua, la cadena de oro que la sostenía chirriaba mientras se movía con el viento.

Una parte de Thanos quería evitar a los guardias. Le recordaban demasiado a los soldados contra los que había tenido que luchar en la isla de los rebeldes. Pero tenía que hacer el papel del príncipe leal que volvía de la guerra y eso significaba no pasar a hurtadillas.

“¡Vosotros!”, dijo al primer grupo que encontró. Parecían estar ocupados desmantelando una casa de la costa de sus contenidos. “¿Qué estáis haciendo?”

“Cumpliendo con las órdenes del rey”, dijo el sargento. “¿Y a ti qué te importa?”

“Yo soy el Príncipe Thanos. Dejaréis de hacer esto y me escoltaréis hasta palacio ahora mismo”.

Vio que los guardias palidecieron ante aquello, pero hicieron lo que les ordenó. Thanos miró a su alrededor mientras lo llevaban de vuelta al castillo. Parecía que muchas cosas habían cambiado durante el tiempo que había estado fuera. Vio otros grupos de soldados saqueando casas, mientras más horcas colgaban de las esquinas de las calles. Algunos de los ocupantes todavía estaban vivos. Algunas pintadas garabateadas en las paredes anunciaban la crueldad del rey entre comentarios más habituales de los luchadores del Stade. Solo pensar en ellos le hizo pensar en Ceres.

Cuando llegaron al castillo, era difícil concentrarse en otra cosa, pero Thanos sabía que debía hacerlo. Tenía que mantener la pretensión de lealtad, la ilusión de ser el príncipe perfecto. Un error podría significar más que su vida. Podría significar la derrota para los planes de los rebeldes también. Tenía que averiguar quién había ordenado su muerte y buscar maneras de ayudar a los rebeldes. A pesar de todo aquello, el deseo de ver a Ceres era casi más de lo que podía soportar.

Podría haber ido a sus antiguas habitaciones y cambiarse antes de dirigirse al salón del trono. En cambio, Thanos entró tal y como iba. Quería que todo el mundo lo viera con la tierra y la sangre del conflicto de Haylon sobre él. Quería que entendieran lo que había sucedido allí. Entró al salón del trono y escuchó el grito colectivo de los que estaban allí.

Se quedaron paralizados. Thanos caminó entre ellos, mirando a derecha y a izquierda mientras parpadeaba. Allí vio a muchos nobles que conocía, todos parecían estar vestidos para una celebración. Divisó a Cosmas en una esquina, el sabio parecía estar tomando notas mentales de todo lo que acontecía en la sala. Lucio estaba a un lado, en una armadura de lujo que le hacía parecer el general de un ejército invasor. Estefanía sujetaba un melocotón, preparado para darle un delicado mordisco. A la cabeza de la sala, el Rey Claudio estaba sentado en su trono, mientras la Reina Athena se había ido entre los nobles para hablar con ellos.

Thanos se empapó de todo aquello y se coló entre la multitud hacia el trono. Una vez llegó a la tarima, se puso sobre su rodilla e inclinó la cabeza, como con disgusto.

“Su majestad, siento informarle de que la expedición para recuperar Haylon no ha sido un éxito”.

Era un eufemismo. Si el rey supiera algo de lo que había sucedido, sabría que había sido un desastre. En breve, la tensión se cernió alrededor de Thanos. ¿Y si algunos soldados habían escapado y habían vuelto a Delos? ¿Y si una paloma había vuelto con un mensaje? Podría ser que el rey ya supiera el papel que él había jugado en la destrucción de las fuerzas del Imperio.

La sala se quedó en silencio durante varios segundos, durante los cuales Thanos consiguió barrer el pensamiento de un posible descubrimiento y sustituirlo por la necesidad de examinar a los que estaban allí. Alguien había mandado a un asesino a por él. Descubriría quién lo había hecho.

“¿Thanos?” dijo el rey, poniéndose de pie. Cogió a Thanos por las manos para ayudarlo a ponerse de pie. Para Thanos, fue un gesto sorprendentemente tierno, dado lo cruel que el rey era normalmente. “¿Estás vivo? Oímos que los rebeldes te mataron en las playas de Haylon”.

Thanos intentó escuchar los matices. ¿Estaba decepcionado el rey? ¿Había sido él el que envió al Tifón con órdenes para matarlo?

“Casi me mataron, pero no fueron los rebeldes”, dijo Thanos. “Uno de nuestros propios soldados me apuñaló por la espalda”.

Echó un vistazo alrededor de la sala al decirlo. ¿Alguien parecía sorprendido por la revelación? ¿Alguien parecía satisfecho? ¿Cuántos de los que estaban allí podrían haber sobornado o dado órdenes al Tifón? La verdad es que había muchos. No había casi nadie de quien se pudiera fiar. Toda sonrisa ante su retorno podía ser tan falsa como verdadera.

“¿Uno de los nuestros te traicionó?” dijo el rey. “¿Por qué?”

“Aseguró que lo enviaba alguien de la corte”, dijo Thanos. De nuevo, escuchó un grito ahogado en la sala. “Aunque no dijo quién”.

“¿Cómo sobreviviste?” preguntó el rey.

“Me dejaron pensando que estaba muerto”, dijo Thanos. “Unos pescadores me encontraron y me devolvieron cuando se dieron cuenta de quien era. Pensaron que habría una recompensa”.

Imaginaba que era el tipo de mentira que los que estaban allí creerían. Comprendían la avaricia mucho mejor que la amabilidad, según la experiencia de Thanos. Hizo una pausa. Iba a ser difícil mentir constantemente. Había intentado construir su vida sobre la sinceridad...

Y casi lo matan por ello.

“¿Y mi ejército?” preguntó el rey.

“Oí hablar a los pescadores. Dijeron que habían quemado la flota Imperial y que habían mutilado las fuerzas de tierra. Lo siento, su majestad, pero creo que el General Draco está muerto”.

El Rey Claudio lo miró durante un buen rato. Thanos se preguntaba cuánto de su historia creía el rey. Pasaba su vida con cortesanos que le contaban medias verdades y mentiras rotundas. Lo único que protegía ahora a Thanos era el hecho de que nunca había mentido a su rey en el pasado.

“Una pérdida terrible”, dijo el Rey Claudio. “Pero ahora estoy más preocupado por el hecho de que te atacaran. Se proporcionará toda la ayuda necesaria para encontrar al responsable. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo”.

“Gracias, su majestad”, dijo Thanos, aunque no tenía intención de confiar en los esfuerzos del rey únicamente. Sin embargo, había algo que el rey podía darle. “¿Se me da el permiso para ver a Ceres?”

Esto hizo que la expresión del rey cambiara. Pasó de algo que parecía auténtica preocupación a ira en lo que Thanos tardó en parpadear.

“Después de todo esto, ¿todavía tienes a aquella chica en la cabeza?”

Siempre iba a tenerla. Thanos pensó en cómo estaba Ceres cuando él se marchó, enfadada con él por la traición de haber luchado contra la rebelión. Si pudiera susurrarle la verdad...

“Me gustaría verla”, dijo Thanos.

“No es posible”, dijo la Reina Athena. “La chica se ha ido”.

Thanos se giró hacia ella. “¿Se ha ido? ¿Qué quiere decir que “se ha ido”?”

“Vigila tu lengua, Thanos”, dijo el Rey Claudio. “Lo que has pasado te da cierta libertad, pero recuerda donde estás”.

Sin embargo, la reina le dio una respuesta. “Tu adorada Ceres resultó no ser para nada lo que parecía. Era una esclava que mató a su amo, lo que no es apropiado para vivir y mucho menos luchar en el Stade. Mientras hablamos, se dirige en un barco a la Isla de los Prisioneros”:

La reina parecía sentir un cruel placer al decírselo. Sonreía mientras Thanos se tambaleaba ante la noticia y eso fue lo único que pudo hacer para no empezar a gritar. Quería exigir la vuelta de Ceres;

dirigirse a los muelles y salir en su busca en cualquier barco que encontrara. Como estaban las cosas, sintió que no podía soportar quedarse allí más tiempo. Entre la gente que había intentado matarle, los que se habían deshecho de Ceres y el habitual ambiente tóxico de la corte, ¿cómo había pensado que podría soportar estar allí sin explotar?

De alguna manera, Thanos consiguió controlarse lo suficiente para forzar una reverencia. “Perdónenme, sus majestades. Mi herida me duele y ha sido un viaje largo. Con su permiso, me gustaría retirarme a mi habitación”.

“Sí”, dijo el Rey Claudio. “Quizás sea una buena idea”.

Thanos salió corriendo de la sala del trono y vio que los cortesanos que estaban por allí salían a toda prisa de su camino. No sabía qué veían en su cara, se echaban hacia atrás rápidamente, dejando el camino hasta la puerta libre. Thanos ya había salido a la antecámara cuando sintió una mano en su hombro.

Se giró, su ira iba en aumento. Si alguien quería detenerlo ahora, los instantes después de saber que había perdido a Ceres, entonces...

“Príncipe Thanos”, dijo Cosmas, dando un paso hacia atrás. El viejo sabio tenía el mismo aspecto que siempre para Thanos: lleno de vida a pesar de su edad, calvo, con unas orejas pronunciadas y una nariz en forma de pico que solo parecía llamar la atención hacia el azul intenso de sus ojos.

“Cosmas”, dijo Thanos. La presencia del anciano bastaba para calmarlo un poco, pero solo un poco. “Lo siento. Ahora no puedo hablar. Ceres...”

“Lo sé, chico”, dijo el sabio. “Algunos dolores son difíciles de gestionar todos a la vez. Volviste pensando en un feliz reencuentro y duele que se haya frustrado”.

Era más que dolor. Parecía que algo se estaba desgarrando dentro de Thanos. Aún así, él asintió.

“Necesito estar un rato solo”, dijo.

“Lo comprendo”, respondió Cosmas. “Pero cuando estés preparado, tenemos que hablar”.

“¿Por qué?” preguntó Thanos.

“Porque creo saber quién intentó matarte”.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Ceres estaba descansando cuando el barco dio una sacudida. Estaba a punto de dormirse cerca de Eike y apenas tuvo tiempo de despertar antes de salir rodando cuando el barco se inclinó. Evitó tropezar por cubierta porque se agarró a una de las largas cadenas que tenían atados a los prisioneros.

Tenía que ser una tormenta, y grande si podía tambalearse así el barco. A su lado, Eike también se agarró a la misma cadena y Ceres se acercó más para rodearla con sus brazos, trepando por la cadena hasta que lo pudo hacer. Con lo pequeña que era, no podría sobrevivir de ningún modo si salía despedida por la bodega del barco.

Eso sucedió con algunos de los prisioneros que no estaban encadenados allá abajo y Ceres escuchó gritos y chillidos de sorpresa cuando caían por los aires. Escuchó unos crujidos espeluznantes cuando algunos de ellos impactaron contra los postes de la pared del otro extremo. Varios no se levantaron, mientras que muchos gritaban con las extremidades rotas. Los que cayeron hechos un nudo con otros prisioneros no corrieron mejor suerte. Ceres escuchó que empezaban a pelear y se agarró más fuerte a la cadena.

Solo tuvo tiempo de preguntarse qué tipo de tormenta podía salir así, de la nada, antes de que el barco se enderezara y volviera a balancearse hacia el otro lado. Ahora los prisioneros chocaban contra la pared que estaba cerca de ella y Ceres se acurrucó alrededor de Eike, protegiéndola de lo peor. Por una vez, Ceres se alegró de que le hubieran dejado puesta la armadura y de que la hubieran arrojado allí. Un hombre con aspecto de loco fue a parar cerca de ellas y atacó reflexivamente con un cuchillo que parecía estar hecho de un trozo de hueso. Pasó rozando el acero y Ceres lo apartó de una patada, dejándolo inconsciente.

El barco se niveló una vez más, pero por poco tiempo. Algo golpeó el lateral del barco y, por un instante, Ceres pensó que había impactado contra una roca. Entonces el lateral del barco se rompió y un tentáculo ancho como la altura de un hombre rompió violentamente.

Después de todo parecía que no estaban dentro de una tormenta.

“¡Un monstruo marino!” gritó uno de los prisioneros y Ceres escuchó que otras voces se unían a la llamada.

El tentáculo golpeaba como un látigo entre los prisioneros, rodeando a un par de hombres para tirar después de ellos. Los hombres estaban encadenados en su sitio, pero la fuerza del tentáculo fue suficiente para soltarlos. Ceres vio a un hombre que intentaba aferrarse a un lateral del agujero del barco, pero el tentáculo lo tiró violentamente al mar.

El agua entró de repente en tal cantidad que se llevaba a la gente y a Ceres le parecía imposible que pudiera colarse tan rápido. Vio que otro tentáculo perforaba la madera de la bodega y le seguía un pico como el de una ave de presa gigante, que se abría camino hacia dentro. Cada vez entraba más agua y, al mirar hacia abajo, Ceres vio que ya le llegaba por los tobillos.

“Vamos a hundirnos”, dijo. “¡Tenemos que salir de aquí!”

“¿Cómo?” dijo Eike.

Ceres no tenía respuesta para aquello, pero aún así se dirigió hacia la escotilla que llevaba a cubierta. Estaba cubierta por amplias barras de hierro, cerradas firmemente desde fuera.

“¡Creo que quepo!” dijo Eike.

“Entonces, vete”, respondió Ceres. “¡Debes salir del barco!”

Quizás no podría salvarse a ella misma, pero al menos podría salvar a la niña. Otros prisioneros empujaron por detrás a Ceres, aplastándola contra la escotilla mientras intentaban salir, pero Ceres los retuvo mientras Eike se colaba. Cuando se hubo colado, Ceres miró de nuevo a la bodega.

Ahora el agua estaba creciendo. Veía cómo los prisioneros cuyos grilletes los tenían atados a un lugar

en particular tiraban de ellos, intentando apartarse de su amarre. Un hombre que se había quedado inconsciente al caer por la bodega resbaló hasta el agua mientras Ceres observaba, mientras los tentáculos del monstruo continuaban agitándose dentro de la bodega, arrastrando a prisioneros indefensos hacia aquellas fauces que les estaban esperando. No había ningún lugar al que correr y parecía que el barco ya estaba delicadamente preparado, listo para volcar en cualquier momento.

“¡Rápido, Ceres! ¡Aquí arriba!”

Ceres alzó la vista y vio la luz del sol, sin ninguna barra que la tapara. Eike estaba por encima de la escotilla, sujetando con orgullo en una mano un manojito de llaves.

“Se las robé a un guardia”, dijo Eike. “¡Seguro que alguna también abre tus grilletes!”

Sonrió a Ceres y ella le devolvió la sonrisa. Subió a través de la escotilla hacia la cubierta, intentando comprender qué estaba sucediendo mientras cogía las llaves de Eike y las metía en sus grilletes. Se dio tanta prisa como pudo. No solo porque el agua iba creciendo. Otros prisioneros ya la estaban empujando para abrirse camino detrás de Ceres y ella no deseaba tener que pelear con ellos por las llaves.

El barco estaba claramente en problemas. El monstruo que lo estaba atacando rodeaba con sus tentáculos los mástiles, arrancando a los hombres del cordaje y aplastándolos al apretarlos. Ceres vio cómo uno barría igual que un mayal, golpeando a marineros y guardias y tirándolos al agua como si fueran juguetes. Por allá arriba, unas aves rapaces marinas se iban reuniendo, como si intuyeran el banquete que estaba por llegar. Vio que uno de los guardias clavaba espadas y arpones a los tentáculos. Nada parecía funcionar.

Vio que uno de los guardias estaba mirando hacia ella cuando consiguió quitarse las cadenas.

“¡Los prisioneros están escapando!” gritó, y corrió hacia ella con la espada extendida.

Ceres no tuvo tiempo para pensar y el terror del monstruo era demasiado grande para poder sentir más miedo. De modo que blandió las cadenas que la habían tenido confinada como si fueran un arma, cogiendo al guardia por el lateral de su cabeza y dejándolo tumbado en el suelo. Un tentáculo fue en su búsqueda y lo agarró, arrastrándolo hacia el agua mientras chillaba.

Más guardias fueron hacia ella, a pesar de que la amenaza del monstruo que les estaba atacando era mayor. Ceres arrojó las llaves a los prisioneros que salían por la escotilla tras ella y, a continuación, golpeó con sus cadenas la espada que sostenía un guardia, enredándola. Se acercó para arrancarle la espada y después le dio una patada al guardia.

“Así que eras un combatiente de verdad”, dijo Eike. A pesar de todo, parecía sorprenderse por ello.

Ceres asintió. “Quédate cerca de mí. Tenemos que encontrar una manera de escapar de este barco”.

El barco crujió como en respuesta a ello mientras el monstruo con tentáculos continuaba rompiéndolo. Uno de los mástiles tembló y cayó por la fuerza del ataque, desplomándose en el agua como un enorme árbol mientras Ceres sujetaba a Eike para apartarla del peligro. Debía haber barcas pequeñas para llegar a tierra, ¿verdad? Debía haber una salida en el barco aparte de la pasarela.

Ceres apenas pudo pensar antes de que el barco se inclinara y la proa se sumergiera en el agua. El mundo parecía ponerse de lado y, por un instante, vio el agua que estaba allá abajo, llena de sangre, hombres que luchaban y la masa enfurecida de la criatura que los atacaba. También vio aletas, mientras los tiburones nadaban por los alrededores para intentar coger a los rezagados.

Ceres tuvo un momento para experimentar todo aquel horror antes de que el agua llegara hasta ella. Se agarró a Eike, pero la niña se le escapó cuando cayeron a las frías aguas. Ceres intentó respirar, sintió el agua salada y consiguió sacar la cabeza a la superficie por un instante.

No duró mucho. El peso de su armadura la arrastró hacia abajo y Ceres se encontró bajo las olas de nuevo. Soltó como pudo las correas de su coraza y de su falda de hierro, quedándose tan solo con su túnica y observando cómo caían a las profundidades entre los tentáculos que se agitaban y los prisioneros moribundos. Vio cómo una cadena entera de prisioneros eran arrastrados hasta las profundidades por sus cadenas y los tiburones ya se lanzaban hacia ellos.

Divisó a Eike más por casualidad que por otra cosa. Un tentáculo se había enredado en la pierna de Eike, ignorando sus inútiles esfuerzos por liberarse. Ceres se lanzó hacia Eike, agarrando el tentáculo aunque sabía que no había manera de poder escapar de él. En silencio suplicaba la fuerza para salvar a la chica, abrazándose a sus piernas mientras intentaba soltarla del monstruo.

Ceres notó el momento en que la fuerza que había usado en el Stade venía hacia ella como una ola. Parecía empezar en algún lugar dentro de ella, estallar a través de ella y hacia el tentáculo que agarraba a Eike. La energía estalló en él y el tentáculo soltó a la chica, apartándose del modo en que Ceres lo hubiera hecho de un trozo de hierro ardiente. Ceres agarró a Eike y nadó hacia arriba mientras le ardían los pulmones por el esfuerzo.

Salieron a la superficie juntas, no lejos de los restos volcados de una de los botes del barco. El resto se estaba hundiendo rápidamente, mientras los marineros gritaban en el agua luchando contra tiburones, tentáculos o ambos.

“Rápido”, dijo Ceres, “sube a bordo”.

Ayudó a Eike a salir del agua y a subir a su lado. Un tentáculo se extendió hacia ellas y, a continuación, se echó hacia atrás, como si alguna parte del monstruo pudiera recordar lo que había sucedido la última vez que había tocado a Ceres. En su lugar, agarró a otro de los guardias que estaban en el agua y los tiburones se acercaron.

El ansia por comer parecía continuar para siempre, mientras Ceres estaba en medio de todo aquello en el casco de la pequeña barca, rodeando con los brazos a Eike para protegerla. Nada se acercaba a ellas. Nada parecía atreverse. Incluso los tiburones que pasaban rozando giraban bruscamente, para dirigirse a otra presa.

Finalmente, el último tentáculo se hundió en el agua y la tranquilidad sustituyó a la violencia anterior. Ceres miró a su alrededor en busca de supervivientes, pero no vio a ninguno. Los restos del barco hacía rato que se habían hundido bajo el agua y todo aquel que se había aferrado a los restos había sido derribado sin piedad por los tentáculos o por los tiburones. Tan solo una extensión de madera astillada y provisiones demostraba que el barco había estado allí alguna vez.

“Están muertos”, dijo Eike con una vocecita. “Están todos muertos”.

Ceres la abrazaba mientras la niña empezaba a llorar, intentando pensar en un modo de consolarla, a pesar de que apenas podía encontrar el modo de superar aquel horror ella misma. “No pasa nada. Estoy aquí. Tú estás viva y yo estoy viva. Encontraremos la manera de salir de esto”.

Pero mientras iban a la deriva en alta mar, sin saber dónde estaban, Ceres no tenía ni idea de cómo podrían sobrevivir.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Anka mantenía la cabeza baja, intentando no llamar la atención de los soldados de la 23 mientras atravesaba la ciudad de tiendas de campaña. Hasta el momento, había tenido suerte. Solo se había encontrado con algunas miradas de sospecha. Tal y como eran los soldados, podría ser mucho peor.

Había logrado entrar en el campamento vistiéndose como una de las lavanderas que se abrían camino entre las hogueras. No había mujeres soldado en el ejército, pero siempre había sirvientes y prisioneros que lo seguían allá donde iba. Vestida como una de ellas, era tan invisible como si se hubiera arrastrado bajo el refugio de la oscuridad.

Al menos, eso es lo que esperaba.

No quería pensar en lo que le podía pasar si la atrapaban, o peor, qué podía pasar con la rebelión. Desde que murió Rexo, ella había sido la que había intentado reunificar las cosas, asegurando a la gente que todavía podían continuar, e incluso triunfar. Había apaciguado discusiones, pasado mensajes y encontrado maneras de convencer a los seguidores de que aquello no se volvería en su contra.

Cada segundo que pasaba fuera de Delos le costaba muchísimo a la rebelión, pero ella continuaba forzando su camino a través del campamento, agarrando el montón de ropa por lavar como un escudo protector. Costara lo que costara, le había dicho a Ceres que lo haría.

Esto le importaba, más que suficiente para enfrentarse a las miradas y comentarios ocasionales de los soldados cuando pasaba y a evitar los grupos más grandes. Ceres le había devuelto la libertad. Sin ella, Anka estaría sufriendo mucho más que eso.

La parte difícil era encontrar a un recluta en medio del vasto ejército del Imperio. Los simpatizantes le habían proporcionado información, había conseguido más mediante sobornos, pero básicamente Anka había tenido que seguirla pista de la ruta que los reclutadores habían seguido, haciendo preguntas y esperando que sucediera lo mejor.

Sabía que aquello no funcionaría aquí. Preguntar por Sartes le traería problemas tanto a él como a ella. Anka echó un vistazo alrededor del campamento, intentando adivinar dónde estaba. En la distancia, veía a unos soldados puestos en filas y corriendo mientras los oficiales les gritaban. Otros cavaban zanjas o cortaban madera para cercas.

Pasó por un espacio entre las tiendas donde un soldado estaba atado a un poste, mientras le pegaban latigazos por alguna infracción. Oía los gritos reprimidos del hombre mientras mordía una correa de piel para no chillar mientras otros soldados, probablemente miembros de su unidad, estaban alrededor para contemplar el castigo.

Anka no se quedó. Odiar al ejército no era lo mismo que querer ver cómo hacían daño a sus individuos. En cambio, se dirigió hacia las tiendas más grandes que estaban cerca del centro del campamento. El ejército debía de guardar los registros en algún lugar, ¿no? ¿Habría hojas de paga o detalles de quien servía con quién? ¿Una lista o una de castigos preparada? Algo, por lo menos.

Con su disfraz, pudo acercarse más a las tiendas de lo que había imaginado. Nadie la cuestionaba. Probablemente ayudaba que caminaba rápidamente, intentando que pareciera que sabía a donde iba, mientras miraba a su alrededor por el rabillo del ojo hasta que estuvo segura de que lo sabía.

Encontró la tienda que estaba buscando al lado del pabellón de comandante más grande y se coló dentro una vez estuvo segura de que nadie estaba mirando. Tenía sentido que los comandantes de la 23 quisieran tener a sus ayudantes y administradores cerca. Seguramente, encima de alguna mesa de campamento plegable habría un atril para escribir y un pergamino, junto con muchas cajas que seguro que contenían documentos.

Anka se atrevió a echar una mirada fuera antes de empezar, pues quería asegurarse de que nadie la encontraba. Esta era la parte más peligrosa, porque aparte de un espía nadie jamás miraría los papeles

del ejército. Ella contuvo la preocupación y se puso en marcha.

Anka iba tan rápido como podía. Sacó unos documentos, intentando descifrar la escritura enmarañada que había en ellos mientras intentaba entrever el nombre de Sartés. Si podía encontrar alguna pista de donde estaba dentro del campamento, este sería el mejor resultado, pero la simple confirmación de que realmente estaba allí y de que todavía estaba vivo sería suficiente.

Se quedó paralizada al escuchar unos pasos fuera de la tienda y rápidamente metió los documentos de vuelta en su sitio. Acabó, agarró el montón de ropa para lavar y, justo cuando se dirigía hacia la puerta, entró un oficial.

“¡Vigila por donde andas!” gritó el oficial antes de hacer una pausa. Su mano salió disparada para coger por el hombro a Anka. “Espera, ¿qué estás haciendo aquí? La vieja Mersha es quien se encarga de lavarme la ropa”.

Anka no tuvo que fingir el estremecimiento que corría dentro de ella. “No lo sé, mi señor. Me mandó fuera y... yo pensaba que era aquí donde debía ir”. Echó mano de uno de los nombres que había visto en los documentos mientras les echaba un vistazo. “Estaba buscando la tienda del Capitán Thero”.

“Bien, entonces estás en el lugar equivocado del campamento”, dijo el oficial. “Tiene su tienda en el cuadrante norte. ¿Es que no sabes nada?”

“Yo... yo soy nueva, mi señor”, dijo Anka. De nuevo, no tuvo que fingir el miedo. Si este hombre adivinaba lo que estaba haciendo realmente allí, nunca saldría del campamento. “¿El cuadrante norte dice?”

El oficial señaló con una mano. “Por allí, niña estúpida. Ahora corre. Al Capitán Thero no se le debe hacer esperar”.

Anka salió a toda prisa de la tienda con el que ella creyó que era el nivel adecuado de agradecimiento, dirigiéndose hacia donde el oficial le había indicado, pero desviándose rápidamente por si descubría que ella no era lo que aparentaba ser. Respiraba profundamente mientras intentaba pensar.

No había conseguido nada de los documentos. El nombre de Sartés no aparecía en ninguno de los que había visto y parecía que no había una manera evidente de encontrarlo sin una pista de donde podía estar. Anka tampoco sabía seguro si estaba en el campamento. Lo único que había sacado de sus contactos eran suposiciones y fragmentos.

La verdad es que nadie seguía el rastro de donde estaban los reclutas individuales. Al ejército no les preocupaban lo suficiente para ello y este solo hecho era suficiente para enfurecer a Anka. ¿En qué mundo vivían, donde a nadie le importaba qué le sucedía a un chico, porque probablemente iba a morir pronto?

Aunque no le hubiera prometido a Ceres que encontraría a su hermano, esto sería suficiente para hacer continuar a Anka. ¿Pero por *cuánto* tiempo podría continuar? se preguntaba. ¿Realmente era justificable buscar a un niño para siempre cuando la rebelión podía salvar a muchos más hombres y mujeres jóvenes? Realmente no sabía ni qué aspecto tenía Sartés.

Aquel pensamiento la desesperaba y Anka empezó a abrirse camino entre las tiendas hacia los bordes del campamento. Anka había intentado decirse a ella misma que esta era una tarea más fácil que intentar derrocar a todo un imperio, pero la verdad era que resultaba casi imposible.

A pesar de su promesa a Ceres, no podía dejar de pensar en volver a casa entonces. La rebelión la necesitaba y, si no podía encontrar a Sartés aquí, entonces lo único que conseguiría es que la capturaran o la mataran. Pensar en abandonar la consumía, pero a Anka no se le ocurría qué más podía hacer. Para retrasar el momento en el que tendría que tomar una decisión, volvió dibujando un círculo hacia las tiendas de control. Quizás podría hacer un intento más de mirar en los documentos del ejército, aunque si la cogían esta vez...

Esperó junto a los pabellones y las carpas que pertenecían a los oficiales del ejército, manteniéndose a la sombra y buscando la ocasión de colarse dentro. Esperó, haciendo que pareciera que buscaba algo

en su montón de ropa para lavar y entonces fue cuando escuchó el nombre que había estado esperando desde que llegó allí.

“Sargento, tengo mensajes que deben ser distribuidos por todo el campamento. ¿Qué fue de aquel recluta tuyo?”

Anka echó un vistazo a la tienda y vio a un oficial con una armadura de oro que estaba hablando con un hombre corpulento que era, evidentemente, de un rango inferior.

“¿Sartes, señor?”

“¿Cómo iba a acordarme del nombre del chico? Aquel que ha sido tan útil. Encuéntralo”.

“Sí, señor”.

Anka observó la conversación como si el corazón le fuera a salir por la boca. Cuando el sargento se marchó, lo siguió, usando la cautela que había aprendido en Delos. Era más seguro hacer esto que esperar cerca de las tiendas de control porque, por lo menos, podía fingir de nuevo que estaba en un encargo.

Siguió hasta que el sargento llegó a un ruedo de entrenamiento donde los reclutas estaban practicando el manejo de la espada. Dos ya tenían heridas profundas, pues las afiladas armas que estaban utilizando no dejaban espacio al error. Vio que el sargento se detenía en el borde del ruedo de entrenamiento.

“¡Sartes! ¡Sal de ahí!”

Anka miró al chico que se separaba de la aglomeración. Tenía el pelo color arena y una complexión enjuta que todavía era más delgada por la dureza del ejército. A primera vista, era difícil ver el parecido entre él y Ceres, sin embargo había alguna similitud y decididamente era él.

“Los oficiales tienen trabajo para ti”, dijo el sargento. “¡Ve a la tienda del comandante antes de que te azote con el látigo!”

Anka vio que el chico salió corriendo desesperadamente. Odiaba ver el miedo allí, pero otro sentimiento afloró junto a él: la esperanza. Había encontrado a Sartes.

Pero ahora necesitaba encontrar el modo de salvarlo –antes de que el ejército lo matara.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ceres sentía que, si continuaban yendo a la deriva, morirían. Ceres estaba segura de ello. O bien el sol las achicharraría o los depredadores vendrían a por ellas, al ver que Ceres ya no tenía fuerzas para enfrentarse a ellos.

La pequeña barca tenía un pedazo de madera de deriva que podían usar como remo improvisado, pero parecía que no había ningún lugar al que remar. En cambio, se mecían como si fueran el juguete de algún niño, a merced del viento y las corrientes.

Los labios de Ceres se le agrietaban por la sed mientras flotaban. Apenas tenía fuerzas para levantar la cabeza y echar un vistazo a la extensión de agua que alcanzaba el horizonte en todas direcciones.

Oía que Eike se quejaba a su lado. La niña apenas estaba consciente ahora, pues a pesar de toda el agua que tenían alrededor, no podían arriesgarse a beber ni un poco. Eike no creyó a Ceres cuando la advirtió de ello y rápidamente vomitó el agua salada. Ceres la sacudió y sus ojos apenas se abrieron con un parpadeo.

Ceres volvió a mirar a su alrededor y vio a las aves marinas de allá arriba que las seguían, evidentemente esperando el momento en que finalmente perecieran. Una se acercó y Ceres la espantó con la mano.

Entonces fue cuando vio la isla.

Al principio parecía una mota en el horizonte, suficientemente pequeña para que Ceres no estuviera segura incluso ni de que estaba allí.

Pero mientras las corrientes llevaban su barco hacia allí, vio las playas arenosas y las cuevas rocosas, que llevaban a lo que parecían selvas en el interior.

Y, por primera vez, su corazón se llenó de esperanza.

\*

Ceres remó hacia la orilla con su áspero remo de madera durante lo que parecieron horas. Ignoraba el modo en que sus músculos protestaban por el repentino esfuerzo después de ir durante tanto rato a la deriva, que continuaron hasta pasar por unas rocas con aspecto de dientes y, a continuación, hacia las olas que rompían y llevaban hasta una playa.

Ceres pegó un salto, tirando de la barca hasta la arena con Eike todavía dentro. Levantó a la niña, la ayudó a salir y después le sirvió de apoyo mientras iban por la playa en busca de agua dulce.

No sabía qué iba a suceder a continuación. No estaba segura de dónde estaban, ni de qué les pasaría en los próximos días. No estaba segura de si volvería a ver su casa de nuevo y este era un pensamiento aterrador. En aquel preciso instante, Ceres solo estaba agradecida de estar viva.

Ceres sintió unas miradas sobre ella mucho antes de que alguien saliera de la selva que las rodeaba. Observó las hojas de las palmeras de los bordes y vio que algunas crujían de un modo que podría haber sido provocado por el viento.

Salieron unas personas, vestidas con túnicas y vestidos lisos, complementados con lo que parecían hojas y ramas del bosque. Algunos parecían tener flores enredadas en el pelo, mientras otros llevaban enredaderas alrededor de ellos como si fueran joyas.

Ceres estaba allí con cautela. No estaba segura de cómo reaccionarían a los extraños aquellas personas o de lo que iba a suceder a continuación.

Hasta que no se acercó más, Ceres no vio que no llevaban un traje en realidad. En su lugar, vio que las enredaderas y las ramitas salían de la carne, piel que había dado paso a la aspereza de la corteza o al verde de las hojas.

Dos se adelantaron con cuencos de agua y Ceres cogió uno agradecida, antes de ayudar a Eike a dar un sorbo al suyo. La niña pareció recobrar algo de fuerza con el líquido, animándose lo suficiente para mirar alrededor. Ceres vio que se sobresaltaba al ver a las personas que las rodeaban.

“¿Qué son?” preguntó Eike.

“Somos la gente del bosque”, dijo una voz y Ceres vio que un hombre daba un paso adelante y se apartaba del montón de gente. “Bienvenidas”.

Era alto y delgado, probablemente unos cuantos años mayor de lo que era Ceres, con una piel que parecía variar entre delicadamente bronceada y verde musgo donde no estaba cubierta por una túnica. No era ancho de hombros, pero Ceres vio que sus músculos sobresalían cuando se movía. Tenía unas facciones marcadas, unos pómulos altos y una sonrisa que parecía salir fácilmente. Su pelo era oscuro, cortado por aquí y por allí con un revoltijo de enredaderas florecientes, mientras que sus ojos eran de un verde tan brillante que Ceres no conseguía apartar la vista de él.

Él parecía mirarla con la misma intensidad.

“Me llamo Ceres”, dijo ella.

“Me llamo Eoin”, respondió él.

“¿Tú eres el que está al mando aquí?” preguntó Ceres.

Eoin sonrió. “La gente a veces me escucha, pero la verdad es que todos nosotros con la enfermedad seguimos la dirección del bosque”.

“¿Enfermedad?” escuchó Ceres preguntar a Eike. “¿Estáis enfermos?”

Eoin extendió sus manos. “Lo llaman una enfermedad, o una maldición. Nos mandan aquí porque no quieren que estemos cerca de ellos. Pasamos el resto de nuestra vida aquí, hasta que el bosque nos reclama. Pero no tienes que preocuparte”.

Le tendió una mano a Eike y, para sorpresa de Ceres, la niña la tomó.

“Volveremos a la aldea y hablaremos más allí”, dijo. Ceres vio que la volvía a mirar. “Creo que hay mucho de lo que hablar. El océano os ha traído hasta nosotros por alguna razón”.

Salieron en dirección a la selva y Ceres siguió a Eoin por un camino donde los árboles se arqueaban sobre ellos como formando un túnel. Alzó la vista y vio un pájaro que revoloteaba de una rama a otra e, increíblemente, parecía brillar con una dorada luz al hacerlo. Se dio la vuelta para señalárselo a Eike, pero la niña ya estaba mirando a otra parte del bosque.

Ceres siguió su mirada y se quedó helada. Un caballo del blanco más puro estaba allí, con un cuerno de oro que le salía de la frente y se empinaba. Ceres se quedó sin respiración al verlo. ¿Un unicornio? Pero se suponía que solo eran mitos.

Eoin parecía comprender su asombro. “Las criaturas mágicas todavía tienen lugares donde reunirse”, dijo. “La selva es uno de ellos. Ahora no estamos lejos del asentamiento”.

Continuaron y Ceres vio que la selva se abría, pero le llevó un momento darse cuenta de que eran casas, porque más bien parecían plantas gigantes, que habían sido cultivadas con esa forma más que construidas. Vio cabañas y casitas en los árboles, construcciones que eran más bien plataformas sencillas en las ramas. El único edificio de piedra que vio fue una especie de zigurat en el centro de todo aquello y que parecía que llevaba allí más tiempo que el resto.

Allí había plantas y animales que parecían imposibles. Un lagarto con alas de mariposa pasó volando por la cabeza de Ceres mientras, un poco más lejos, vio un escarabajo del tamaño de un perro pequeño. También vio árboles, deformados y retorcidos hasta parecer esculturas extrañas de personas.

“Estos son los que ha reclamado la maldición”, dijo Eoin.

“¿Quieres decir que eso son *personas*?” dijo Eike. Ceres oyó el terror en su voz. Ella misma también sentía un poco.

“Lo eran”, dijo Eoin. “Al final, la maldición se nos lleva a todos y volvemos al bosque. No se puede detener. Lo único que podemos hacer es vivir nuestras vidas hasta entonces”.

“Esto es terrible”, dijo Ceres.

Eoin se encogió de hombros. “No está tan mal. Esto es hermoso y nos basta”.

Las llevó hasta una cabaña, donde había comida esperando: fruta y tubérculos cogidos de la selva.

Ceres y Eike comieron con hambre, mientras Eoin y los demás se les unieron.

“¿Cómo llegasteis hasta aquí?” preguntó Eoin.

“Es una larga historia”, dijo Ceres.

Eoin sonrió. “Siempre debería haber tiempo para las historias y a nosotros nos gustaría escucharla”.

Ceres se explicó lo mejor que pudo. Les contó lo que estaba sucediendo en el Imperio y cómo había llegado a luchar en el Stade. Les contó su último combate y cómo había terminado condenada a la Isla de los prisioneros.

Los ojos de Eoin estaban todo el rato fijos en ella. Parecía que podía ver a través de ella, más allá de la superficie hasta algo más que había por debajo. Ceres no estaba segura de qué era lo que veía, pero hasta ese momento nunca se había sentido tan vulnerable con nadie.

“¿Eres una guerrera?” preguntó. “Quizás esto explica en parte por qué nos fuisteis enviadas”.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Ceres.

Eoin se puso de pie y le ofreció la mano. “Ven conmigo. Prometo que tu amiga estará a salvo aquí”.

Ceres le creyó. Nunca había visto un lugar que pareciera tan pacífico como aquella aldea escondida. Simplemente parecía algo natural estirar el brazo y darle la mano, sintiendo la fuerza que había allí.

Dejó que se la llevara de allí atravesando la aldea, hasta un espacio en el lado más apartado del zigurat que se había despejado formando un amplio círculo. Allí vio a dos mujeres jóvenes luchando, rodeadas por un pequeño nudo de aldeanos.

No llevaban armas, pero no parecían necesitarlas. Ceres apenas podía seguirlas cuando se confundían al girar, sus manos y sus pies golpeaban desde todos los ángulos. Esquivaban y saltaban, para después juntarse mientras intentaban hacerse una llave con las extremidades la una a la otra y tirarse al suelo. Cuando se cayeron juntas, continuaron luchando, hasta que Ceres vio que una se escabullía detrás de la otra tan rápido como una serpiente y rodeaba con el brazo el cuello de su contrincante. Las dos se pusieron de pie, rieron y empezaron de nuevo.

Era como el entrenamiento que ella había hecho para el Stade y, a la vez, totalmente diferente. Aquella lucha había sido brutal y eficiente, mientras que había algo hermoso en ella, algo que a Ceres le parecía que estaba totalmente en equilibrio.

“Es impresionante”, dijo. “Luchar así de bien sin armas”.

“Simplemente se mueven en armonía con el mundo”, respondió Eoin. “Referente a las armas, las tenemos, pero no las necesitamos mucho”.

Alargó el brazo hacia su espalda y sacó un puñal que parecía hecho de una piedra cristalina y oscura. Se la pasó. Ceres comprobó el filo y, ante su sorpresa, era afilado como cualquier acero.

“Para ti”, dijo. “Has sido enviada aquí por alguna razón, Ceres. Estoy seguro de ello. No sé cuál es la razón, pero te enseñaremos lo que podamos sobre nuestras costumbres. Si quieres, claro”.

Su respuesta era evidente.

“Quiero”.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

Mientras bajaba a los jardines de palacio, Thanos miraba a su alrededor con recelo. La presión por lo que estaba haciendo ahora le ahogaba y estaba buscando un lugar donde poder ser él mismo por un instante sin poner en peligro su vida.

En todos los otros lugares del castillo, parecía que tenía que esconder lo que sentía y quién era. Si alguien veía su furia por lo que le había pasado a Ceres, si alguien veía el acto que había desplegado por sus afinidades con los rebeldes, entonces estaba muerto, fuera o no un noble del Imperio.

Lo llamarían traidor, cuando lo cierto era que eran ellos los que estaban traicionando los intereses de su propio pueblo. Ellos eran los que robaban a su pueblo y Thanos había escuchado lo mucho que había empeorado desde que él marchó. Había oído hablar de los destacamentos bajo las órdenes de Lucio, que arrasaron el campo. Solo pensar en ello apretaba los dientes furioso.

Necesitaba encontrar un modo de estar tranquilo, por eso se quedó allí y miró las flores, imaginando cómo reaccionaría Ceres si estuviera allí. ¿Apreciaría la dulce belleza de las flores, o querría estar en las arenas de entrenamiento para el Stade? Thanos sonrió ante el hecho de que le resultaba más fácil imaginarla allí que aquí.

La sonrisa se desvaneció al pensar en lo que le estaba sucediendo ahora. Debía encontrar una manera de ayudarla si podía, pero Thanos no estaba seguro de lo que podía hacer para evitar que llevaran a Ceres a la Isla de los Prisioneros. No podía simplemente derrocar la decisión del rey y, si lo intentaba, inmediatamente sería sospechoso. Podría intentar hacer llegar un mensaje a la rebelión, quizás, pero...

“No te interrumpo, ¿verdad?”

Thanos se giró y vio que Estefanía se acercaba. Se veía hermosa en la noche, pero es que ella siempre se veía hermosa. Pareció dudar por un instante, pero después se lanzó a sus brazos, abrazándolo fuerte. Lo inesperado de ese gesto cogió a Thanos un poco por sorpresa, igual que la acción en sí misma. Él siempre había pensado que Estefanía era demasiado correcta y reservada para una muestra así de sus sentimientos.

“Estoy muy contenta de que estés a salvo”, dijo Estefanía mientras daba un paso hacia atrás. “Cuando oí que te habían matado...”

Thanos oyó como si se le entrecortase la voz y vio un débil brillo en sus ojos que dejaba adivinar que quizás estaba aguantándose las lágrimas.

“Todo está bien”, dijo, alargando el brazo para tocar el suyo en un intento por consolarla.

“Lo está ahora”, dijo Estefanía. “Porque tú estás vivo. ¿Es verdad que sobreviviste porque te encontraron unos pescadores?”

Thanos asintió con la cabeza. Incluso con Estefanía, no podía permitirse decir la verdad. Quizás especialmente con Estefanía, porque nunca podría aguantarse de contar lo que sabía por la corte. Allí siempre había sido el corazón del cotilleo.

Pero por muy extraño que pareciera, le parecía mal estar engañándola así.

“Los pescadores me salvaron”, dijo Thanos. Era cierto, hasta ese punto. Sin los dos hombres que lo habían encontrado, nunca hubiera conocido a los rebeldes de Akila. “Me trajeron de vuelta”.

“Entonces todos nosotros les debemos mucho”, dijo Estefanía. Thanos vio que medio cerraba los ojos. “Yo les debo mucho. ¿Todavía están en Delos?”

Thanos negó con la cabeza. “Creo que zarparon de vuelta a Haylon”.

“Es una lástima”, dijo Estefanía. “Me hubiera gustado recompensarlos por haberte traído de vuelta sano y salvo. ¿Es cierto que alguien envió al Tifón como asesino?”

A Thanos le parecía que ella no podía creerlo incluso ahora. Quizás no quería creerlo. Estefanía estaba en aquel lado de la corte que estaba casi ajeno a lo que sucedía fuera, no cruel en el modo en que

algunos eran, pero tan absorto en sí mismo que parecía que las cosas duras que pasaban en el mundo exterior no estaban sucediendo realmente.

Thanos asintió. “Me apuñaló por la espalda en la playa. Creo que la idea era que pareciera que me habían matado en el ataque”.

Estefanía asintió. “Esto es lo que nos contaron aquí. Nos dijeron que fuiste el primero en caer en la playa, derribado por los rebeldes. Nos querían hacer creer que tuviste una muerte heroica”.

“¿No pensaste que yo pudiera lograr una muerte heroica?” preguntó Thanos, pero el chiste no suavizó el ambiente.

“Cuando lo escuché, fue como si el mundo entero cayera sobre mí”. Alzó la vista hacia él y Thanos vio como su respiración se aceleraba. “¿Puedo... puedo ver lo que te hicieron? Si no lo veo, no me parece que sea verdad”.

Thanos dudó solo por un instante antes de levantarse la túnica para dejarla mirar. No era el tipo de petición que hubiera esperado de alguien tan correcto como Estefanía, pero podía escuchar la preocupación que había en su voz.

Vio que alargaba el brazo con cuidado, incluso con ternura, para tocar el lugar donde los hombres de Akila le habían cosido. Él hizo un gesto reflejo de dolor.

“Lo siento”, dijo Estefanía. “¿Todavía te duele?”

“Un poco”, dijo Thanos.

Ella hizo una pausa. “Antes dijiste que no sabes quién envió al Tifón para que te asesinara. ¿Es eso cierto o lo guardas para ti para que no te escuchen?”

A Thanos le cogió un poco por sorpresa que ella se diera cuenta de que podría hacer aquello. A veces era fácil olvidar que Estefanía había crecido entre las intrigas de palacio y que incluso su gran belleza no la había mantenido alejada de ellas. Si acaso, probablemente la había hecho objeto de los celos de algunas de las otras que allí estaban.

“Realmente no lo sé”, admitió. “Pero tengo pensado averiguarlo”.

Vio que Estefanía asentía con la cabeza ante aquello. Parecía que reflexionaba por un instante. “Quiero ayudarte”.

Thanos la miró fijamente sorprendido. “¿Ah, sí?”

“Por supuesto que sí”, dijo Estefanía. “Desde el momento en que pensé que habías desaparecido. Al ver lo cerca que estuviste de morir... quiero encontrar al que te hizo esto y quiero que pague por ello”.

Thanos escuchó su determinación, fiera y firme detrás del delicado exterior de Estefanía. No se había dado cuenta de lo mucho que le importaba. Siempre había dado por sentado que la promesa de matrimonio era una cuestión puramente política para ella.

“Te lo juro”, dijo Estefanía. “Te ayudaré a encontrar a la persona que dio la orden para que te mataran”.

Thanos estiró el brazo para tocarle la cara. “Siempre has sido muy buena conmigo”, dijo. “Más de lo que me merezco”.

Estefanía negó con la cabeza. “No importa. Solo hacías lo que el rey y la reina te hacían hacer. Lo que importa es que estás aquí. Estás vivo y vamos a averiguar quién intentó hacerte esto”.

Entonces Thanos se echó atrás para mirarla; para mirarla de verdad. Parecía que nunca había visto de verdad a Estefanía hasta aquel momento. Siempre la había visto como una de las mujeres jóvenes y estúpidas de la corte, demasiado puestas en su propia y lujosa vida como para pensar en nadie más. Suponía que era superficial, egoísta y que probablemente solo le interesaban las últimas fiestas. Sin duda, en una noche como aquella, él hubiera pensado que se estaría preparando para el Festival de la Luna más que yendo en su búsqueda.

Sin embargo, al mirarla ahora, era como si pudiera mirar a través de todo aquello hasta un corazón de acero que había por debajo. Ella estaba allí en el jardín y podría quedar bien con la elegancia de las

flores, pero valía la pena recordar que muchas de aquellas flores tenían espinas. Era mejor de lo que podía haber imaginado tener una aliada como aquella en la corte.

“Fui un estúpido”, dijo Thanos, negando con la cabeza. “Nunca debería haberte tratado como lo hice”.

“No pasa nada”, le aseguró Estefanía. “Lo comprendo”.

“¿Me perdonas?” preguntó Thanos.

“No hay nada que perdonar. Lo único que importa ahora es cómo vamos a encontrar a quien fuera que mandó al asesino detrás de ti”.

Thanos asintió. Era un alivio escuchar aquello de Estefanía y se quitaba un peso de la conciencia al ver que no estaba herida por el modo en que la había hecho a un lado por Ceres.

“No se cómo lo voy a hacer”, confesó él.

“Cómo lo vamos a hacer”, dijo Estefanía. Puso su mano en la de él cuidadosamente y a Thanos le pareció muy natural. “No es algo que deberías hacer tú solo. Quiero que me cuentes todo lo que averigües. Quiero saberlo”.

“Esto significa mucho”, dijo Thanos. “Pero todavía necesitamos algún lugar por el que empezar”.

Estefanía estuvo callada durante un largo rato y Thanos se preguntaba qué estaría pensando. Era evidente que había algo que quería decir pero no lo hacía. Era extraño sentirse tan cerca de ella como para saber esto.

“¿Qué sucede?” preguntó él.

“Puede que... haya algo”, dijo Estefanía. Estaba en los establos hace un tiempo, preparándome para salir a cabalgar y escuché que uno de los chicos del establo presumía de ser amigo cercano de Lucio y de hacerle favores que nadie más hacía”.

“Suenan a fanfarronería vacía”, dijo Thanos.

Estefanía asintió con la cabeza. “Esto es lo que los otros empleados del establo le dijeron entonces, pero el chico les mostró un puñal que nunca podría haberse permitido él solo y hablaba de llevar mensajes a alguien dentro del ejército”.

“¿El Tifón?” pensó Thanos.

Vio que Estefanía encogía los hombros. “No lo sé. No lo sé seguro. Tampoco creo que Lucio fuera tan estúpido como para contarle a un chico del establo lo que estaba planeando. Pero fue suficiente para hacerme pensar en ello. Pero no se si es algo”.

Thanos puso las manos sobre los hombros de Estefanía. “Gracias por esto. Es más de lo que piensas”.

Por lo menos, era un comienzo. Y si la pista llevaba de nuevo hasta Lucio... bien... entonces Thanos se aseguraría de que también fuera un final para el príncipe.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

A Ceres le costaba respirar mientras el agua caía como un temporal sobre ella. La cascada la golpeaba como un martillo y ella daba vueltas, teniendo que luchar para continuar. No tenía ni idea de por qué Eoin pensaba directamente bajo una era el lugar adecuado para entrenar en las artes del combate que usaban en la isla, pero en ese momento deseaba que hubiera elegido otro lugar, cualquier otro.

Evidentemente, Eoin estaba en el estanque poco profundo de debajo tan tranquilo como si estuviera bajo una lluvia de verano. Apenas parecía subir su voz para que se oyera por encima de esta. “A esto se le llama Tejer nubes”.

Ceres temblaba por el esfuerzo mientras intentaba copiar los movimientos que hacía Eoin. Intentaba concentrarse a pesar del incesante martilleo del agua, pero era casi imposible coger cada detalle correctamente y Eoin parecía querer la perfección en cada movimiento. Parecía ser la única área donde su dispuesta sonrisa desaparecía mientras le hacía repetir los movimientos una y otra vez.

Vio cómo él zigzagueaba de nuevo a través de ella: un complejo movimiento de manos de atrás hacia delante que parecía más bien el tipo de cosa que haría un bailarín en la ciudad que algo que tuviera que ver con la lucha. Intentó copiar el movimiento y Eoin negó con la cabeza.

“Más lento”.

Esta era la parte más difícil de todo aquello. Ella estaba acostumbrada a la brusquedad de la lucha del Stade, pero la forma de luchar de los isleños parecía incluir lo que a Ceres le parecía una danza lenta. Quería acelerar, *luchar*.

“¿Cuándo podemos ir más rápido?” preguntó Ceres.

“Cuando lo hagas bien lentamente”, dijo Eoin. Finalmente sonrió. “Estás progresando, pero debes aprender a moverte en armonía con el mundo, Ceres. Aprende las lecciones que tiene para enseñarte”.

“¿Y qué lección me enseña estar dentro de una cascada?” preguntó Ceres mientras el agua continuaba golpeándola.

Vio cómo las manos de Eoin fluían de nuevo con el movimiento. “No lo sé. La gente aprende sus propias lecciones. Quizás será que las cosas más suaves pueden volverse duras e incesantes. Quizás será dejar que el mundo fluya suavemente en ti”. Su sonrisa era más amplia. “Quizás que si de todas formas te vas a mojar, es mejor que lo aceptes”.

Ceres quería discutir sobre aquello y sobre el entrenamiento interminable que tan poco parecía tener que ver con la lucha. Pero antes de que pudiera hacerlo, una de las personas del bosque fue corriendo hasta ellos. Este tenía la enfermedad más avanzada que Eoin, era casi tanto planta como humano.

“Eoin, hay gente llegando a la orilla de pizarra. Parecen saqueadores que se dirigen a la aldea”.

Ceres escuchó suspirar a Eoin. “¿No van a aprender nunca? Está bien, ya vengo”.

“¿Debo quedarme con Ceres?” dijo el recién llegado.

“Debería venir”, dijo Ceres. “Quizás puedo ser de ayuda”.

Eoin movió la mano en señal de rechazo. “Nos arreglamos. Pero quizás puedas aprender algo observando. Sígueme”.

Corrió por los caminos que atravesaban la selva hasta la aldea y Ceres lo pasó mal para seguirlo. Ella era fuerte y rápida, pero Eoin parecía revolotear entre los árboles tan naturalmente como si fuera parte de ellos. Cuando llegaron al límite de la aldea, Ceres estaba sin respiración, mientras que Eoin parecía que podría haber corrido durante otra hora.

Vio hombres que corrían por la aldea, con armas en las manos. Por un instante, pensó que podrían ser soldados del Imperio, que estaban allí para buscarla, y el miedo corrió en su interior. Entonces vio la tosquedad de sus armas y la naturaleza fragmentada de su armadura. Realmente eran piratas y saqueadores, no el ejército.

Aquello tampoco mejoraba sus intenciones. Mientras observaba, uno de los saqueadores entró corriendo a una cabaña baja y se oyó un grito procedente de su interior. En el límite de la jungla, Ceres echó una mirada a Eoin.

“¿Qué hacemos ahora?” preguntó Ceres.

Eoin señaló un lugar. “Espera aquí”.

“Pero yo sé luchar”, insistió. No quería quedarse esperando mientras otras personas ponían sus vidas en peligro.

Eoin negó con la cabeza. “Todavía no, pero *sabrás*. Por ahora, observa. Aprende”.

Ceres no quería contenerse de aquel modo, pero cuando se dispuso a dar un paso hacia delante, sintió la firme mano de una de las personas del bosque en su hombro. Se quedó allí, pues parecía no haber otra elección y observó cómo Eoin corría hacia la aldea.

La gente del bosque se iba uniendo a él mientras corría, parecían aparecer de la nada cuando salían de lugares escondidos en los árboles y los arbustos. Con su maldición, se mezclaban a la perfección. A Ceres le recordaban el agua de la cascada mientras se sumergían entre las casas que estaban intentando defender, inundando al grupo de saqueadores que acababa de desembarcar.

En el instante antes de que atacaran, Ceres reconoció sentir un instante de miedo. Los saqueadores iban fuertemente armados, parecían fuertes y evidentemente peligrosos. En cambio, algunas personas del bosque parecían demasiado delicadas con su aspecto de palmera como para poder hacer daño de verdad.

Pero en el instante en que empezó la lucha, quedó claro que no tendría que haberse preocupado. A pesar de no llevar armas, los isleños se movían con una gracia precisa, nunca en la forma en que sus compañeros atacaban, contraatacando con golpes que parecían lánguidos, pero que derribaban a los saqueadores golpearan donde golpearan.

Ceres observaba a Eoin en el centro de todo aquello, moviéndose como el agua. Osciló hacia un lado para evitar el barrido de un hacha y, a continuación, llevó su antebrazo hasta la clavícula de su atacante, haciéndolo caer sobre sus rodillas. Levantó el pie para dar una patada que pareció ser todo gracia y elegancia hasta llegar a golpear la cabeza del saqueador.

Ceres vio que un hombre armado con una espada se acercaba a Eoin e intentó avisarlo, pero estaba demasiado lejos de él para que pudiera oírla.

Pero no le hizo falta el aviso. Se dio la vuelta y sus ojos parecieron fijarse en Ceres por un instante. Entonces sus manos se movieron siguiendo un patrón que le era muy conocido, pues Ceres lo había estado practicando toda la mañana. Eoin se abrió camino ondeando con los delicados movimientos de Tejer nubes y, en algún punto del mismo, le quitó la espada de las manos a su atacante de un giro. El movimiento con el que le contestó pareció solo tocar al saqueador, pero el hombre cayó como una piedra.

Los isleños mataron a los atacantes en cuestión de minutos y realmente los *mataban*. Había algo despiadado y que no se podía detener en el modo en que se movían entre los saqueadores, sin dejar a ninguno vivo, sin dejar que ninguno volviera a sus barcas. Cuando terminaron, llevaron los cuerpos hasta la selva tan delicadamente como si estuvieran llevando a amigos admirados.

Lo único que pudo hacer Ceres fue quedarse allí con algo muy cercano al asombro. Desarmados y enfermos como estaban, habían derrotado a un grupo entero de hombres que habían desembarcado armados.

Quizás, después de todo, había mucho que aprender allí.

\*

Aquella noche, Ceres estaba sentada ante una de las hogueras de la aldea, comiendo frutas del bosque mientras arriba las estrellas parecían arremolinarse al paso de las nubes. Eike estaba sentada a su lado y Eoin y varios de los otros aldeanos estaban también sentados allí.

Eoin tocaba un instrumento con muchas cuerdas que parecía responder al mínimo toque, la música flotaba en la noche mientras él hacía sonar las notas a golpecitos. Había tanta tranquilidad que Ceres podría incluso haber olvidado el ataque de antes si no lo hubiera visto por sí misma.

“¿Atacan vuestra isla a menudo?” preguntó Ceres. No podía ignorar lo que había sucedido hoy así como así.

“A veces”, dijo Eoin. “Piensan que por estar malditos somos débiles. Es menos habitual de lo que era. Antes de que aprendiéramos a defendernos, nos atacaban con frecuencia”.

“¿Cómo conseguisteis todos ser tan buenos con la lucha?” preguntó Ceres.

“Observamos el mundo”, dijo Eoin. “Aprendimos las lecciones del bosque. Pero deberíamos hablar de cosas más alegres. El momento de la lucha ha pasado. Podéis hablarnos acerca de vuestras vidas”.

Ceres negó con la cabeza. “No hay muchas cosas alegres que contar de esto. Mi padre se fue. Mi madre me vendió como esclava. La mayoría de gente a la que quiero están muertos”.

“Puede que el pasado sea duro”, asintió Eoin. “Mi familia me desterró cuando se dieron cuenta de que era uno de los del bosque. La mayoría de los que están aquí tienen una historia parecida”.

Alrededor de la hoguera muchos asintieron.

“Pero el futuro puede ser diferente”, dijo Eoin. “Háblanos de tus esperanzas y de tus sueños”.

Ceres intentaba pensar. “Hubo un tiempo en el que soñaba con ser un combatiente famoso y luchar en el Stade. Creo que ya he conseguido ese sueño. Entonces soñé que podría haber algo más para mí con el hombre a quien...” Negó con la cabeza. “Qué más da. Murió”.

Oyó que las notas del instrumento de Eoin se quedaban en silencio cuando este alargó el brazo para tocar su mano. “Lo siento. ¿Y ahora qué?”

Ceres pensó durante un instante.

“Ahora”, dijo Ceres, “hay muchas cosas que deseo. Tengo un hermano y quiero que esté a salvo. Quiero volver a mi padre y asegurarme de que ha encontrado a Sartés”. Apretó las manos furiosa. “Quiero vengarme de la gente que intentó matarme. Pero después de esto... creo que quiero cambiar las cosas si puedo. Quiero hacer el mundo mejor”.

Eoin rió delicadamente. “Un mundo mejor estaría bien. ¿Y tú, pequeña? ¿Cuál es tu sueño?”

A Ceres le pareció que Eike parecía un poco sorprendida de que la incluyeran.

“No lo sé”, confesó, abrazándose las rodillas. “Creo que quiero estar en algún lugar donde esté segura y encaje”.

“Creo que esto puede ser fácil”, dijo Eoin, haciendo un movimiento circular con el brazo que señalaba al campamento. Ahora la gente bailaba y cantaba alrededor de las hogueras y Ceres sentía cómo aquel ritmo corría en su interior. Aún así, no se apuntó.

“¿Y tú?” preguntó Ceres. “¿Qué quieres para el futuro?”

“El futuro es complicado para nosotros”, dijo Eoin, haciendo gestos hacia la isla. “Sabemos que el bosque nos acabará reclamando. Sabemos que el mundo no nos quiere. Hemos aprendido a vivir *ahora* y ver lo que podemos dejar atrás”. Hizo un gesto para señalar a algunos de los demás. “Jan tiene su cerámica, K’sala está intentando tejer el tapiz perfecto. Muchos de nosotros intentamos comprender el mundo todo lo que podemos, o buscar la felicidad entre nosotros”.

“¿Y tú?” preguntó Ceres, sin querer olvidarse de aquello.

“Yo tengo mi música”, dijo Eoin. “Y tengo que pensar en la seguridad de este pueblo. Quiero asegurarme de que siga siendo una comunidad donde cualquiera de nosotros pueda sentirse seguro y feliz. Estos sueños probablemente ya son lo suficientemente grandes para una vida, ¿no crees?”

Ceres esperaba que dijera algo más que aquello. “¿Y construir una vida con alguien?” preguntó. “¿Y el amor?”

Vio que Eoin apartaba la mirada.

“El amor solo significaría dejar a alguien atrás cuando el bosque finalmente se me llevara”, dijo.

“Pero también significaría ser feliz hasta entonces”, señaló Ceres. Miró hacia la hoguera, observando cómo danzaba. “Quizás valga la pena”.

“Quizás”, coincidió Eoin. “Pero por ahora todos deberíamos dormir un poco. Si quieres conseguir *tus* sueños, Ceres, todavía tienes que entrenar mucho”.

Aquello era cierto y, en aquel instante, Ceres se llenó de decisión. Había visto lo que sabían hacer los isleños. Aprendería lo que le tuvieran que enseñar. Iba a volver a Delos e iba a cambiar las cosas.

Costara lo que costara.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Sartes tenía un plan. Se lo recordaba una y otra vez mientras atravesaba el campamento de la 23, colándose en la actividad de las primeras horas del atardecer de un lugar como un extraño. Tenía un plan para escapar. Ahora, tenía que esperar a que funcionara.

Repetirlo debería haberle hecho sentir mejor pero, en cambio, solo le recordaba lo grande que era el riesgo. El castigo para un recluta que intentara escapar era la muerte, sin excepción. En el mejor de los casos, sería un golpe de espada rápido mientras intentaba salir del campamento. En el peor... se lo harían hacer a sus compañeros reclutas, golpeando a Sartes hasta la muerte para demostrar su lealtad. Él no tenía ninguna duda de que lo harían. Estarían demasiado asustados como para hacer otra cosa.

En algunos aspectos, el plan de Sartes era sencillo: iba a caminar hasta el límite del campamento, entonces se abriría camino entre las estacas y las cuerdas de trampa, los hoyos y los cordones que lo rodeaban. La parte complicada era, en realidad, hacerlo.

El hecho de haber conseguido ser útil para los oficiales del campamento ayudaba. Había acostumbrado a la gente a la idea de que él se podía mover por el campamento, cuando la mayoría de los reclutas eran controlados detenidamente. Esto le había permitido calcular los horarios de cambio de guardia y la ubicación de las peores trampas alrededor del campamento.

“Puedo hacerlo”, se decía Sartes a sí mismo mientras se movía entre las tiendas.

“¿Hacer el qué, recluta?” pidió un oficial, poniéndose en su camino. Sartes lo identificó como uno de los maestros de entrenamiento. Varion, pensó Sartes que era su nombre.

“Entregar este mensaje, señor”, dijo Sartes, sacando uno de entre media docena que había escondido. “El capitán dijo que era urgente”.

El maestro de entrenamiento lo leyó, miró el sello del final y se lo devolvió a Sartes de un empujón.

“Está bien, sigue adelante con ello, recluta”.

Sartes se marchó a toda prisa y, en aquel momento, se alegró de haber cogido uno de los mensajes de verdad, por el modo en que el oficial había comprobado el sello. Había recogido mensajes con cuidado antes de salir, rondando a tantos oficiales como pudo para reunirlos, porque cuantos más mensajes tuviera que entregar, más acceso tendría al resto del campamento.

Él había falsificado más, haciendo garabatos en cualquier pergamino que pudo robar de los almacenes de intendencia. No podía luchar para salir del campamento, pero su suministro de mensajes y órdenes le permitiría usar la maquinaria del mismo ejército como una especie de protección.

Aún así, tenía que darse prisa. No había ningún mensaje o recado que permitiera que un recluta saliera del campo sin que lo acompañaran al menos una docena de soldados reales. Aquello significaba que Sartes tenía que salir a hurtadillas por una de las ventanas pequeñas entre los cambios de guardia, cuando las cosas eran confusas. Si se equivocaba con la ventana, todo el intento de fuga hubiera sido para nada.

Si se equivocaba de ventana, nunca llegaría a la rebelión. Puede que no volviera a ver a su familia de nuevo. Nunca vería a su hermana, y pensar en ello era suficiente para que a Sartes se le hiciera un nudo en el estómago.

Así que corrió a través del campamento, blandiendo su fajo de órdenes como un escudo. Estaba casi en el límite cuando otro oficial lo detuvo.

“Tú, tú eres el chico que lleva mensajes para el general, ¿verdad?”

“Sí, señor”.

“Bien, entonces quiero que vayas a su tienda y me traigas los últimos mapas para nuestros preparativos contra la rebelión. Me han enviado órdenes, pero realmente no tengo ni idea de dónde se supone que debo llevar a mis hombres. Diles que te manda Leo. Toma, necesitarás esto”.

El oficial le entregó un anillo con un sello y se quedó allí claramente a la expectativa. Sartes saludó,

pues no se le ocurría otra cosa mejor que hacer. Por la misma razón, salió en dirección de vuelta al centro del campamento, aunque se desvió entre las tiendas lo más pronto que pudo, pensando en dar la vuelta.

Se detuvo, apoyando la mano en la tela rugosa de una de las tiendas. Levantó el sello y observó la plata trabajada del diseño. Si escapaba ahora, valdría algo la pena para la rebelión, pues les daría la oportunidad de forjar planes hasta que el oficial confesara lo que había sucedido.

Pero el hombre había hablado de órdenes para atacar a la rebelión. Los mapas para esto serían todavía más valiosos. Pero si iba en busca de los mapas y los planos, ¿cuánto tiempo le llevaría? Había planeado su fuga hasta el último minuto. Cualquier demora y podrían encontrarlo.

Aquel pensamiento lo aterrorizaba más que cualquier otra cosa. Ahora no podía volver atrás y, si lo atrapaban, no sería una muerte rápida. No podía permitirse que nada saliera mal cuando lo había planeado todo con tanto cuidado.

Pero si Sartres escapaba ahora y la gente moría porque no sabían donde tendrían lugar los ataques, siempre se sentiría responsable. Por lo menos, tenía que intentar conseguirlos. Si se daba prisa, tenía tiempo suficiente.

Sartres corrió hacia las tiendas de control y ahora debería parecer simplemente lo que era: un recluta a quien un superior le había dado una instrucción urgente y que no quería desperdiciar ni un solo instante en su ejecución.

Se dirigió hacia la tienda del comandante y se quedó de pie respirando entrecortadamente enfrente de los guardias durante un instante, manteniendo en alto el anillo del oficial.

“Leo quiere los mapas para el próximo ataque”, consiguió decir.

“Tiene prisa, ¿verdad?”

“Sí, señor”.

“En ese caso, será mejor que entres y los cojas tú. El general está observando la rutina del atardecer, así que tendrás que encontrarlos tú mismo”.

Sartres apenas podía creer su suerte. Tenía que obligarse a sí mismo a entrar lentamente en la tienda del general para que les pareciera normal a los guardias. Cuando estuvo sin peligro dentro del pabellón empezó a revisar todos los papeles que vio, intentando llevarse todo lo que podía sin que los guardias se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Al final, se llevó todo lo que le cabía bajo un brazo, envolviéndolo dentro del mapa que le habían mandado a buscar y saliendo con toda la confianza que pudo reunir. En parte esperaba que los guardias intentaran detenerle, pero ninguno pareció ni darse cuenta.

“Mejor será que corras, chico”, bromeó uno de ellos. “No querrás llegar tarde”.

“No sabe lo cierto que es”, dijo Sartres, y salió corriendo a través del campamento otra vez. El miedo lo empujaba hacia delante, sin saber si ya había llegado lo suficientemente lejos.

Ya había planeado su ruta. Había aprendido el camino entre las tiendas y había seguido los símbolos y las banderas. Evitaba a los oficiales y a los guardias donde podía, tanto porque no podía permitirse más demoras como porque había demasiadas posibilidades de que vieran lo que llevaba. Ahora que había corrido el riesgo de coger los planos, no podía perderlos.

Se dirigió hacia el lugar que había elegido para escapar. Había un espacio cerca de una esquina del campamento donde las paredes de madera daban paso a hileras de postes y había árboles no lejos de allí. Los guardias pasaban el turno más cerca de las hileras antes de marchar, así que si había calculado bien...”

“¿Quién anda ahí?” exclamó una voz. “¿Qué estás haciendo ahí?”

Sartres echó un vistazo y vio que un guardia se acercaba. El hombre era mayor que él y más grande, llevaba una armadura completa e iba armado con espada, escudo y lanza.

“Te hice una pregunta, chico. ¿Qué estás haciendo aquí?”

“Tengo órdenes”, dijo Sartes automáticamente, pero sabía que no funcionaría.

“Ningún recluta sale. Estas son las órdenes que importan. ¡Desertor!” El guardia ahuecó las manos alrededor de la boca para volver a gritarlo.

Sartes vio una figura que salió corriendo de las tiendas y que, a continuación, golpeó al guardia. Un martillo se levantó y cayó, una vez, y otra más. El guardia cayó al suelo y no se levantó. La figura se puso derecha y Sartes la miró fijamente absolutamente atónito.

“¿Padre?”

Todavía no podía creerlo, pero *era* su padre. Allí estaba, exactamente tal y como Sartes lo recordaba de antes de que se marchara. Sartes abrió los brazos y corrió a abrazar a su padre por instinto.

“¡Sartes!”

Sintió que su padre lo abrazaba y, por primera vez desde que llegó al campamento, Sartes tuvo un momento en el que se sentía seguro.

“Qué bien verte”, dijo su padre. “Pensé que nunca te encontraría”.

“¿Qué estás haciendo aquí?” preguntó Sartes. Negó con la cabeza. “No importa. Estoy muy contento de verte”.

“Vine en tu busca. Los herreros siempre encuentran el modo de entrar en el campamento de un ejército”. Su padre se echó hacia atrás y lo miró a un brazo de distancia. “¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?”

“Estoy bien”, le aseguró Sartes. “Conseguí evitar lo peor”.

“Me alegro”, dijo su padre. “Ceres me dijo que tenía que venir y encontrarte antes de que fuera peor”.

“¿Ceres?” dijo Sartes. “¿Está aquí?”

Este hubiera sido el mejor resultado posible. Toda su familia reunida de nuevo, todos a la vez. La emoción que se despertó en él pronto se desvaneció de nuevo cuando su padre negó con la cabeza.

“Está luchando en el Stade”, dijo su padre. “Dijo que no podía escapar de ello. Pero iremos a por ella. Volveremos y la encontraremos si podemos”.

Sartes asintió. “Lo haremos y será aún mejor, ¿verdad?”

“Eso espero”, dijo su padre. Pero primero tengo que sacarte de aquí. Aquel grito traerá problemas”.

Sartes tragó saliva al pensarlo. “Yo tengo una salida. Rápido, por aquí”.

Se hacía extraño dirigir a su padre, pero Sartes era el que conocía el camino a través de las defensas del campamento. Había planificado su ruta y ahora se obligaba a concentrarse en ella, evitando los hoyos y los postes que mantenían a los reclutas dentro de la misma forma que mantenían a los demás fuera.

“Por aquí”, dijo.

“Debemos darnos prisa”, insistió su padre. “¿Qué llevas ahí? Déjalo, tenemos que correr”.

Sartes ya podía escuchar el clamor en el campamento. Los cuernos lanzaron una alarma y él vio cómo los soldados corrían por ahí intentando adivinar qué estaba sucediendo.

“No puedo. Tengo planos que muestran los planes del Imperio contra la rebelión”.

“¿Qué?” Ahora era su padre el que se quedaba atónito. “Te preguntaría cómo los conseguiste, pero no creo que haya tiempo. Estarán al caer. Tenemos que irnos”.

Sartes sentía el corazón en la boca. Así no era como él lo había planeado. Todo su plan de fuga era desaparecer en silencio y estar bien lejos cuando alguien se diera cuenta. Imaginaba que nadie seguiría si aquello era mucho problema.

Pero ahora escuchaba cómo se formaban grupos de búsqueda. Los cuernos sonaban y los perros ladraban en respuesta. Sartes se quedó helado ante el sonido, pero su padre le puso un brazo encima del hombro.

“Tenemos que continuar moviéndonos, Sartes”.

Corrieron, pero correr no formaba parte de los planes de Sartes. Tropezó con uno de los alambres que había allí y se levantó de nuevo con dificultad. En algún lugar detrás de ellos, le parecía escuchar el

ruido de un grupo de búsqueda que se acercaba.

Sartes negó con la cabeza. “No podemos correr más que ellos. Tienen caballos”.

Le pareció que ya escuchaba los cascos. *Podía* oírlos, junto con el relinchar de los caballos de los que tiraban fuerte. Miró a ver si encontraba un palo, una piedra, algo que pudiera usar como arma. Sabía que en realidad no podía enfrentarse al ejército, pero era mejor morir luchando que de cualquier otro modo en que moriría si lo atrapaban.

Pero lo que vio que se acercaba era una sola mujer, subida en un caballo y llevando a otros dos. Los caballos parecían llevar sillas de montar militares, junto con las armas y el equipamiento de sus jinetes, pero las sillas estaban vacías.

“¿Sartes?” exclamó ella. “¿Berin?”

Sartes miró sorprendido, acercándose más a su padre. “¿Quién eres tú?”

“Me llamo Anka. No hay tiempo para explicaciones, pero Ceres me envió. Estoy con la rebelión. Rápido, subid antes de que se den cuenta de que les faltan caballos”.

Sartes se quedó parado y miró de nuevo hacia el campamento.

“¿Queréis arriesgaros a que os cojan?” preguntó Anka.

Tenía razón. Aunque no la conocieran, si aseguraba estar con la rebelión, entonces probablemente era una amiga. Sartes cogió uno de los caballos que estaban libres y se montó. Su padre hizo lo mismo con el otro.

“Espero que sepáis montar”, dijo Anka. “Porque se escucha mucho ruido por allí atrás”.

Lo había. Por encima del ruido, a Sartes le parecía escuchar más cascos, acompañados de gritos y cuernos. Vio que Anka daba una patada al caballo y empezaba a correr y su padre hizo lo mismo.

Sartes tomó un respiro. Estaba fuera. Había encontrado a su padre. Incluso tenía planos que ayudarían a la rebelión.

Ahora lo único que tenía que hacer era sobrevivir.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Thanos se resistía al deseo de dar un puñetazo a la pared de los establos, pero por poco.

“Cuéntenos la verdad”, le pidió al chico del establo que estaba delante de él y de Estefanía.

Preferiría luchar contra cualquier número de contrincantes en la arena de prácticas que pasar otro minuto de investigación frustrada. Hubiera dado lo que fuera por tener un contrincante delante de él, un problema que pudiera resolver de una forma sencilla y honesta más que merodeando por allí, intentando desmontar las intrigas de palacio.

Pero *no* tenía un contrincante delante de él. Ese era el problema. Estaba atrapado en todo aquello y no estaba seguro de cuánto tiempo tenía. Al final, estaba seguro de que alguien descubriría su nuevo papel con la rebelión y esto significaba que solo tenía un tiempo para encontrar a la persona responsable de su intento de asesinato.

“Necesito una respuesta”, dijo Thanos.

“Está bien”, dijo Estefanía en un tono mucho más relajado que hizo que Thanos se alegrara de haberla traído para aquello. “Ya sabemos que Lucio te dio aquel amuleto, ¿verdad? ¿El que usaste para demostrar al Tifón que te había enviado él?”

El chico del establo apartó la vista, pero asintió.

“Por lo menos, eso es lo que creo”, dijo. “Mandó a uno de sus sirvientes. Yo tenía que coger el amuleto y entregar un mensaje al Tifón”.

“¿Qué mensaje?” preguntó Thanos.

El chico del establo negó con la cabeza. “No lo sé. Estaba fuertemente cerrado. No quería que el Tifón o el Príncipe Lucio pensarán que los estaba espiando”.

Aún así, Thanos podía imaginar lo que decía el mensaje. Era una orden para matarlo, entregada sin preguntar por un chico ingenuo decidido a impresionar.

“¿Qué... qué pasa ahora?” preguntó el chico del establo.

Thanos podía escuchar su miedo. Probablemente el chico del establo pensaba que lo iban a matar por su parte en la conspiración. Pero lo cierto era que no era más que una herramienta usada por otro y que Thanos no era como Lucio. Pensó en lo que Ceres hubiera hecho en una situación así. Ayudaba, aunque aquello le producía una punzada de dolor por la pérdida.

“No vas a decir nada sobre que hemos venido aquí”, dijo Thanos. “Y, cuando llegue el momento, vas a contar lo que sabes ante la corte”.

“Yo... yo no sé”, empezó el chico del establo.

Estefanía le lanzó una mirada dura. “Harás todo lo que ordene Thanos, ¿verdad?”

El chico del establo dejó caer su cabeza. “Sí”.

“Bien”.

Los dos salieron juntos y, una vez fuera de los establos del castillo, Thanos se relajó un poco. Se dirigió a Estefanía.

“Gracias por venir conmigo para esto. No creo que hubiera confirmado su historia si tú no hubieras estado allí”.

Estefanía sonrió. “Me alegra ser de ayuda. Me imagino que no quieres que diga nada de esto por ahora”.

Thanos asintió. Esta era la otra parte de su investigación que odiaba. Por mucho que el rey le hubiera prometido su ayuda, la verdad era que en la corte no podías fiarte de nadie. No sabía quién estaba involucrado en su intento de asesinato y tenía demasiados secretos sobre la rebelión para actuar abiertamente. Tenían que mantener la apariencia de una investigación que no llevaba a ningún lugar, a la vez que llevaban una investigación real de fondo.

“Nadie sabrá de esto por mí”, prometió Estefanía. “¿Irás con cuidado?”

“Lo intentaré”, le aseguró Thanos. “Aunque creo que lo más peligroso que sucederá en el castillo durante los próximos días serán las fiestas”.

“Oh, las fiestas pueden ser más peligrosas de lo que piensas”, dijo Estefanía. “Es decir, no hagas nada estúpido como enfrentarte a Lucio”.

“No lo haré”, le aseguró Thanos. Al menos, todavía no. Todavía no tenían suficiente para acusar al príncipe del Imperio. Necesitaban más pruebas y no menos de por qué Lucio haría algo así en primer lugar.

Se le ocurrió que había al menos un camino que no habían explorado todavía. Cosmas el sabio había dicho que tenía información para Thanos, pero Thanos no había inspeccionado por ahí todavía. El anciano siempre había sido un buen amigo para él y si ahora decía que tenía algo para Thanos, entonces Thanos lo creía.

Se dirigió a la biblioteca, abriéndose camino entre los zigzagueantes pasillos del castillo, intentando parecer tranquilo mientras pasaba por delante de sirvientes y cortesanos, respondiendo a sus saludos e intentando que pareciera que nada le afectaba.

Thanos no estaba seguro de si era la necesidad de encontrar al que pagó a su asesino lo que le había hecho sospechoso, o su papel dentro de la rebelión ahora pero, en cualquier caso, veía miradas por todas partes de un modo que no había visto antes. Cada vez que pasaba por delante de un esclavo que estaba limpiando los suelos del castillo, se preguntaba a quién había informado.

Odiaba la paranoia de su situación, pero a la vez la necesitaba si tenía que permanecer con vida allí. Había mucho en juego y, potencialmente, muy poco tiempo en el que hacerlo todo. Tenía que descubrir quién estaba intentando matarlo y por qué. Tenía que ayudar a la rebelión. Por encima de todo aquello, tenía que encontrar un modo de traer a Ceres de vuelta de la Isla de los Prisioneros. Para hacer todas esas cosas, necesitaba ayuda.

Thanos se detuvo al llegar a la biblioteca. La biblioteca siempre había sido un lugar al que Thanos le encantaba ir. Sus grandes puertas estaba abiertas de par en par, con estanterías a ambos lados y escritorios colocados en silenciosos nichos allí donde cabían. Se encontró con Cosmas en la biblioteca al llegar allí, de pie en medio de montones de tomos y a Thanos le apreció una criatura mitológica hecha de libros de la cintura para abajo. Cosmas probablemente pensaba que aquello era una mejora.

“Cosmas”, dijo Thanos. “¿Estás buscando algo?”

“Simplemente estoy intentando deshacer el caos que dejan los más jóvenes de la realeza cuando vienen a la biblioteca”, respondió el sabio. “Aunque esto ha supuesto que he podido encontrar pergaminos que no había visto en veinte años”.

Normalmente, Thanos hubiera preguntado sobre ellos y probablemente hubiera obtenido como resultado una larga charla sobre algún tema oscuro. Cosmas siempre parecía aprender las cosas más extrañas. Una vez, Thanos lo encontró leyendo sobre las diferencias entre dos oscuros tipos de escarabajo, que ninguno se encontraba en el Imperio. Cuando Thanos le preguntó por qué quería saber aquella cosa tan inútil, simplemente le había contestado que todo conocimiento es valioso.

Pero hoy Thanos no tenía tiempo para esas distracciones.

“Estás aquí por lo que te dije”, dijo Cosmas, saliendo de detrás de montones de libros y pergaminos.

“Sí, quiero saber más de...”

“Espera”, dijo Cosmas y Thanos vio cómo iba hacia las puertas de la biblioteca y las cerraba con un gruñido por el esfuerzo. Las cerró con llave también, usando una gran llave de latón que Thanos dudaba que se hubiera usado en mucho tiempo. Sin duda, Thanos nunca había encontrado las puertas cerradas con llave.

“Ahora podemos hablar”, dijo Cosmas. “La biblioteca está diseñada para estar en silencio. Nadie oirá”.

Thanos miró al sabio. “Antes dijiste que sabías algo sobre quién había intentado matarme y por qué”.

Cosmas asintió, haciendo un gesto a Thanos para que lo siguiera mientras se dirigía hacia las estanterías. “Puedo imaginar el por qué”, dijo. “El quién puede venir a partir de ahí”.

Thanos esperó mientras el anciano cogía un libro tan grande como él, atado con piel de becerro y con el filo de plata. Thanos le ayudó a llevarlo, pero Cosmas fue el que se preocupó de buscar un espacio en una de las mesas de la biblioteca, después lo abrió y encontró la página que buscaba.

Thanos bajó la mirada y vio un árbol genealógico. Al instante lo reconoció como la sucesión del Imperio. El Rey Claudio estaba allí y la Reina Athena. Lucio estaba allí, con Thanos y sus padres a un lado, donde...

“¿Lo ves?” dijo Cosmas.

Thanos lo vio. Había una anotación en los márgenes.

“¿Erico, IV, 14-16? ¿Qué significa esto?” le preguntó a Cosmas. Thanos todavía no había encontrado algo que estuviera escrito en la biblioteca y que el anciano no comprendiera”.

“Creo que Erico era un dramaturgo menor en el reino de Harrath”, explicó Cosmas.

“Hace doscientos años”, dijo Thanos.

“Ah, al final sirvieron de algo tus estudios”.

Pero Thanos dudaba que un dramaturgo que hacía tiempo que había muerto tuviera algo que decir sobre él. Por lo menos, no directamente. Pero quizás alguien estaba intentando decir cosas de forma indirecta, de un modo que la mayoría de personas simplemente ignoraría.

“¿Tienes aquí sus obras de teatro?” preguntó Thanos.

“En algún lugar”, dijo Cosmas, haciendo un movimiento circular con su agostada mano al amplio despliegue de libros que había por ahí esparcidos. “Creo recordar que estaban al lado de un tomo sobre la vida de las plantas de las islas más lejanas”.

Thanos sospechaba que no ayudaría mucho, pero de todos modos, empezó a buscar por la biblioteca. A veces, incluso cuando una causa parece perdida, vale la pena intentarlo. Como con Ceres. Encontraría un modo de traerla de vuelta. Tenía que hacerlo.

Sin embargo, por ahora, removía entre libros y pergaminos, intentando dar sentido a un sistema que probablemente solo existía dentro de la cabeza de Cosmas. No existía un método para ello. Rebuscó entre obras sobre la construcción correcta de los acueductos, pergaminos filosóficos, tratados sobre geometría... Finalmente, tal y como Cosmas había prometido, divisó una obra sobre plantas raras y, junto a él, vio un volumen fino, atado con piel.

“¡Lo tengo!” dijo Thanos, sujetando el libro en alto como si fuera el gran premio en el Stade después de toda aquella búsqueda. Lo llevó hasta la mesa y, al abrirlo, encontró una transcripción dentro.

*Olivia, deseo que encuentres tanta felicidad como yo he encontrado en la obra de Erico. C.*

Thanos se quedó helado al ver aquel nombre. El nombre de su madre. Y la inicial, podía ser... no, ni pensarlo.

En lugar de mirar fijamente la dedicatoria, fue hasta el capítulo cuarto, buscando las primeras dieciséis líneas. Parecían ser parte del discurso de uno de sus personajes, una mujer de la nobleza:

*¿Y debo esconder la verdad de todos*

*Que lo que debería hacer la mano de mi marido*

*Ha recaído en su lugar en la de mi rey?*

Thanos miró fijamente a las líneas. Igual que con las que había al principio del libro, no podía entenderlas.

“Debe tratarse de una broma”, consiguió decir al fin.

“No es una broma”, dijo Cosmas. “Es un recordatorio de otra vieja historia. Aunque esta no está escrita. El Rey Claudio se encargó de ello”.

“¿Qué vieja historia?” preguntó Thanos.

“Que había una matrona en la ciudad que había escuchado cosas de la princesa del Imperio a la que ayudaba con el bebé”.

“Estás hablando de mi madre”, dijo Thanos. Nunca había sabido lo suficiente sobre su madre o su padre ni incluso para imaginárselos. Había pinturas en algunas de las galerías del castillo, pero incluso aquellas eran algo formal y rígido.

Cosmas asintió con solemnidad, agachó brevemente su cabeza calva y Thanos vio la parte de arriba.

“Siempre ha habido indicios e historias”, dijo el sabio. “Pero se desvanecían y tú volvías a ser tan solo el sobrino del rey de nuevo”.

“Estás diciendo... estás diciendo que soy el hijo del rey”. La gravedad de aquello golpeó a Thanos. Todo lo que había pensado sobre el mundo parecía resolverse de golpe. A pesar de todo, durante toda su vida había sabido dónde encajaba y quién era. Ahora, ninguna de esas cosas parecían ser estables ya.

Miró a Cosmas y una nota de acusación se deslizó por su voz. “Podrías haberme dicho que conocías estas historias”.

“Pero entonces no lo hubieras visto por ti mismo. Thanos, tú no buscas solo el conocimiento. Tú buscas pruebas”.

Thanos todavía no estaba convencido. “Podrás habérmelo dicho hace años”.

“Algunas cosas es mejor dejarlas en el pasado. Estabas más seguro sin saberlas”.

“Pero tú no crees que todo el mundo las haya dejado allí”, supuso Thanos.

Cosmas extendió las manos. “Creo que alguien encontró el libro y decidió recordar su linaje. Encontró una nota en los márgenes y fue más insistente de lo que yo podría haber dado crédito. Descubrió los viejos rumores. Quizás vio el principio de algo que no quería que sucediera”.

“¿Quién?” preguntó Thanos.

Cosmas sonrió ligeramente. “Comprenderás que no lo puedo decir con seguridad. Un hombre sabio comprende los límites de lo que sabe y últimamente ha habido mucha gente en mi biblioteca”.

“Cosmas”. Sonó más virulento de lo que Thanos quería. “Lo siento, pero mi vida está en juego”.

“Creo que mucho más que tu vida”, respondió Cosmas. “Y como respuesta a tu pregunta, el Príncipe Lucio ha sido más aplicado de lo normal con sus estudios últimamente”.

Lucio otra vez. Mirara a donde mirara, parecía que Thanos encontraba su nombre. Se acumulaban las pruebas, pero ninguna parecía ser definitiva.

“¿Dijiste algo de una matrona?” preguntó Thanos.

Cosmas asintió. “No le conté esta parte a Lucio, pero conseguí encontrar a la mujer. Vive en la ciudad”.

“Necesitaré la dirección”, dijo Thanos.

“Por supuesto”.

Thanos sentía que finalmente estaba llegando a algún lugar con sus intentos por descubrir qué estaba pasando. Cogió la dirección del sabio y prácticamente salió corriendo de la biblioteca.

Se obligó a ir más despacio hasta caminar mientras se dirigía hacia los establos, decidido a cabalgar hasta la ciudad y encontrar a la mujer. No quería que la gente adivinara que pasaba algo. Se obligó a atravesar el patio del castillo tan tranquilamente como si estuviera paseando por placer, aunque su instinto le decía que corriera hasta el caballo más cercano y cabalgara con todas sus fuerzas.

En los establos había más ruido del que Thanos hubiera esperado al acercarse. Normalmente, hubiera habido el relincho ocasional de los caballos y unos cuantos gritos afables de los empleados de los establos. Ahora, los caballos sonaban como si algo los hubiera asustado, mientras sus pezuñas retumbaban por las paredes de sus casillas y se negaban a calmarse.

Thanos fue corriendo hacia las puertas del establo y se sorprendió de encontrarlas medio abiertas. Ningún empleado responsable del establo las hubiera dejado así. Miró dentro, intentando entender aquello. En los establos parecía no haber ningún empleado, los caballos daban vueltas casi presos por el

pánico.

En medio de todo aquello, Thanos vio el motivo.

“No”, dijo Thanos al ver el cuerpo allí tumbado. Estaba sobre su espalda y Thanos reconoció al instante al chico del establo al que había interrogado antes. El chico estaba tumbado con sus extremidades extendidas y sus ojos mirando arriba fijamente al vacío. Había agujeros ensangrentados en la parte delantera de su túnica, pero no había cortes en sus brazos. No se había defendido. En cambio, alguien en quien confiaba había ido hasta él y lo había apuñalado.

No, alguien no. Lucio estaba detrás de aquello. Thanos estaba seguro de ello. La furia creció dentro de él, con una especie de profunda tristeza tras ella. Si no hubiera ido a ver a aquel chico, ¿todavía estaría vivo? ¿Había provocado él aquello? No, eso era culpa de Lucio. Todo apuntaba a Lucio.

Ahora, Thanos necesitaba un modo de demostrarlo.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ceres miraba fijamente al zigurat del pueblo del bosque. Era enorme y antiguo, evidentemente construido mucho antes que la aldea, pero aún así parecía encajar allí. A su lado, Eoin estaba de pie esperando.

Los escalones iban hacia un lado y llevaban hasta diferentes niveles de la estructura. En cada uno, uno de los habitantes del bosque estaba de pie, o sentado, o se movía haciendo complejas luchas en forma de danza con el aire.

“¿Qué se supone que aprenderé aquí?” dijo Ceres y, a continuación, se dio cuenta. “Lo sé, lo sé, cada uno aprende sus propias lecciones. ¿Pero cómo funciona esto?”

“Es sencillo”, dijo Eoin. “Cuando te reúnas conmigo en la cima, estarás preparada”.

“¿Preparada para qué?” preguntó Ceres.

Eoin encogió los hombros, con una sonrisa que era más que irritante. “Te lo diré en la cima”.

“Subió corriendo unos escalones y Ceres hizo el gesto de seguirlo, pero la mujer que había en el nivel inferior del zigurat se puso delante de ella.

“Primero, tienes cosas que aprender. ¿Sabes dar patadas? Dame una patada”.

Ceres pensaba que sabía, pero en el momento en que su pie atacó, la isleña lo esquivó casi con desprecio. La patada que recibió como respuesta, casi hace caer a Ceres. Ceres atacó de nuevo, y otra vez más, vio cómo la golpeaban a un lado.

“¿Esto es todo lo que sabes hacer?”

Ceres golpeó otra vez, y otra. Cada vez fallaba o le paraban el golpe. Cada vez, un pie o una espinilla la golpeaba. Antes se había quejado por no luchar. Por tener que moverse lentamente y practicar los movimientos una y otra vez. Ahora, con los brazos zumbando por los moratones, Ceres empezaba a desear la lentitud de la danza del entrenamiento de antes.

“¡Concéntrate!” dijo bruscamente la mujer del bosque que estaba ante ella, a la vez que lanzaba una patada tan inesperada que hizo que a Ceres se le erizara el vello.

Ceres imaginaba que tenía que copiar y reaccionar, pero como la gente del bosque era mucho más habilidosa que ella, parecía que lo único que podía hacer era recibir golpes. Una patada impactó por un lado en su estómago, y Ceres se quedó sin aire.

“¿Cómo se supone que voy a aprender todo esto?” preguntó Ceres. “No me dejas ni ver lo que hacéis”.

“Te lo mostramos cada vez que nos movemos”, replicó la mujer. Se dio la vuelta, su pie dio otro movimiento rápido hacia arriba y Ceres apenas pudo apartarse inclinándose hacia atrás a tiempo. “El mundo te enseña con cada respiración”.

Ceres copiaba lo mejor que podía, lanzando una patada tras otra. Intentaba imitar su forma, pero aquello no parecía suficiente para su contrincante.

“El exterior de esto no importa”, dijo bruscamente, dando otra patada a Ceres. Ceres se forzó a a empujar con más fuerza, esperando que fuera suficiente.

Al final, a regañadientes, la mujer la dejó pasar. Cuando lo hizo, Ceres sentía que apenas podía tenerse de pie y tuvo que emplear todas sus fuerzas para tirar de ella hasta el siguiente escalón. No estaba ni segura de cuánto había aprendido de la interminable y agotadora repetición.

Y este era tan solo el primer escalón.

En el siguiente había un hombre con los dedos cubiertos de corteza que daba puñetazos a los puntos sensibles del cuerpo. Ceres le lanzó una de las patadas que había aprendido y él la derribó dándole un doloroso golpe en la rodilla.

“Esto no es lo que has venido a aprender aquí”.

De modo que tuvo que empezar de nuevo, con el único camino de aprender su propio dolor. Copiaba lo mejor que podía, pero parecía no terminar nunca hasta que podía arrastrarse hasta el siguiente nivel, y después al siguiente. Hubo una mujer que la lanzó sin esfuerzo al suelo, un hombre que golpeaba con sus codos y sus rodillas, del que era imposible escapar.

Ella no le veía el sentido a aquello. No podía aprenderlo todo en un intento, por mucho que hubiera estado entrenando con Eoin. Lo único que estaba consiguiendo era tener tantos moratones que apenas podía ir de un nivel al otro.

Se puso de pie y se preparó para el siguiente contrincante, el siguiente profesor, y se encontró enfrente de una chica apenas mayor que Eike, tan profundamente enredada en la maldición de los isleños que su piel parecía más de corteza que de carne.

“¿Se supone que debo luchar contra ti?” preguntó Ceres.

La chica rió. “No se trata de luchar, estúpida. No me extraña que estés recibiendo tantos golpes. Se trata de comprender. ¿Sabes?, apuesto lo que quieras a que podrías empujarte y hacerte caer de este zigurat si lo intentara”.

Lo intentó, y Ceres tuvo que esquivar el empujón. Entonces la chica la cogió del brazo, lo retorció y Ceres tuvo que dar la vuelta para evitar la presión.

“¿Puedes sentir el bosque?” preguntó la chica, entre empujones. “Eoin cree que lo harás, pero yo no lo sé. Te están golpeando *mucho*”.

Siguió atacando, con una extraña mezcla de empujones, tropezones y llaves para retorcerle las articulaciones que significaba que Ceres nunca podía recuperar del todo el equilibrio ni atacar.

“Debes aprender las lecciones que tiene el mundo”, dijo la chica, riendo de nuevo. “Debes ser parte de él. Relájate”.

Ceres hacía todo lo que podía, aunque resultaba extraño recibir lecciones de alguien mucho más joven que ella. Consiguió evitar el siguiente empujón de un giro, pero el que vino después de este la atrapó y la mandó al borde del escalón en el que estaba. Por un instante, se balanceó en el escalón y vio la aldea y la selva allá abajo. Fue una sorpresa ver lo alto que había llegado hasta entonces, con lo demás extendido como una alfombra verde.

Sintió el soplo del viento allí, que parecía sujetarla contra el lateral del zigurat cuando venía de la selva. Parecía como si todo aquello estuviera respirando como un organismo gigante, latiendo con vida propia.

“No pienses, muévete”, dijo la chica y dirigió un empujón a Ceres que la hubiera mandado hasta el borde y hecho caer a la selva si no se hubiera apartado a un lado.

Para entonces ya estaba tan cansada que lo hacía sin pensar, la energía crecía en ella de forma automática. Entonces parecía que podía sentir todo lo que había a su alrededor. Vio el fluir del siguiente empujón, que iba al ritmo del eterno latido de la selva. Ceres entró en el flujo de aquel empujón, se movió eficientemente en el espacio que creó y calculó un empujón que hizo dar vueltas a la chica a la vez que reía.

“Bien. Puedes subir”.

En el siguiente escalón había un hombre gigante, cuyas piernas estaban a medio camino de ser troncos y que lanzaba unos puñetazos que Ceres sospechaba que la hubieran matado si no la hubiera inundado el poder que había dentro de ella. Ella contraatacó y, aunque su contrincante no se movió, pareció satisfecho.

La siguiente fue una mujer que agarró a Ceres y la arrastró hasta el suelo. Ceres vio una oportunidad y rodó, apareció a su lado, rodeó el cuello de su contrincante con el brazo y apretó.

Siguió y siguió. Cada habitante del bosque parecía tener una habilidad diferente, pero Ceres empezaba a ver que no eran tan diferentes al fin y al cabo. No importaba si daban puñetazos o patadas, si bailaban alrededor de ella o se lanzaban a pelear con ella, todos los isleños se movían en armonía con el mundo

que les rodeaba, sin otro pensamiento o forma más allá del momento. Con la energía que la inundaba, para Ceres fue fácil relajarse en aquel mismo instante y subir, una a una, las pendientes del zigurat.

Finalmente, Ceres llegó a la cima de la estructura, donde Eoin estaba esperando. Allá arriba, Ceres vio una franja de agua que caía a cántaros desde la pendiente de atrás del zigurat, procedente de un manantial que se arqueaba sobre un bloque de piedra, cayendo en una cascada perfectamente tan poderosa como bajo la que habían estado entrenando antes. Ceres no podía ver más allá de aquella cortina de agua, pero estaba segura de que había algo.

Eoin estaba delante de la pared de agua. Estaba de pie y parecía tan perfecto como una estatua.

Le lanzó una mirada inquisitiva. “¿Lo comprendes ya? ¿Puedes sentirlo, Ceres?”

Ceres asintió. Podía sentir todo el mundo a su alrededor mientras estaba allí. Veía la isla desplegada bajo ellos, que se veía incluso más hermosa desde allí que desde abajo. Veía los riachuelos y las lagunas, los brazos de mar y las playas que bordeaban la jungla. Desde aquella altura, sentía que el viento la azotaba y se arremolinaba mientras ellos estaban allí juntos.

“La primera vez que te vi, supe que tenías poder”, dijo Eoin. “Pensé que nuestras costumbres podrían llevarte hasta él”. Sonrió. “Y ahora veo que tenía razón”.

Ceres estaba allí y podía sentir la energía latiendo dentro de ella.

“Existen algunas cosas que no se pueden controlar”, continuó Eoin. “También puedes intentar controlar la selva. Pero tienes elección. Puedes escoger desarrollar el poder que hay dentro de ti. O puedes elegir dejar que desaparezca”.

Entonces Ceres lo miró con el ceño fruncido. “¿Por qué iba a hacer eso?”

Eoin suspiró.

“Porque el poder que hay dentro de ti es peligroso”, dijo. “Es un don muy antiguo y, si escoges aceptarlo, crecerá dentro de ti. Harás daño o matarás a todos aquellos que intenten lastimarte. Cualquiera que te toque con malicia se convertirá en piedra”.

Ceres pensó en los momentos en que su poder había venido a ella en el Stade, matando a criaturas que habían estado a punto de hacerla añicos. Pensó en la criatura que había atacado su barco y en cómo había retrocedido ante ella.

“Esto no suena mal”, dijo.

“Quizás no”, respondió Eoin. “Pero es como tener un animal salvaje para que te proteja. Puede ser ferozmente fiel, pero no podrás mantenerlo alejado de los demás. Atacará a cualquiera que te toque con ira, quieras o no herirlo. Podría herir a aquellos a los que amas. Y una vez tu poder se ha revelado, no se puede contener”.

Aquello era más duro y fue suficiente para que Ceres hiciera una pausa.

“¿Debo hacerlo?” preguntó.

Eoin negó con la cabeza. “Ya has aprendido mucho sobre lucha de nosotros. Quizás es por lo que viniste a parar aquí. Quizás es lo *único* que viniste a hacer aquí”.

“Pero tú no crees eso”, adivinó Ceres.

Eoin le ofreció su mano. Ceres la tomó, sintiendo la suavidad musgosa de su piel donde se tocaban.

“Pienso que hay muchos lugares donde podías haber aprendido a luchar, pero muy pocos donde puedas ir más allá. Donde puedas aprender lo que hay en tu interior. Creo que viniste a parar aquí por una razón”.

Ella estaba allí, el corazón le latía con fuerza, temía aceptar su poder –sin embargo, ansiaba hacerlo.

Eoin dio un paso atrás.

“La decisión es tuya”.

Ceres estaba de pie, echando un vistazo a la aldea. Miró más lejos, donde el océano rodea los límites de la isla. En algún lugar más allá, su familia estaba esperando. Quería regresar a ellos. Quería tener la fuerza para protegerlos. La rebelión también estaba allí. La necesitaban para tener la fuerza de cambiarlo

todo.

¿Pero la necesitaban a ella para desencadenar algo así? ¿A cuánta gente podía hacer daño? ¿A cuánta gente podía matar? Esta era una decisión que no se podía deshacer. El tipo de decisión que podía afectar toda su vida.

Vio que Eoin atravesaba la pared de agua que había en la cima del zigurat, desapareciendo tras ella. Su voz retrotraída.

“Sígueme si te atreves, Ceres”.

Ceres estuvo allí un buen rato. Pensó en la rebelión y en toda la gente que se había llevado el Imperio. Pensó en su familia. Después pensó en Thanos, muerto a causa de toda aquella locura. Una locura que ella finalmente tendría el poder de detener si aceptaba aquello.

Ceres sintió que el agua caía con fuerza sobre ella cuando la atravesó.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

Thanos caminaba por los barrios más pobres de Delos, intentando que la pena que sentía por el estado de este barrio de la ciudad no se reflejara en su rostro. Estaba envuelto con su capa para que nadie lo reconociera. Dudaba que ser príncipe pesara mucho aquí entre aquellos tan pobres que no podían ni permitirse la comida.

Las casas que allí había apenas incluso eran dignas del nombre. No eran tanto departamentos separados como aglomeraciones de madera y yeso, una choza se confundía con la siguiente hasta que Thanos no podía distinguir dónde empezaban y acababan los edificios.

Había mendigos en la calle y Thanos imaginó que también podría haber habido ladrones si alguien hubiera tenido algo que valiera la pena robar. Miraba con cautela los callejones que pasaba mientras intentaba encontrar el que coincidiera con la dirección que tenía de la matrona.

También miraba tras él. No eran solo los ladrones lo que le preocupaba. Después de lo que había sucedido con el chico del establo, no quería arriesgarse a provocar la muerte de nadie más.

Incluso con la dirección que Cosmas le había dado, le llevó tiempo encontrar el sitio correcto. La dirección era de una casa en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Thanos se coló allí con la primera luz del sol, envuelto con su capa para no llamar la atención.

Encontró la casa después de buscar durante más de una hora. Estaba en ruinas y destartalada, a Thanos le parecía que las telarañas eran lo único que mantenía las paredes en pie. Había un ligero olor a putrefacción cuando se acercó y había tanto silencio que Thanos no estaba seguro de si estaba vacía o no.

Llamó a la puerta de todos modos, y no se sorprendió mucho cuando una mujer de su edad abrió la puerta.

“Estoy buscando a la mujer que fue matrona en el castillo hace dos décadas”, dijo. Parecía que la mujer iba a echar el pestillo, pero cuando Thanos se sacó la capucha de su túnica se quedó helada. Era evidente que lo reconocía.

“Por favor”, dijo él. “Es importante”.

Se quedó allí pensando por un instante. “Tú eres...”

“Sí”, dijo Thanos asintiendo con la cabeza. “Lo soy”.

“Buscas a mi madre. Ven conmigo”.

Thanos la siguió al interior de la choza, que no tenía mejor aspecto dentro que fuera. Los pocos muebles que había parecían llevar allí mucho tiempo. Realmente no parecía el hogar de una matrona lo suficientemente buena como para ser llamada a palacio.

En una habitación posterior, encontró a una anciana sentada en una silla que parecía que podía romperse en cualquier momento. Cuando vio sus manos, cubiertas por la artritis, Thanos comprendió por qué no estaban viviendo en un lugar mejor.

“Sea amable con Madre”, dijo la joven mujer. “Su memoria no es la que era. Ahora apenas habla”.

Thanos se dirigió hacia allí. No hubo reacción por parte de la anciana. Él se acuclilló a su lado, pero su expresión no cambió.

“Necesito su ayuda”, dijo Thanos. “Encontré una referencia en la biblioteca del castillo, en una genealogía. Estoy intentando averiguar el por qué”.

No hubo reacción por parte de la mujer.

“Era una colección de obras de teatro”, intentó Thanos. Pero, aún así, no hubo reacción.

“Por favor”, dijo Thanos. “Han intentado matarme y creo que tiene relación con esto. Necesito comprender la razón”.

No hubo respuesta por parte de la anciana. Apenas parecía haber una chispa de vida en ella, así que a Thanos le daba la impresión de que estaba hablando con una cáscara vacía.

Los segundos se alargaban, se convertían en minutos. Miró a la mujer a los ojos, suplicándole algo en silencio.

“Por favor”, dijo. “Solo quiero comprender quién soy realmente”.

Fue en vano. Nunca descubriría lo que necesitaba saber.

Se levantó dando un suspiro. “Siento haberla molestado. Me marcho”.

Se dio la vuelta y una mano se agarró a su brazo. Los dedos de la anciana parecían débiles alrededor de su muñeca, pero Thanos también sentía la fuerza que había allí.

Thanos vio que sus ojos se clavaban en los de él cuando se dio la vuelta. “El hijo del rey”.

Thanos negó con la cabeza. “Lo siento, pero el rey es mi...”

“Padre”, dijo la anciana, cortándolo con una voz que sonaba oxidada por falta de uso. “La chica fingía que no lo eras al principio, pero él estaba allí, fuera de la habitación, caminando de un lado a otro como solo un padre lo hace”.

“¿Está segura?” preguntó Thanos.

La antigua matrona asintió. “Me lo explicó, porque no había nadie más a quien contárselo”.

Thanos tragó saliva mientras intentaba darle sentido a aquello. Aunque lo había adivinado con Cosmas, todavía era un shock escucharlo así, de una mujer que había estado allí. Una parte de él todavía quería decir que era mentira, pero tenía más sentido de lo que él pensaba. La conmoción le golpeó como si le cayera una roca, pero había algo en ello que también le parecía bien.

Mientras estaba allí, las piezas parecían ponerse en su sitio. Si aquella mujer decía la verdad, entonces él era realmente el heredero. Y esto le daba razones suficientes a Lucio para quererlo muerto.

Entonces la furia creció dentro de Thanos, con los filos duros como un diamante. Había soportado muchas cosas que Lucio había hecho a lo largo de los años. Había estado a la espera mientras era el peor de los nobles, mientras había menospreciado a Thanos, incluso mientras había atacado a Ceres. Bueno, hasta entonces.

“Gracias”, dijo Thanos a la anciana. “Tengo que regresar al castillo”.

“No me lo agradezcas, chico”, escuchó que decía. “Algunas noticias no traen felicidad a nadie”.

\*\*\*

Thanos fue hecho una furia hacia el castillo, ignorando a los guardias que intentaban desafiarlo en las puertas. Atravesó los pasillos en dirección a las habitaciones solo porque de esta manera podría coger sus armas y su armadura. En aquel momento, podría haber ido hasta Lucio y desgarrarlo por la mitad con sus propias manos, por todo lo que había hecho.

Abrió de golpe las puertas de sus habitaciones y se sorprendió al ver a Estefanía sentada en un diván, evidentemente esperándole. Ella se levantó con el ceño fruncido cuando él entró.

“¿Thanos? ¿Qué sucede?”

“¿Cómo llegaste hasta aquí?” preguntó Thanos. Mucha de su furia le salió al decirlo.

“Un sirviente me dejó entrar”, dijo Estefanía. “Tenía que decirte algunas cosas y pensé que era mejor esperarte aquí. Pero esto puede esperar. ¿Qué sucedió?”

Thanos se quedó allí, con las manos cerradas en un puño. “Descubrí la verdad”.

“¿Qué verdad?” preguntó Estefanía.

Thanos se detuvo un instante antes de contárselo, pero tenía que decírselo a alguien. “Lucio es el que intentó matarme”.

“Oh, Thanos”, dijo Estefanía y Thanos vio cómo se llevaba la mano a la boca. Sabía cómo se sentía.

“Voy a matarlo”, dijo Thanos. “Después de todo lo que ha hecho, voy a matarlo, Estefanía”.

Ella se puso entre él y la puerta.

“No intentes detenerme”, dijo Thanos.

“No es eso”, respondió Estefanía. “Es que... tengo noticias”.

“Eso puede esperar”.

Él vio que ella negaba con la cabeza. “No puede esperar. Se trata de Ceres”.

Eso fue suficiente para que Thanos se quedara quieto de golpe. Se quedó allí en silencio.

“Deberías venir y sentarte”, dijo Estefanía, volviendo al diván y haciéndole un gesto para que fuera con ella.

Thanos no quería. Quería la noticia ahora, fuera lo que fuera, pero parecía estar claro que Estefanía no iba a decir nada hasta que fuera donde ella estaba. Él se sentó con cuidado, notando la dureza del diván bajo él.

“No me digas que...” empezó Thanos.

“La llevaban a la Isla de los Prisioneros en un barco cárcel. Aquel barco nunca llegó”.

Thanos pensó en todas las posibilidades. Quizás la rebelión había interceptado el barco. Quizás la gente de Akila lo había capturado. Quizás Ceres había orquestado una fuga.

“Cuando una barca pasó cerca de su camino, encontraron los restos”, dijo Estefanía. “Dicen que pudo tratarse de una tormenta. El barco estaba destrozado. No hubo... Lo siento, Thanos, pero no hubo supervivientes”.

“No”, dijo Thanos negando con la cabeza. Se puso de pie. “No, no puede ser”.

Ceres no podía estar muerta. No *podía*. Si ella estaba muerta, nada tenía sentido. Thanos sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, imposibles de detener por mucho que lo intentara. Intentó girarse, para que Estefanía no lo viera, pero estaba delante de él de todos modos.

Lo rodeó con sus brazos, acercándose lo suficiente para que él pudiera oler su perfume suave y floral.

“Lo siento”, dijo ella. “Quería ser la que te lo dijera. No confiaba en nadie más para hacerlo”.

“Es...” No sabía qué decir a continuación. Simplemente no lo sabía. Parecía que el mundo se había detenido chirriando, atrapado entre un instante y el siguiente. parecía como si hubiera exhalado y el aire fresco se negara a entrar en sus pulmones, dejándolo con lo que serían los restos de un aliento.

Estefanía estaba allí en aquel espacio, cogiéndole, parecía el ancla al mundo cuando a Thanos le parecía estar flotando. Su mano parecía muy pequeña y delicada en la de él, pero notó fuerza cuando la tomó. Ella estaba allí mientras a él lo inundaba el dolor, con unas olas tan grandes que a él le hubiera gustado que nadie más viera.

Ella continuó agarrada a él durante todo el rato y Thanos estaba cada vez más agradecido por el hecho de que ella estuviera ahí. Tenía razón, nadie más podría haberle dicho algo así. No podría haber confiado en nadie más para que lo abrazara así.

Y él *confiaba* en ella. Estefanía había estado allí para ayudarlo con su investigación. Había dejado a un lado el modo en que él la había tratado y ahora estaba allí en el momento más oscuro de su vida. Ella no decía nada. No hacía falta. Simplemente estaba allí, esperando mientras el dolor de Thanos se consumía. Él se sorprendió al ver que el ataque inicial había pasado.

Nunca pensó que pudiese sentir algo por alguien como Estefanía, pero mirándola ahora era imposible no hacerlo. Era perfecta en muchos aspectos, pero en aquel instante vio lo profundamente que la entendía.

Entonces Thanos se dio cuenta de lo cerca que estaban. Lo suficientemente cerca como para que nada cerrara la distancia que había entre ellos. Hubiera sido muy fácil besarla y quizás aquello hubiera ayudado. Él pensó que quizás sería suficiente para hacerle sentir algo, lo que fuera, en lugar del horrible vacío que pesaba en su interior.

En cambio, sintió que le tocaba los labios con los dedos.

“No”, dijo Estefanía. “Así no. Estás enfadado. No quiero que sea solo por eso y no es por lo que lo estoy haciendo. Estoy aquí porque soy tu amiga y porque me importas”.

Lo sorprendente era lo mucho que a él le importaba ella también. Parecía que le hubieran cogido desprevenido, unos sentimientos hacia Estefanía que iban creciendo en él de forma casi imperceptible

cuanto más tiempo pasaba con ella. Había conseguido ver quién era realmente y era alguien de quien se podía enamorar fácilmente.

Alguien con quien podía verse para siempre.

“Debes concentrarte en las cosas importantes”, dijo Estefanía. “Como qué vas a hacer a continuación”.

“Esta parte es sencilla”, dijo Thanos. “Voy a encargarme de Lucio”.

# CAPÍTULO TREINTA

Sartes se cogía con fuerza al caballo mientras corrían hacia la ciudad, aterrorizado de que podía caer si no lo hacía. Igual de aterrorizado de que le cayeran los planos que llevaba. Tiró de las riendas de su caballo y, a su lado, Anka y su padre hicieron lo mismo.

“Anka, tenemos que ir más despacio”, dijo. “No puedo arriesgarme a que se me caiga esto”.

“¿Qué es más importante que tu vida?” respondió Anka.

“Sartes tiene planos que ha cogido de las tiendas de control del Imperio”, dijo su padre, contestando por él.

Sartes vio que Anka le miraba fijamente claramente sorprendida.

“¿En serio? ¿Tú tienes sus planos?”

Sartes asintió. “Uno de los comandantes los quería para saber dónde tenía que ir. Cogí todo lo que pude”.

“Entonces no podemos entrarte a la ciudad de la forma normal”, dijo Anka. “Sígueme”.

Le dio un golpe a su caballo con el talón para que galopara y Sartes hizo todo lo que pudo por seguirla. Se atrevió a mirar hacia atrás y vio unos caballos en el horizonte, mientras levantaban el polvo con sus cascos. Habían perdido mucho tiempo hablando. Los soldados estaban a la vista.

Sartes hacía lo que podía para mantenerse encima del caballo mientras Anka se metía por caminos recónditos y por suelos rotos. Echó un vistazo y vio a su padre alentando a su caballo e intentó no mostrar lo asustado que estaba entonces. Si los soldados los veían, pasaba de ser una búsqueda a una carrera y no sabía si podía ganarla.

Sartes siguió a Anka a lo largo de una serie de caminos tortuosos que llevaban a una plataforma con árboles y pasado un lugar donde se levantaban dos peñascos a cada lado, casi bloqueando el camino. A Sartes le pareció que era una ruta diseñada para confundir y distraer a los que los seguían, pero significaba que Sartes sentía una sacudida a cada surco y cambio de suelo.

“Ahora no estamos lejos”, oyó que decía Anka. “Tendremos que dejar los caballos cuando entremos en la ciudad, pero nuestra gente tiene una entrada”.

*Nuestra gente.* A Sartes le gustaba cómo sonaba. Había querido ser parte de la rebelión desde la primera vez que oyó hablar de ella. Hubiera querido estar allí para el ataque de la Plaza de la Fuente. Si hubiera sido más mayor...

...entonces quizás hubiera acabado muerto, como Rexo y su hermano. Antes era demasiado joven para hacer algo por la rebelión, pero quizás ahora podría.

Más adelante vio un arroyo, empinado a los lados y que corría demasiado rápido como para arriesgarse a lanzarse en él, especialmente con los planos. El caballo de Anka lo saltó con facilidad y Sartes vio que su padre le seguía. Su caballo pareció saber lo que se esperaba de él sin que se lo dijeran, sin dar tiempo a Sartes para pensar en lo ancho que era el espacio o lo fría que estaría el agua si caía en ella.

Notó que los músculos del caballo se contraían bajo él y se agarró a él con sus muslos cuando saltaba. Por un instante, todo parecía ingravido y, a continuación, el suelo retumbó cuando entraron en contacto y Sartes casi cae de la silla. Sintió que los planos que sujetaba se movían, los agarró y consiguió evitar que cayeran mientras su caballo salía disparado hacia delante de nuevo.

Sartes vio las murallas de Delos en la distancia. Dada la desgracia de la ciudad, nunca pensó que estaría tan agradecido por volver a verlas. Los tres cabalgaron hacia las murallas y Anka inclinó un espejo hacia el sol siguiendo un patrón que parecía repetirse a medida que se iban acercando.

Entraron cabalgando por una puerta lateral y Sartes se atrevió a mirar de nuevo hacia atrás. Los soldados que los perseguían estaban más cerca ahora, con las espadas preparadas para luchar y sus

caballos tirando mientras iban a por ellos.

Atravesaron las calles corriendo, hasta un cruce atestado de gente. Para sorpresa de Sartes, uno les saludó.

“¡Bajad aquí!” dijo Anka, bajando del caballo prácticamente de un salto.

Sartes y su padre hicieron lo mismo y, casi antes de bajar del caballo, Sartes vio que un hombre vestido con ropa sencilla tomaba las riendas, cuando se movía se veían las empuñaduras de unas armas. Otro hombre le lanzó una capa desgastada y sucia.

“¡Póntela!” ordenó Anka, que llevaba una casi idéntica.

Con ellas puestas, Sartes, su padre y Anka parecían, según Sartes, un grupo de mendigos caminando por la ciudad. Estaban rodeados por la multitud y vio que los soldados pasaban por allí cabalgando, empujando a la gente a su paso. Por un instante, el corazón de Sartes pareció subir hasta su boca. ¿Y si su disfraz no funcionaba? ¿Y si los hombres los divisaban?

Pero pasaron de largo cabalgando, mientras Sartes y los demás continuaban caminando por las calles de la ciudad. Anka llevaba la voz cantante, tomando curvas y giros que parecían no tener sentido hasta que llegaron a un espacio con un patio amurallado. Anka fue hacia dentro y hacia un edificio mezcla de piedra y madera, más sólido que la mayoría de los que había alrededor.

Sartes le siguió. Su padre le puso una mano en el hombro.

“Lo hicimos. Conseguimos escapar”.

Sartes asintió y el alivio lo inundó. “Me salvaste”.

Su padre negó con la cabeza. “Anka nos salvó a los dos”.

“Y ahora podríamos devolvérselo”, dijo Sartes, toqueteando los planos que todavía sostenía.

Siguió mientras Anka los dirigía hacia una habitación a la altura de un altillo, donde los estaban esperando más de una docena de personas. Estaban alrededor de una gran mesa, el espacio estaba iluminado por velas que se estaban derritiendo.

Lo sorprendente para Sartes era lo normales que parecían todos. Había escuchado tantas historias sobre la rebelión que esperaba algo... más. Quizás un ejército de combatientes, cada uno dispuesto a enfrentarse a una multitud de soldados del Imperio. Asesinos expertos, vestidos de negro y armados con venenos raros.

Líderes heroicos como Rexo.

En cambio, parecían gente normal. Gente como su padre. Gente como él. No parecían felices.

“Anka, ¿en qué estabas pensando cuando entraste cabalgando tan deprisa?” preguntó un hombre. Tenía los hombros anchos de un granjero y una barba áspera. “Podrías haber puesto en peligro todo esto”.

“¿Os siguieron?” preguntó un hombre más bajito. Tocó la empuñadura de un cuchillo. “¿Tendremos que luchar?”

“No nos siguieron”, le aseguró Anka. “Y no hubo tiempo para nada más. Tenemos que mostraros algo”.

Sartes dejó que cogiera los planos y le ayudó a extenderlos encima de la mesa.

“Como sabéis, he estado buscando a Sartes, el hermano de Ceres”, dijo Anka.

“Perdiendo el tiempo”, dijo una mujer, “cuando los hijos y hermanos de todo el mundo están en peligro”.

Para Sartes era difícil que le gustara alguien que pensaba que encontrarlo era una pérdida de tiempo.

“No he estado perdiendo el tiempo, Hannah”, replicó Anka. “Lo encontré. Y nos trajo esto. Planos que muestran las intenciones del Imperio. Muestran cuáles de nuestras bases conocen y contra cuáles tienen pensado avanzar. Incluso nos dicen cuándo tienen pensado llegar allí”.

“Así que tenemos tiempo suficiente para evacuar a nuestra gente”, dijo el primer rebelde que habló.

“Esta es una posibilidad”, dijo Anka.

“¿Cuál es la alternativa?”

Sartes lo entendió, aunque los demás no lo hicieran. “Podríamos tenderles una emboscada”.

“¿Tú eres Sartes?” preguntó Hannah.

Sartes asintió.

Te debemos mucho por conseguir estos papeles, pero esto no significa que sepas algo de táctica o estrategia”.

Sartes encogió los hombros. “Tanto como aprendí en el ejército”.

“Como recluta”, replicó la mujer. “Dudo que te enseñen mucho sobre su planificación”.

“Te enseñan a mantenerte con vida”, dijo Sartes. “Aprendes sobre tus enemigos. Imaginas lo que van a hacer antes de que lo hagan, para no resultar herido”.

Hizo una pausa al darse cuenta de que todas las miradas estaban puestas en él. Casi no podía continuar, pero sintió la mano de su padre sobre su hombro. Aquella presencia era suficiente para darle la confianza para continuar.

“Conozco el ejército mejor que cualquiera de vosotros”, dijo Sartes. “Puedo deciros qué oficiales entrarán a toda prisa y cuáles serán cautelosos. Puedo deciros que los reclutas correrán si les dais alguna posibilidad real de escapar. Podemos tenderles una emboscada. Podemos ganar”.

“Esto es lo que debemos hacer”, dijo Anka, uniendo su voz a la de él. “No podemos enfrentarnos a ellos de frente, así que ¿qué nos queda? O nos sentamos a esperar que nos destruyan o probamos suerte con algo así”.

“¿Tenemos suficiente gente?” preguntó uno de los rebeldes.

“Tenemos a algunos”, dijo Anka.

“Tendréis más si liberáis a los reclutas”, dijo Sartes. “Oodian al Imperio. Los que no luchen por vosotros huirán”.

“Y nuestra lucha es hábil”, insistió Anka. “Mirad aquí. Si quieren llevar a nuestra gente al norte de la ciudad, significa que atravesarán cementerios aquí y allí. Sabemos que hay catacumbas para atacar desde las que no nos pueden ver. Y si lo hacemos aquí, tenemos las ruinas de los antiguos mausoleos para usar. Podríamos hacer caer paredes justo encima de ellos. Después tenemos cuerdas de trampa, hoyos... podríamos reducir a la mitad sus números antes incluso de llegar a la lucha”.

“Aún así tienen mejores armas y armaduras que nosotros”, insistió Hannah.

Sartes señaló a su padre. “Mi padre es el mejor forjador que has conocido. Puede ayudarte a hacer todas las armas que puedas necesitar”.

Sartes vio que su padre asentía. “Es cierto. Dadme metal, una hoguera y suficiente gente para ayudar y puedo fabricar todo lo que necesites”.

“¿Con qué rapidez?” preguntó Anka.

Su padre pareció pensarlo por un momento. “Esto dependerá del tipo de recursos que me podáis dar. Pero si me proporcionáis suficiente gente, os puedo equipar tan bien como al ejército. O mejor”.

“Y no hace falta que nos lo llevemos todo de golpe”, remarcó Anka. “Solo necesitamos la gente y las armas suficientes para golpear a las fuerzas más débiles. podemos atacar los centros de provisiones para conseguir más. Mirad. Podríamos evacuar a la gente del barrio viejo, preparar trampas y atacar su séquito de provisiones mientras todavía nos estén buscando”.

Ella empezó a hacer un esbozo de sus planes y Sartes tuvo que admitir que estaba impresionado. Esperaba que las cosas fueran difíciles para la rebelión sin Rexo, pero Anka parecía comprender cada detalle. Sartes pensaba que, en algunos aspectos, era incluso mejor elección que Rexo. Mientras el antiguo líder rebelde hubiera atacado, Anka parecía más prudente, deseando planificarlo todo lo más cuidadosamente posible para asegurarse de que su gente no resultaba herida.

En algún momento de la planificación, Sartes se alejó y se fue al fondo de la habitación. Su padre estaba allí y rodeó con el brazo a su hijo por los hombros. Por primera vez desde que se lo habían llevado los soldados como recluta, se sentía realmente seguro.

“Parece que se avecina mucho trabajo”, dijo su padre.

Sartes asintió. “No me importa. *Quiero* ayudar a la rebelión”.

“¿Estás seguro?” preguntó su padre. “Ya me ha costado un hijo. Podrías irte y estar a salvo”.

“¿Tú te irías?” preguntó Sartes.

Su padre negó con la cabeza. “Me necesitan para que les haga armas. Pero tú podrías marcharte”.

“¿A dónde?” preguntó Sartes. “¿Qué hay que sea seguro? Vaya a donde vaya, el ejército podría venir y llevarme o matarme solo porque les apetece. La única manera de estar seguro es si ayudamos a todos y yo *quiero* ayudar a todos. Todavía hay muchos como yo atrapados en el ejército o que son atacados cada día por ahí”.

Su padre asintió. “Estoy orgulloso de ti, hijo, y tienes razón. Tenemos que hacer que esto mejore. Me imagino que yo puedo hacerlo fabricando armas”.

“Y yo haré todo lo que pueda para ayudar”, dijo Sartes.

No estaba seguro de lo que haría todavía, pero estaba seguro de una cosa: esta vez, cuando llegara el momento de luchar contra el Imperio, él quería estar allí.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

La pared de agua caía a chorros sobre Ceres, tan fría que la hacía temblar. Mientras caía a raudales sobre ella, sentía como si se llevara algún bloque o barrera, dejando que algo se abriera en su interior como una flor.

Había superado la prueba de los isleños. Había aprendido las lecciones que querían que aprendiera. Incluso ahora, podía escuchar el susurro de la isla de fondo, latiendo como una cosa viviente. Por un instante, su propio poder latió como respuesta y su fuerza fue suficiente como para que Ceres no se pudiera concentrar.

Solo la voz de Eoin la hizo volver en sí y Ceres vio que estaba en un túnel con las paredes de piedra, que con una fuerte y larga pendiente en espiral hacia abajo. No podía decir si era natural o si la habían hecho los isleños con sus manos.

“Por aquí”, dijo Eoin y Ceres vio que estaba un poco más adelante.

Lo siguió hacia abajo con la débil luz del sol que parecía reflejarse de las paredes. El túnel daba vueltas y giraba, de manera que pronto Ceres no estaba segura de si estaban bajo el zigurat o en algún otro sitio completamente diferente.

Más adelante, a Ceres le pareció ver un cuadrado de luz, con la silueta de Eoin contra él por un instante mientras entraba en él. Ceres siguió, y entró en otra cortina de agua, esta era un chorrito comparada con la anterior.

Al salir pisó hierba, que estaba en una depresión en forma de cuenco. Del borde colgaban árboles en ángulos imposibles, aferrándose a la roca de la que sobresalían. Ceres se preguntaba cuántos eran gente del bosque que habían sucumbido a la maldición.

Allí había gente del bosque, encendiendo una hoguera a un lado del espacio abierto con madera de deriva y trampas para animales. Había otros preparando comida y bebida, evidentemente preparando un festín a base de frutas del bosque y peces de la orilla.

“Celebraremos que has aceptado tu poder”, dijo Eoin.

“¿Y después?” preguntó Ceres.

Eoin alargó una mano para que Ceres la tomara. “Depende de ti. Puedes quedarte con nosotros tanto tiempo como desees. Puedes regresar a luchar contra el Imperio. O puedes ir en otra dirección si así lo decides. Te ayudaremos, a donde quiera que desees ir”.

En el mismo centro de la depresión en forma de cuenco, había un anillo de lo que parecían ser postes de madera, rodeando un pedestal. Sin embargo, al acercarse, Ceres vio ojos en los postes, moviéndose mientras el resto de los mismo no lo hacía.

“En las últimas etapas antes de que la maldición los reclame del todo, nuestra gente están más conectados a la selva que nunca”, dijo Eoin. “Ven cosas que el resto no vemos. Venimos aquí para las decisiones más importantes”.

Ceres entró con él en aquel círculo, sintiendo las miradas sobre ella. Ahora la gente del bosque se reunía alrededor, su hoguera ardía al fondo.

Había un cuenco en el pedestal. Eoin lo levantó y se lo ofreció. Tenía un olor dulce y un aspecto pegajoso. Lo apretó contra sus manos.

“Si quieres aceptar el poder que hay dentro de ti, bebe. Bebe y verás”.

“¿Qué beba y que vea qué?” preguntó Ceres.

Eoin extendió sus manos. “Todo”.

Cogió el cuenco y pegó un sorbo y, a continuación, se lo bebió rápidamente. Nadie de los que estaban allí le iba a hacer daño. Por lo menos, no en algún modo que no implicara la brusquedad normal de la lucha. La bebida era pegajosa y espesa y, al beberla, tenía gusto a frutas del bosque dulces y a la savia de

las plantas de la selva.

“¿Qué tiene?” preguntó Ceres, pero Eoin solo sonrió. Ceres miró a su alrededor y las llamas de la hoguera parecían flotar.

Escuchó unos golpes secos repetitivos y, por un instante, pensó que quizás alguien había empezado a tocar el tambor. Entonces se dio cuenta de que era el rítmico vapuleo de los pies de la gente del bosque, pisando en perfecta coordinación. Parecía unirse al latido incluso más fuerte de su corazón.

Parecía increíblemente lento, pero entonces, lo pareció también el resto del mundo. A Ceres le parecía que los bailarines estaban alejándose como hojas en la hoguera, cada movimiento era tan lento y preciso que apenas parecía que estuviesen bailando.

El mundo parecía flotar y Ceres se sentía caer. Eoin estaba a su lado, tumbándola delicadamente sobre el suelo de la selva.

“Duerme, Ceres”, dijo. “Duerme y sueña”.

Ceres lo miró fijamente durante una o dos respiraciones más. Era una buena visión antes de cerrar los ojos.

Delos se extendía a sus pies como el juguete de un niño. Parecía que se dejaba llevar hasta la ciudad, más y más abajo, cada vez más cerca. Ceres sentía cómo el aire corría entre sus dedos, pero no le parecía que estuviera cayendo. En realidad no sentía ningún peligro.

Cayó un poco más y se dio cuenta de que estaba cayendo hacia su antiguo hogar. Casi tan pronto como se dio cuenta, la escena cambió, y se encontró a sí misma mirando a dos personas que le llevó un segundo reconocer.

Su madre y su padre parecían mucho más jóvenes allí: más jóvenes de lo que Ceres jamás los había visto. Veía un niño diminuto dando sus primeros pasos y supo que tenía que ser su hermano mayor, Nesos. Los dos estaban mirando a un moisés.

*“¿Qué has hecho?” preguntaba su madre.*

*“Lo que debía hacer”, respondió su padre.*

*“Si crees que nos vamos a quedar con una mocosa, entonces...”*

*“Eso es exactamente lo que vamos a hacer”, insistió su padre. “La educaremos como si fuera nuestra y nunca le daremos ninguna razón para que piense lo contrario”.*

Ceres quería mirar más de cerca, pero las imágenes que había delante de ella cambiaron de nuevo.

Ahora, había ejércitos enfrentándose a su alrededor, el choque de las espadas se mezclaba con los gritos de los moribundos y el golpe seco de los cuerpos con armadura chocando el uno contra el otro. Veía a las personas luchando entre ellas, apuñalándose y haciéndose cortes mientras luchaban por el espacio.

Se vio en el centro de aquello, vestida con una armadura con el filo de oro, empuñando una espada y un escudo. Un hombre corrió hacia ella y ella se apartó hacia un lado, golpeando con su espada. Se oía a sí misma gritando órdenes por encima del caos de la multitud y, ante su sorpresa, los que estaban alrededor escuchaban. Volvieron a formar, atacaron y lucharon de nuevo.

Ceres se vio en el centro de la batalla, sus contrincantes caían hasta que finalmente se dieron la vuelta y echaron a correr, la retirada se extendía desde el punto donde ella luchaba hasta abarcar a todas las fuerzas opuestas. Ceres escuchó el grito de batalla de sus soldados repetido una y otra vez.

“¡Ceres! ¡Ceres!”

Ceres estaba allí sin comprender. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Eran simples imágenes aleatorias o había algo más en ellas?

“Tú sabes lo que son, Ceres”.

Ceres se dio la vuelta y ya no estaba en un campo de batalla. Puede que estuviera de vuelta en la isla, pero esta isla era diferente. Mientras el hogar de la gente del bosque estaba cubierto por el verde de la selva, aquí había de agujas y arcos de mármol del color del arcoíris por encima de praderas llanas.

Allí había una mujer o, por lo menos, la vaga impresión de una mujer. Llevaba lo que, a primera vista, a Ceres le pareció una capa, pero era más que eso. Era como una confusión a través de la cual no se podía ver; un espacio en la visión que no podía penetrar.

“¿Quién eres?” preguntó Ceres. “¿Qué eres?”

“Una visión, una imagen”, dijo la mujer.

“¿Una imagen de qué?” Ceres no iba a dejarlo correr.

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado, la capucha que la cubría cambiaba en respuesta.

“De tu madre”.

La mujer alargó el brazo hacia ella y Ceres se quedó inmóvil cuando le tocó la frente. El poder que había dentro de ella estalló con aquel contacto y Ceres lo sintió como algo vivo dentro de ella. En aquel momento, pareció explotar en su interior, saliendo a raudales de ella en forma de humo oscuro hasta colgar por encima de ella en una nube.

La figura femenina parecía observarlo. Ella alargó el brazo y daba forma al humo entre sus manos como si fuera arcilla, haciendo hilos con ella y dándole otra forma. Parecía crecer al hacerlo, convirtiéndose en algo diferente, en algo más.

“¿Escoges esto?” preguntó la figura femenina.

Ceres asintió. “Sí”.

“Entonces que sea lo que debe ser”.

Se derramó sobre Ceres y ahora pareció llenarla hasta el punto de explotar. Estaba allí dentro de ella y era ella, todo a la vez. Su poder parecía invadirla en aquel instante y Ceres cayó. La mujer escondida la cogió y la tumbó con delicadeza.

“Cuando despiertes, ven a buscarme” dijo.

“¿Dónde?” preguntó Ceres.

“A la Isla Más Allá de la Niebla”.

Ceres quería preguntar qué significaba y dónde estaba, pero en aquel instante sintió que la visión empezaba a disiparse. Volvió a la vigilia y se dio cuenta de que estaba tumbada sobre la hierba junto a la hoguera.

Vio a Eoin mirándola con evidente preocupación.

Los dolores y las molestias de sus luchas se habían desvanecido, el poder que había en su interior estaba justo bajo la superficie. Dejó que Eoin la ayudara a levantarse.

Todavía estaba dentro del círculo de la gente del bosque y veía la forma en que la observaban ahora. Sabía que podían ver el poder en su interior, del mismo modo que ella los podía sentir a todos ellos en conexión con la isla.

Lentamente, empezaron a cantar y a Ceres le llevó un momento darse cuenta de qué era lo que estaban cantando, lento y solemne, como si un gran líder estuviera entre ellos.

“¡Ceres, Ceres, Ceres!”

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Thanos se había dirigido hacia los aposentos del rey muchas veces en su vida, pero dudaba que hubiera sentido lo mismo que sentía ahora. Furia, traición, pero también una extraña sensación de haber encontrado una especie de fin. Todos ellos se disputaban el espacio en su interior mientras él caminaba dando largos pasos hacia la entrada.

Las puertas allí eran algo extravagante, igual que el resto del castillo, cubiertas por tallas pintadas que representaban escenas de batalla y juicio. Cuando era más joven, Thanos las había seguido con sus manos, imaginando todas las grandes hazañas de los reyes que hacía tiempo que habían muerto. Ahora, las veía como lo que eran: un alarde, un mensaje.

Había un guardia a cada lado de las puertas, con una armadura que prácticamente goteaba oro, debido a su condición de escoltas reales. Uno levantó una mano cuando Thanos se acercó.

“Lo siento, su alteza, pero el rey no recibe visitas”.

Thanos le clavó la mirada. Normalmente, hubiera discutido o hubiera intentado persuadirlo. Entendía que aquel hombre solo estaba haciendo su trabajo, pero en aquel momento, nada iba a evitar que hablara con el Rey Claudio.

Con su padre. Solo pensar en eso hacía que corriera un fresca ola de emoción dentro de él.

“A un lado”, dijo Thanos y los guardias debieron escuchar algo en su voz, porque se apartaron del camino a toda prisa. Eso estaba bien. A pesar de todo, Thanos no quería *hacerles* daño.

Abrió las puertas de un empujón. Dentro, el Rey Claudio bebía, asistido por chicas del servicio mientras mordía una pata de pollo. Estaba sentado en una silla elegantemente tallada delante de un fuego ardiente, con un tablero de juegos delante de él, las fichas daban a entender que la partida ya estaba en marcha.

Thanos vio que el rey alzó la vista cuando él entró. Vio que el destello de furia inicial se suavizaba al verlo, y ahora Thanos podía imaginar por qué.

“Thanos, creo que dije que no quería que me molestaran. Pero no importa. Ven conmigo. Normalmente, la única manera en que puedo tener una buena partida es jugando solo”.

Thanos estaba allí, mirando a todos los sirvientes. “Todo el mundo fuera”. Al no moverse, alzó la voz. “Salid, he dicho”.

Vio como los sirvientes iban corriendo hacia la puerta y después esperó el golpe seco de la misma al cerrarse. El Rey Claudio se puso de pie y, por primera vez en mucho tiempo, Thanos lo miró, lo miró de verdad. Se encontró a sí mismo buscando en el rostro del rey, identificando rasgos y buscando parecidos. ¿Tenía su ceja el mismo arco? ¿Los pómulos ligeramente levantados?

Ahora mismo, parecía que lo principal que tenían en común era su ira. El Rey Claudio estaba enrojeciendo por ella y Thanos vio como, con un movimiento circular del brazo, tiraba todas las piezas del juego.

“¿Cómo te atreves a echar a mis sirvientes? ¿Has olvidado quién es el rey aquí, Thanos?”

“No lo he olvidado”, dijo Thanos. Otro día, hubiese hecho una reverencia o se hubiese arrodillado, pero hoy no.

“Y entrar aquí hecho una furia. ¿Quién te crees que eres para hacer una cosa así?”

“Creo que soy tu hijo”, dijo Thanos y cada palabra parecía una losa de piedra que se quitaba de encima. No tenía muy claro cómo lo diría, pero ahora que lo había hecho, no podía retirarlo.

La fuerza de la furia parecía escurrirse por la sala tan rápidamente como había venido. Si Thanos no hubiera tenido ya la confirmación de quién era, esto lo hubiera hecho, sin necesidad de que el rey dijera nada. Aún así, quería escuchar cómo el Rey Claudio lo confesaba.

El rey se tambaleó hacia atrás hacia su silla, cayendo allí tan pesadamente como si Thanos lo hubiera

empujado. Estiró el brazo para agarrar su copa de vino y la tiró al fuego. Thanos escuchó cómo repiqueteaba entre el carbón y el vino silbaba al convertirse en vapor.

“¿Qué has escuchado?” preguntó el Rey Claudio. “¿Dónde lo has escuchado?”

Thanos pensó en la matrona y después en el empleado del establo muerto. No le iba a traer problemas a nadie más. Incluso Cosmas podría estar en peligro si explicaba demasiado sobre cómo había sabido la verdad.

“¿Eso importa?” replicó Thanos. “Lo que importa es que soy tu hijo. ¿O no lo soy?”

El Rey Claudio bajó la vista hacia lo que quedaba de su juego durante lo que pareció un largo rato, antes de contestar finalmente.

“Sí. Tu madre... era muy hermosa. Cuando supe que estaba embarazada, me alegré mucho, pero no podía confesarlo. Ninguno de los dos podía. Hubiera estropeado las cosas. En su lugar, lo escondimos”.

Thanos pensó en las dedicatorias que había en el libro de genealogía. Pude que el rey hubiera ordenado que se escondiera, pero su madre estaba claro que había pensado que saliera a la luz en algún momento. Esto, o simplemente necesitaba el consuelo de poder escribir la verdad en algún lugar.

“Así que soy tu hijo”, dijo Thanos. “Tu hijo mayor”.

“Y el más bueno”, dijo el Rey Claudio. “Eres todo lo que podría haber esperado que fueras. Eres listo, habilidoso en la guerra, diligente, capaz de mandar a los que están a tu alrededor. Fuiste triunfador en el Stade mientras Lucio salió corriendo y, entonces, no podría haber estado más orgulloso de ti. Cuando pensaba que te habías perdido en la guerra, algo se rompió en mi interior. Cuando volviste, fue como si el sol regresara tras un largo invierno”.

Thanos no estaba seguro de qué decir de aquello. Hacía tiempo que no oía al rey hablar de él tan sinceramente y, en primer lugar, el Rey Claudio fue el que lo mandó a la guerra. Significaba mucho ser el hijo del rey, pero todavía no estaba seguro de *qué* significaba, porque este hombre continuaba siendo cruel, un tirano para su pueblo.

“Me alegro de conocer finalmente la verdad”, dijo Thanos. “Siento que sé quién soy por primera vez”.

“Siempre has sido mi hijo”, dijo el rey. “Aunque no lo supieras, siempre has sido un hombre que hubiera querido ser”.

Pero Thanos era más que eso, ¿o no? “Si soy tu hijo, ¿soy tu heredero?”

El Rey Claudio asintió. “Y esta es una razón por la que no podíamos hablar de ello. Hubiera destrozado el Imperio”.

“El Imperio se está destrozando solo”, remarcó Thanos, pero este no era el momento para tener aquella discusión. Había mucho en lo que pensar antes de todo aquello. Demasiado para tratarlo todo a la vez. Todo lo que pensaba sobre él había cambiado. Ni tan solo sabía dónde encajaba él ahora dentro del Imperio.

El rey parecía tener el mismo problema con todo aquello que Thanos. Estaba allí sentado, mirando alrededor de la habitación, como si estuviera buscando la respuesta en algún lugar.

“Me alegro de que lo sepas”, dijo el Rey Claudio. “No pensé que lo haría. He pasado mucho tiempo escondiéndotelo, pero ahora que lo sabes, parece que me haya quitado un peso de encima”.

“No es la única cosa que sé”, respondió Thanos. “Sé quién intentó matarme”.

Esto hizo que el rey volviera a ponerse de pie. “¿Lo sabes? ¿Quién? Haré que lo cuelguen. haré que...”

“Lucio”, dijo simplemente Thanos.

Vio cómo la expresión del rey cambiaba de golpe. Cuando le había dicho al Rey Claudio que sabía el secreto de su nacimiento, Thanos había visto pura conmoción. Ahora, había vuelto la sorpresa, pero esta vez no era ni de cerca tan grande. ¿A qué se debía? Los dos sabían que Lucio era más que capaz de ello.

“No”, dijo el Rey Claudio, pero no había seguridad en ello.

“Sí”, insistió Thanos. “Le mandó un mensaje al Tifón e intentó que él me matara. Siguió las mismas

pistas que yo sobre mi nacimiento y me quería ver muerto por esa razón. *Me quiere ver muerto*”.

“Lucio también es un príncipe del Imperio”, dijo el Rey Claudio, como si aquello hiciera imposible que él hiciera algo así.

“Lo que explica por qué fue tan fácil para él conseguir que el Tifón hiciera el trabajo”, insistió Thanos. “Encontré al chico al que mandó con el mensaje. Lucio le dio un amuleto para que identificara que el mensaje procedía de él”.

“¿Y tienes a este chico? ¿Lo jurará?”

Thanos apretó los dientes. “Lo asesinaron poco después de que yo hablara con él”.

Y Thanos pensaba que el rey habría escuchado que había sucedido una cosa así en su propio castillo. ¿Realmente no le importaba lo que le sucediera a las personas que pasaban sus vidas sirviéndole?

“Descubrió lo que estaba sucediendo”, insistió Thanos. “Mandó al chico. ¿Quién más podría haberlo hecho? ¡Debe ser ejecutado por ello!”

“No ejecutaré a Lucio”, respondió bruscamente el Rey Claudio. “Ni lo insinúes”.

“Entonces, encácelalo”, dijo Thanos. “Ponlo donde no pueda hacer más daño. Debes saber cómo es. Pensaba que solo lo tenías por aquí por su condición, pero si yo soy tu hijo...”

“Lucio tiene sus privilegios”, dijo el Rey Claudio. “Tiene que jugar un papel, aunque ahora mismo no lo comprendas”.

“¿Qué tengo que comprender?” pidió Thanos. Sentía que la ira crecía dentro de él, superando la extraña especie de corrección que había sentido al escuchar que el rey admitía quién era. “Intentó matarme. *Mató* a aquel chico. Tienen que detenerlo”.

“Hará exactamente lo que deba hacer”, dijo el Rey Claudio.

“¿Y tú no harás nada para castigarlo?”

Thanos vio que negaba con la cabeza.

“Ven, Thanos”, dijo el Rey Claudio. “Este debería ser un momento feliz. Tengo un hijo que sabe quién soy. Siéntate conmigo, come”.

“De repente, he perdido el apetito. Por favor, discúlpeme, su majestad”.

“Thanos”, dijo el Rey Claudio. “No hagas ninguna estupidez”.

¿Estupidez? Thanos no iba a hacer ninguna estupidez. Iba a hacer algo que debería haber hecho hace tiempo. Si su recién descubierto padre no iba a hacer nada con Lucio, entonces lo haría él.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

A Lucio le gustaba el vino, así que parecía evidente que tomara un viñedo. Si el rey le había dado la licencia para tomar lo que deseara y mostrar su lugar a los campesinos, ¿por qué no iba a hacerlo?

No solo un viñedo, por supuesto. Había más que suficientes por todo Delos que producían una bazofia por la que hubiera dado una paliza a un sirviente si se la hubiera puesto delante. Sin embargo, valía la pena tomar el viñedo Cervin. No solo producía un vino que valía la pena beber, sino que sus propietarios vendían vino de todo el mundo a todos los nobles que Lucio conocía. El dinero proveniente de ello sería una suma útil para las arcas reales. A Lucio verdaderamente le encantaría poseerlo.

Él y sus hombres cabalgaban por los campos, probablemente con la apariencia de una banda de caballeros nobles que han salido a matar a un monstruo. Vio cómo los trabajadores se dispersaban delante de ellos y se iban corriendo. Por poco tiempo, Lucio pensó en perseguirlos por diversión, pero era mejor hacer lo que habían venido a hacer. No parecían esclavos, así que era mejor si se iban corriendo, al fin y al cabo. Lucio no quería tener que pagar a trabajadores en su nuevo viñedo.

“Recordad lo que hemos venido a hacer”, dijo Lucio, mirando a los hombres que había a su alrededor. Los había escogido él mismo, seleccionando solo a los miembros más duros y fuertes del ejército para el trabajo. Había buscado hombres que no huyeran de lo que era necesario. “¡Vamos a mostrarle a Delos el precio de la rebelión!”

Los hombres dieron un rugido por respuesta. Hubo un par que expresaron sus recelos en los últimos dos ataques. Lucio los había mandado al frente para luchar contra los rebeldes allí. No tenía tiempo para la debilidad. Los hombres que quedaron habían demostrado estar deseosos de seguir cualquier orden. La mayoría parecía disfrutar de ello.

Se acercaron al caserío a pleno galope y Lucio dio una patada con indiferencia a un chico que corría demasiado cerca de ellos para apartarlo, haciéndolo caer tumbado en una maraña de huesos rotos. Lucio no lo miró una segunda vez.

El caserío era más grande que la mayoría de los que había en Delos, probablemente gracias al dinero proveniente del vino. Evidentemente, era una choza comparado con el castillo, pero no costaría mucho remodelarlo para los invitados o para la caza. Quizás incluso como lugar para tener a una amante noble. Ahora hacía un tiempo que le echaba el ojo a Estefanía, pero había muchas más.

Ricos o no, aquella gente seguían siendo campesinos, sin una gota de sangre noble. Si algo eran, era lo peor de las clases más bajas, que pensaban que la habilidad de hacer un buen vino los hacía de alguna manera mejor que todo el resto. Quizás incluso casi tan buenos como aquellos a los que deberían servir. Solo pensar en aquello hacía que Lucio se alegrara de haber escogido este lugar.

Se detuvieron fuera de la puerta y Lucio pasó sus riendas a uno de los hombres. No se molestó en llamar, sino que esperó a que otro de sus hombres pegara una patada a la cosa contra la pared. El hombre entró y Lucio le siguió.

Dentro, vio una sala con el techo alto, presidida por una mesa larga con cubertería de plata preparada encima de ella, con una amplia escalera al lado, adornada con trofeos del modo en que podría estarlo el hogar de un noble. Lucio estaba en lo cierto sobre que aquellos vinicultores tenían ideas por encima de su posición.

Había un campesino gordo con el pelo canoso que llevaba suficiente terciopelo y plata como para haber sido un noble. Había una mujer de la misma edad, vestida con el mismo estilo absurdo. Un hombre más joven llevaba ropa tosca de trabajo, pero Lucio vio el parecido entre él y su padre. Había dos mujeres más jóvenes, una en avanzado estado de gestación y posiblemente la mujer del hombre joven, la otra probablemente su hermana.

El hombre gordo ya se estaba levantando de la mesa cuando Lucio entró.

“¿Qué es esto?” vociferó el bodeguero. “¿Qué crees que estás haciendo irrumpiendo en mi casa de este modo? ¿Con qué derecho...”

Lucio desenfundó su espada con un movimiento fino y se la clavó al hombre gordo en su enorme barriga. Era tan grande que la hoja no salió por el otro lado.

“Creo que soy tu príncipe”, dijo bruscamente Lucio y se echó hacia atrás para dejar caer al hombre. “Y esta casa ahora es mía”.

“¡Padre!” gritó el hombre más joven. Sacó una hoz de su cinturón y fue hacia Lucio. La hoja retumbó contra el acero de la armadura de Lucio y él se echó hacia atrás y entonces el príncipe hizo un movimiento circular con la espada a la altura del cuello. Él pretendía que fuera una decapitación limpia, digna del guerrero que era, pero en cambio su espada se quedó a medio camino del cuello del hombre. Sintió cómo se le escapaba de la mano cuando el hombre se desplomó.

“Sinceramente, ¿vosotros los campesinos no sabéis ni *morir* correctamente?” preguntó Lucio. Puso un pie sobre el pecho del hombre y tiró de su espada, poniéndose más y más furioso mientras intentaba arrancarla. Finalmente, se soltó.

“Habéis visto que se resistían”, dijo Lucio a sus hombres. “Las familias de los traidores están perdidos. El joven va a las canteras de esclavos. Colgad a los demás cuando acabéis con ellos. Encontrad criados y preparadlos para venderlos si tienen algún valor. Matad a los demás. Después quiero que dismanteléis esta casa de cualquier cosa de valor. ¿Qué estáis esperando? ¡Venga!”

Sus hombres fueron a toda prisa hacia delante y las mujeres gritaban mientras las sacaban a rastras. Lucio se sentó a la mesa, disfrutando de que empezara la violencia. Había una botella de vino allá encima, así que se sirvió, bebiendo directamente de ella mientras alrededor de la casa sonaban más gritos. No era la mejor cosecha, pero era más que aceptable.

Miró a su alrededor, imaginando lo que haría con el lugar mientras empezaba el saqueo. La cubertería de plata valdría una buena cantidad, mientras que el lugar sería bueno para las fiestas. Sí, decidió mientras el cuerpo de un criado caía tropezando por las escaleras, aquel era un buen lugar para tomar.

Salió a la luz del sol, donde sus hombres estaban atando a los sirvientes por las rodillas. Lucio caminaba dando zancadas a lo largo de la fila, escogiendo en silencio a los que valiera la pena conservar. Uno estaba discutiendo con sus hombres mientras lo arrastraban hacia una horca.

“Me necesitáis”, dijo. “Ahora que el maestro vinatero está muerto, soy el único que conoce todos los detalles de este negocio”.

Lucio fue hacia ahí. “Esperad. Tiene razón. Debemos conocer estas cosas”.

Sintió que el criado suspiraba aliviado. Lucio sonrió ante ello.

“Asegúrate de no matarlo antes de que le hayas sacado todos los detalles”, concluyó.

Siguió caminando y se encontró con el chico al que se había llevado por delante antes. Lucio observó cómo intentaba gatear, con su pierna evidentemente rota y entonces se desplazó para agacharse a su lado.

“Puedes parar”, dijo. “Podría cogerte en el momento en que quisiera”.

“Por favor”, dijo el chico. “Por favor, no me mate”.

“¿Cómo te llamas, chico?” preguntó Lucio.

“V-Vel”

“¿Sabes quién soy, Vel?” preguntó Lucio.

“Eres el Príncipe Lucio”, dijo el chico.

“¿Y sabes qué ha pasado aquí?”

“Usted... usted los mató”.

“Sí”, dijo Lucio. “Porque eran traidores que no querían abandonar lo que pertenecía a sus superiores. Porque hay un precio que pagar por la rebelión y todos vosotros lo vais a pagar hasta que termine la rebelión. Es culpa suya que esté sucediendo esto. ¿Crees que puedes recordar todo esto?”

El chico asintió.

“Bien. Entonces no tendré que matarte. Uno de mis hombres te pondrá la pierna en una tablilla y podrás volver a Delos a la pata coja. Por el camino, le dirás todo esto a todo el que te encuentres, ¿lo entiendes?”

El chico asintió. “S-Sí”.

“¿Sí qué?” exigió Lucio, con voz de nuevo brusca.

“Sí, su alteza”.

“Esto está mejor”, dijo Lucio. Por lo menos hoy un campesino había aprendido cuál era su sitio.

Era un comienzo.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Sartes se apiñaba entre las estatuas y los mausoleos del cementerio, escuchando cómo discutían los líderes de la rebelión. Se habían reunido alrededor de una de las losas que había allí, con el mapa extendido sobre ella, con Anka en el centro de un grupo de las figuras superiores de la rebelión. Sartes estaba tan cerca solo porque Anka había insistido en ello.

“No sabemos que vayan a venir por aquí, no con certeza” insistió un hombre grande con aspecto de trabajador del muelle. “Podríamos estar comprometiendo a toda nuestra gente sin razón”.

“Sin razón no, Edrin”, insistió un hombre más joven. Parecía un combatiente. “Para evitar que el Imperio siga capturando, torturando y asesinando a nuestra gente”.

“Siempre te pones del lado de Anka”, dijo Hannah. Ella había estado en la reunión donde esto se decidió.

Sartes empezaba a tener una mejor opinión de quiénes eran los rebeldes. El hombre más joven era Oreth. Mientras Anka luchaba por mantener unido a la rebelión, él parecía ejercer de una especie de adjunto. El hombre grande, Edrin, era recto, pero era evidente que se mostraba receloso de si Anka podía hacer el trabajo. A Sartes no le gustaba Hannah, porque parecía demasiado interesada en su propio sitio dentro de la rebelión más que en cualquier otra cosa.

“Estamos en el sitio correcto”, dijo Anka, señalando al mapa.

“Entonces ¿dónde están ellos?” preguntó otro hombre. Se llamaba Yeralt y Sartes había oído que era hijo de un comerciante, probablemente más rico que el resto de la gente de la rebelión. “No quiero discutir, Anka, pero nuestra gente se está preocupando, esperando de esta manera. Creen que va a salir mal”.

“En ese caso hablaré con ellos”, dijo Anka. Miró a su alrededor y, para sorpresa de Sartes, vio que sus ojos se fijaban en él. “Ven conmigo, Sartes. Vamos a mostrarles por lo que están luchando”.

Sartes siguió a Anka por el camino que atravesaba el cementerio. Alrededor de ellos, los rebeldes salían de escondites en hoyos y detrás de las estatuas para escuchar.

“Escuchadme”, dijo Anka, “Sé que estáis asustados. Sé que algunos de vosotros pensáis que no deberíamos estar haciendo todo esto. Que deberíamos estar corriendo y evacuando a nuestra gente. La verdad es que podríamos hacerlo”. Alzó la voz. “Podríamos hacerlo y el ejército marcharía directo hacia aquí. Bajaría a los pueblos y a las aldeas buscándonos, pero no pasaría nada. No estaríamos allí”.

“La gente normal lo haría”, continuó Anka. “Todos hemos visto lo que puede hacer el ejército. Irá a aquellos pueblos y matará a la gente. Los sacará a rastras y los torturará. Se llevará como reclutas a hombres jóvenes como Sartes. Esclavizará a los que no puedan luchar por ellos. Podríamos escapar, pero no lo haremos. No lo haremos porque el pueblo de Delos nos necesita”.

Esto provocó un grito de alegría de los rebeldes de alrededor y Sartes no pudo evitar unirle. Por encima de esto, se escuchó un retumbo. Oreth llegó corriendo.

“¡Están viniendo!”

Sartes vio que Anka asentía. “¡Todo el mundo a sus sitios! ¡Recordad el plan!”

Sartes corrió hacia su lugar al lado de una estatua y vio cómo los demás tomaban sus posiciones. Prácticamente desaparecieron tras el paisaje del cementerio una vez allí. Sartes observaba cómo se acercaban los soldados del Imperio tras el brazo de una figura de mármol. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que estaba a punto de suceder, pero no se movió. No corrió.

En cambio, pensó en lo valiente que hubiera sido Ceres si hubiese estado allí. Agarró su espada con más fuerza. La había hecho su padre y encajaba perfectamente en su mano, de un modo que las espadas de práctica que el ejército daba a los reclutas nunca lo hacían. En su otra mano, sostenía un cuerno preparado para hacerlo sonar. Llevaba el uniforme que le habían hecho llevar en el ejército porque lo

necesitaba para el plan.

A su alrededor, Sartes veía a otros miembros de la rebelión. Esperaban en sus escondites, armados con armaduras y armas que habían empezado a fabricar bajo las instrucciones de su padre, colocados exactamente según las instrucciones de Anka por todo el cementerio y las antiguas ruinas que había en él.

Ella estaba a su lado y vio la manera en que mantenía sus rasgos en blanco, mientras intentaba no mostrar ningún miedo. Sin embargo, continuaba mirando a su alrededor y Sartes imaginó que daba vueltas y vueltas a las preparaciones que habían hecho.

“No te dejaste nada”, susurró Sartes. Nunca había visto a nadie tan meticoloso. “Pensaste en todo”.

“Eso espero”, respondió Anka susurrando.

Sartes observaba la columna de soldados mientras se acercaba. Veía hombres a caballo al frente, armados con espadas y arcos cortos, sirviendo de centinelas o arqueros que se movieran con rapidez. Llevaban cadenas en sus sillas y Sartes imaginó que estaban allí para sujetar a los prisioneros y a los esclavos también. Tras ellos vio a los reclutas, fáciles de reconocer por sus andrajosas armaduras. Los soldados normales los seguían, como atrapándolos para que no pudieran escapar. Sartes veía oficiales y soldados de élite entre ellos, resplandecientes en sus armaduras grabadas o cubiertas de oro, marcadas por sus capas rojas o doradas. Al fondo de la columna había un grupo con colores más oscuros: esclavistas y torturadores, que no estaban allí para ningún ataque que el ejército fuera a dirigir, sino por sus consecuencias.

Sartes se mojó los labios y levantó su cuerno para tenerlo preparado cuando llegara el momento.

“Falta poco”, le susurró Anka a su lado. “Espera”.

Sartes esperó, aunque era difícil, cuando la columna de soldados pasaba tan cerca. En cualquier momento, uno de los soldados podría haber echado un vistazo y divisarlos, aunque estuvieran bien escondidos entre los monumentos del cementerio. Cualquiera de ellos podría haber visto la que se avecinaba y lanzado un grito de aviso. Entonces la rebelión tendría que retirarse o jugársela en una batalla mucho más peligrosa.

Pero no miraron. Siguieron. Los soldados continuaron su marcha, empujaban a los reclutas hacia delante y Sartes aguantó la respiración mientras los hombres a caballo continuaban marcando el camino.

“Ahora”, susurró Anka y casi cogió a Sartes por sorpresa al hacerlo.

Tuvo que mojarse de nuevo los labios antes de poder hacer sonar su cuerno, pero lo consiguió. Una única nota alta sonó por todo el cementerio y, por un instante, todo quedó en silencio. Entonces los rebeldes emergieron de sus escondites por delante de la columna, preparando los arcos y lanzando piedras con hondas. Sartes vio que una golpeaba a un caballo haciendo que se encabritara y tirara a su jinete de la silla.

Los demás desenfundaron sus espadas como respuesta, espoleando a sus caballos para que siguieran hacia delante. Sartes tragó saliva al ver a los caballos de guerra al ataque y ante el sonido estruendoso de sus cascos. Parecía evidente que atropellarían a sus atacantes, que de repente parecían muy pocos y muy mal preparados.

Entonces los caballos chocaron contra las cuerdas de trampa que Sartes y los demás habían preparado antes y los jinetes gritaban al caer.

Sus caballos se tambaleaban, mandando a los jinetes de espaldas al suelo con un crujido. Algunos intentaron cabalgar por ahí, solo para encontrarse con hoyos llenos de pinchos. Pronto, los jinetes intentaban saltar por sobre de sus propios camaradas y los rebeldes les disparaban mientras lo hacían. Tras ellos, Sartes veía a los soldados allí parados, como si no supieran qué hacer a continuación.

“Otra vez”, dijo Anka.

Sartes asintió e hizo sonar su cuerno una vez más.

Ahora, el movimiento estalló en el cementerio. Los rebeldes que habían estado escondidos tras los muros de las ruinas los empujaban para que se juntaran usando largas lanzas de madera, empujándolos

contra sitios que habían ablandado durante la noche. Las piedras se precipitaban sobre las cabezas de los soldados que estaban en los bordes de las filas, obligando a los demás a juntarse más.

Los rebeldes arrojaban cacerolas de fuego en medio de sus filas y se esparcían de nuevo. Sin una sólida pared a modo de escudo, no podían defenderse contra las flechas y las piedras que caían como lluvia sobre ellos.

“Ahora”, dijo Anka y Sartes hizo sonar su cuerno una última vez.

Vio que los rebeldes salían corriendo de sus escondites. Algunos salían de hoyos cubiertos que parecían tumbas recién cavadas hasta que ellos atacaban desde ellas. Otros salían de las entradas de las catacumbas del cementerio, saliendo al ataque a la luz del sol. Vio a su padre entre ellos, que llevaba una cota de malla y empuñaba un martillo lo suficientemente grande para destrozarse cualquier escudo.

Mientras tanto, los que todavía estaban en su sitio continuaban disparando piedras y flechas hacia la masa de soldados del Imperio.

Ahora le tocaba a Sartes hacer su parte.

Se puso delante de ellos, sin saber si alguno de ellos lo reconocería. No era necesario, siempre y cuando lo escucharan. Levantó la voz por encima de los ruidos de la batalla.

“¡Reclutas! Me llamo Sartes. Escapé del ejército para unirme a la rebelión. Estamos aquí para salvaros. Uníos a nuestra lucha o corred hacia la seguridad. ¡No os haremos daño!”

Una flecha fue hacia él y Sartes se apartó hacia un lado, repitiendo su mensaje. Algunos de los reclutas parecían confundidos, pero por lo menos no se unían a la lucha mientras los rebeldes atacaban al cuerpo principal de soldados. Vio que algunos rompían a correr, mientras otros lanzaban las armas. Unos cuantos incluso se lanzaron a la lucha, golpeando a uno de los esclavistas que había allí y arrastrándolo por el suelo.

Sartes mantenía una distancia. Tanto Anka como su padre habían sido muy claros con esto, pero él ya había hecho su parte. Sin los reclutas, la fuerza del Imperio era mucho más pequeña y ya se derrumbaban bajo el ataque de los rebeldes. Al cogerlos por sorpresa, no tuvieron la ocasión de organizar una defensa real o de reorganizarse de las largas filas de su columna en algo que pudiera proteger sus lados. Vio que su padre golpeaba con el martillo al escudo de un oficial, hasta romperlo con el peso de sus golpes.

Sartes vio que un soldado iba corriendo hacia él desde la batalla. Por un instante, pensó que quizás era uno de los reclutas que corría hacia él para escapar de la violencia, pero el hombre había sacado la espada y llevaba la armadura de un oficial.

“¡Puede que muera, pero al menos te mataré, traidor!” exclamó el oficial.

Blandió su espada hacia Sartes y, probablemente fue irónico que de no haber sido por su entrenamiento en el ejército, Sartes probablemente hubiera muerto en aquel momento. Al ser así, sacó su propia espada para bloquearlo y volver a las filas de estatuas.

“No puedes correr para siempre, enano”, dijo el oficial.

“No le hace falta”, dijo Anka, saliendo de un lateral. Lanzó un largo puñal que pasó por delante del guardia del oficial y fue a parar a su cuello. El oficial intentó girarse para apuñalarla, pero Sartes le agarró el brazo, sujetándolo hasta que el hombre cayó entre ellos.

“Gracias”, dijo Sartes.

“Eres uno de nosotros, Sartes”, respondió Anka. “Nos cuidamos entre nosotros”.

Sartes echó un vistazo en busca de otro lugar donde ayudar. Vio a uno de los reclutas que había estado a su lado cuando estaba en problemas, defendiéndose desesperadamente de un par de esclavistas armados con garrotes. Sartes se dirigió hacia allí.

“¡Esto es por mi hermano!” exclamó y apuñaló al primer esclavista cuando este se giró. El segundo blandió un manojito de cadenas hacia su cabeza y después golpeó con su garrote mientras Sartes se agachaba. Sartes le atravesó la pierna al hombre y se lanzó sobre su pecho cuando cayó.

El resto de la batalla no duró mucho. Con una emboscada como aquella, nunca iba a ser interminable,

porque la rebelión no dio a los soldados del Imperio la oportunidad de defenderse del modo que acostumbraban a hacerlo. En cuestión de minutos, los únicos soldados que veía que no estaban muertos o bien eran reclutas liberados o bien marchaban corriendo.

Eché un vistazo a los daños. No había visto una batalla con el ejército, así que no sabía qué esperar. Era duro mirar a la realidad. Había tantos cuerpos muertos en el suelo, amontonados, que costaba creer que unos minutos antes todos ellos eran personas, que caminaban y respiraban. Allí había caballos muertos y heridos, abatidos por las cuerdas de trampa o caídos en los hoyos.

También había miembros de la rebelión muertos, aunque había muy pocos, gracias a los planes de Anka. Sartes veía hombres y mujeres heridos, a quienes sus compañeros ayudaban a ponerse de pie y camillas que aparecían de los escondites. Era evidente que Anka había pensado en esta parte también.

Era repugnante ver tanta muerte y destrucción allí. El olor ya era horrible y Sartes sabía que empeoraría. Era difícil concebir la idea de tanta gente asesinada en un espacio tan corto de tiempo. Solo el pensamiento de que si no hubieran hecho esto, aquellos mismos soldados hubieran saqueado un área rebelde lo hacía más fácil de soportar.

“Debemos irnos”, dijo Anka. “Diles a los reclutas que o pueden dispersarse o venir con nosotros, pero deben decidirlo ahora. Escucharán mejor si viene de ti”.

Sartes asintió y se puso enfrente de los reclutas que quedaban para comunicarles el mensaje. Unos cuantos más se fueron corriendo, pero la mayoría se quedaron. No sabía si era porque realmente querían unirse a la rebelión o simplemente porque no tenían otro lugar al que ir.

Estaban en el centro del cementerio y, una vez más, Anka se dirigió a ellos.

“Amigos míos, hoy hemos ganado una victoria. Nos ha costado. No existe una lucha bonita y sin dolor. Pero debemos recordar lo que significa la victoria. ¡Significa que los hombres jóvenes capturados por el Imperio ahora caminan libres! Significa que personas que hubieran sido torturadas, esclavizadas y asesinadas están a salvo. Sobre todo, significa que el Imperio está un paso más cerca de caer. ¡Hoy hemos ganado una victoria, pero no será la última!”

Sartes fue el que empezó el canto. Parecía que era evidente hacerlo.

“¡Anka! ¡Anka!”

Al principio, era el único que lo gritaba. Entonces escuchó otras voces que se unían a la suya. La de su padre. La de Oreth. La de los reclutas. Al final, el canto resonaba por el cementerio, llenándolo por completo.

Habían encontrado a una verdadera líder.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Thanos llevaba la armadura para la guerra y estaba más que preparado para matar.

Tenía puesta su armadura completa, su espada al lado y un escudo en el brazo. Tenía una lanza atada con una correa a la espalda y un puñal en su bota. Incluso su caballo llevaba armadura, la barda que lo protegería del golpe de una espada errante brillaba con el sol del patio del castillo mientras el ataba las correas a su silla.

Un segundo caballo llevaba las provisiones, aunque la verdad era que Thanos dudaba que aquello durara mucho. Él saldría, haría lo que fuera necesario y volvería. O no. Quizás moriría haciéndolo. Quizás iría a unirse de nuevo a los rebeldes de Haylon. Sería difícil volver aquí después de haber matado a un príncipe del Imperio.

“Vas a ir detrás de Lucio, ¿verdad?” dijo Estefanía. Thanos miró a lo lejos mientras ella iba corriendo hacia el patio. Thanos tenía la esperanza de evitarla, porque sabía que esto pasaría y porque era la única persona de allí a quien sería difícil dejar.

“¿Qué estás haciendo aquí?” preguntó Thanos. “Tú no deberías ser partícipe de esto”.

“¿Pensabas que podrías escabullirte sin que me diera cuenta?” replicó Estefanía. “Los criados de vez en cuando me cuentan cosas, ¿sabes?”

Estaba tan hermosa como siempre, perfectamente serena incluso con una mirada de preocupación que parecía estar fuera de lugar con el resto de ella. ¿Estaba preocupada por él?

“Voy a hacer lo que tengo que hacer”, dijo Thanos.

“Porque intentó matarte”, dijo Estefanía. Alargó el brazo para poner una mano sobre la de él mientras aseguraba con fuerza su silla.

“No solo por eso”, dijo Thanos. “Es responsable de la muerte de Ceres. Mató al empleado del establo. Incluso ahora, está por ahí arrasando el campo y el Rey Claudio no va a hacer nada con él”.

“No puedes pretender que ejecute a Lucio”, dijo Estefanía. “Es pedir demasiado”.

“Ni siquiera lo encerraré”, respondió Thanos. “Si tienes un perro loco que muerde a la gente, aunque lo quisieras, lo sacrificas”.

“Y tú vas a hacer eso, ¿verdad?” replicó Estefanía. “¿Y si te mata?”

Thanos esperaba que Estefanía no hiciera esa pregunta, porque no había respuestas fáciles.

Thanos forzó una sonrisa. “Puedo ganar a Lucio. Nunca ha estado ni cerca de derrotarme en un combate de prácticas”.

“¿Y si tiene suerte?” preguntó Estefanía. “¿Y qué pasa con todos los hombres que tendrá con él? ¿Y si te dispara con un arco de caza desde una distancia buena y segura y dice que lo han hecho los rebeldes? Se libra de ti y tiene otra excusa para ir tras ellos”.

“Estaré bien”, insistió Thanos.

Estefanía se puso entre él y su caballo. No, *no* lo estarás. Aunque lo hagas, no podrás volver. Y yo quiero que vuelvas”.

Esto fue suficiente para que Thanos se detuviera. La sincera fidelidad de Estefanía hacia él tenía mucho que ver con ello, pero también la pasión que oía en su voz. Podía oír lo mucho que le importaba y la verdad era que él sentía lo mismo. Si hubiera podido, se hubiera quedado aquí con ella.

Pero querer algo y que esto sea posible no eran la misma cosa.

“Tengo que hacerlo”, dijo Thanos. “Tengo que detener a Lucio. Debe *morir*”.

“Entonces nos aseguraremos de que así sea”, dijo Estefanía. “Pero hay mejores maneras de hacerlo. Formas más hábiles”.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Thanos.

Sintió el roce de la mano de Estefanía cuando esta alargó el brazo para tocarle la cara y, a

continuación, hizo algo que había deseado hacer desde aquel momento en sus aposentos. Lo besó. Sus labios tocaron los de él y fue algo tan dulce que él no pudo evitar besarla.

Fue un beso discreto, delicado, que empezó y acabó pronto, pero aún así fue increíble. Cuando se separaron, Thanos respiraba rápidamente y vio los labios de Estefanía ligeramente separados mientras lo miraba.

“Necesito que confíes en mí”, dijo. “¿*Confías* en mí, Thanos?”

Él asintió. No había nadie en el castillo de quien se fiara más. No había nadie allí que le importara más.

“Entonces confía en mí para hacerlo”, dijo Estefanía, poniendo una mano sobre el pecho de Thanos y apartándolo del caballo suavemente. “Encontraré una manera. Un manera que no te ponga en peligro, que signifique que todavía puedas estar aquí. Conmigo”.

Esta parte era difícil de ignorar.

“Me gustaría”, dijo Thanos. Miró de nuevo a Estefanía. Era muy difícil para él sacarle la vista de encima. Cada pequeño movimiento que hacía parecía atraer su mirada, de manera que parecía que el mundo entero consistía en ella. “Estaba muy equivocado contigo antes”.

“Estabas”, dijo Estefanía con una sonrisa, “pero espero que tendrás tiempo de sobras para aprender todo lo que hay que saber sobre mí”.

Había algo en el modo en que lo dijo que hizo que Thanos inclinara la cabeza hacia un lado. “¿Qué quieres decir?”

Estefanía hizo una pausa y dio un paso hacia atrás. “Pensé... oh, lo entendí mal, ¿verdad? No, es una idea estúpida. Debería saber...”

“¿El qué, Estefanía?” dijo Thanos.

Ella pareció calmarse. “Pensé que quizás, por el modo en que hablabas, que querrías seguir adelante con la boda que habían planeado para los dos”.

Esto cogió a Thanos un poco por sorpresa. No hubiera pensado que Estefanía no podía sentir lo mismo todavía después de todo lo que había pasado con Ceres. No se hubiera atrevido.

Unos pensamientos sobre Ceres hicieron que Thanos se quedara parado. Si todavía estuviera viva, no pensaría así para nada. Estaría intentando salvarla y estar con ella. Pero desde su muerte, había empezado a darse cuenta de lo mucho que Estefanía significaba para él reamente. Estefanía había sido la que estaba allí con él desde su muerte. Había sido por la que había sentido que sus sentimientos florecían.

“Pero sé”, continuó Estefanía, “que es demasiado pronto y tú tienes mucho en lo que pensar y...”

Thanos la cogió por los brazos. “Creo que es una idea maravillosa, Estefanía”.

Ella negó con la cabeza. “Solo es de palabra. No tienes que hacerlo solo porque crees que deberías, Thanos. No sabes lo que estás diciendo”.

“Lo sé”, insistió Thanos. En un impulso, cogió las manos de Estefanía entre las suyas y se puso sobre una rodilla. Quería que viera que aquello iba en serio. Sí, la muerte de Ceres todavía dolía. Sospechaba que nunca dejaría de doler. Pero Estefanía le hacía sentirse mejor y eso es lo que quería.

“Oh, Thanos, levanta”, dijo Estefanía riendo.

“No hasta que lo haya hecho”, dijo Thanos. “Estefanía, has sido muy buena conmigo y empezado a ver lo mucho que significas para mí. Quizás si todo esto no hubiera pasado, ahora ya estaríamos casados y, ahora mismo, no puedo pensar en otra cosa que quiera más. ¿Quieres casarte conmigo?”

Estefanía se quedó parada como si no pudiera creer del todo que realmente lo había dicho. Quizás no sabía que decir. Quizás ya se lo estaba pensando mejor.

“Sí”, dijo, lanzándose a sus brazos. “Sí, por supuesto que quiero casarme contigo”.

Thanos se puso de pie, la levantó y Estefanía rió. En aquel momento, a Thanos le apetecía hacer lo mismo. Todo lo demás en su vida era muy complicado, muy difícil, pero esto era positivo y maravilloso.

Estefanía era como un punto de luz en la oscuridad, que lo dirigía hacia delante.

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Estefanía pasó las siguientes horas con las preparaciones, tanto para la boda como para... otra cosa.

Pasó la mayor parte pensando en la alegría de casarse con Thanos, en el vestido que llevaría, en el banquete que tendría lugar y en lo que representaría aparecer en la corte de su brazo. Trabajaba en cómo se lo comunicaría a las otras nobles y, evidentemente, en todas las cosas que sucederían después. Sus doncellas y las señoras de la corte se movían ajetreadas a su alrededor, al parecer encantadas con la noticia incluso más de lo que lo estaba ella. En medio de todo aquello, mandó a una con un mensaje escondido.

“Ya está bien de esto por ahora”, dijo con una sonrisa cuidadosamente exasperada. “Creo que voy a dar un paseo por los jardines. Si hubiera sabido que casarme conllevaría todo esto, no hubiera hecho que Thanos me lo pidiera”.

Todas rieron con ella, por supuesto. En parte, Estefanía sabía que era porque habían aprendido que era mejor reírse de sus bromas. En parte, era porque no había ni una sola de ellas que imaginara no quererse casar con alguien tan guapo y poderoso como Thanos. Probablemente unas cuantas reían de su broma de que podía hacerle hacer cualquier cosa a un príncipe del Imperio.

Pero lo había hecho. Las caricias y miradas adecuadas, estar allí en los momentos adecuados... Mostrar su timidez en el patio se había interpretado a la perfección para que se lo pidiera. Estefanía quería que Thanos lo recordara como su idea, más que como la de ella.

Ahora iba a por otros asuntos. Caminaba elegantemente por los pasillos de palacio, acompañada por no más del mínimo esencial de damas de compañía y amigas nobles. Ella sonreía y escuchaba sus chismes al pasar, analizando lo útil y lo improbable con suficiente facilidad, de modo que apenas tenía que prestar ninguna atención.

Las habladurías sobre Thanos pidiéndole que se casará con él trajeron habladurías sobre otras propuestas: la chica noble que iba a casarse con un hermano de una familia más allá de la frontera mientras amaba al otro en secreto, una unión entre dos casas de comerciantes selladas por un acuerdo entre dos nobles que todavía eran poco más que niños, una esposa de alta cuna que había dejado a su marido cuando se fue a la guerra. Estefanía hacía todos los ruidos empáticos adecuados mientras se dirigían hacia los jardines. Llevaba una botella de vino, junto con dos copas.

“Tanto hablar me ha dado dolor de cabeza” dijo Estefanía mientras se le acercaban. “¿Puedo tener uno o dos segundos de soledad?”

Evidentemente, ellas accedieron. Nadie allí era lo suficientemente importante para estar en desacuerdo con cualquier cosa que Estefanía sugiriera y lo sabían. Las que no, hacía mucho tiempo que habían sido erradicadas de su círculo social o les habían enseñado las lecciones pertinentes. Probablemente no todas se creían lo del dolor del cabeza por el vino, pero incluso aquellas posiblemente solo pensaban que se iba a despedir de un admirador ahora que iba a casarse. Al fin y al cabo, era lo que ellas harían.

Significaba que Estefanía podía ir sola a los jardines. Debía admitir que los jardines de palacio eran hermosos. Había algo en el modo en que las flores escondían sus espinas que era particularmente atractivo para ella.

Sus favoritas eran las rosas blancas de tallo largo, con un aspecto tan delicado y cultivadas con tanto esmero, que parecían casi frágiles en comparación con otras plantas, pero más que capaces de retorcerse alrededor de ellas y estrangularlas si ocupaban demasiado espacio. Estefanía estiró el brazo para arrancar una, ignorando las espinas y levantándola para poder beber con su embriagador aroma.

El hombre que buscaba estaba en la otra punta del jardín. Tenía unos treinta años, unos rasgos delgados y una barba puntiaguda que no hacía más que acentuar el efecto. Su ropa era de alta calidad,

pero de menor categoría que la de los mejores nobles. Si Estefanía no hubiera sabido lo que era, podría haber pensado que era uno de aquellos nobles menores que hacían sus pinitos con la poesía o la canción, usándolas como excusa para recorrer las grandes casas y cortejar a una mujer más rica, dedicándose mientras tanto a asignaciones siempre que podían.

Probablemente incluso su doncella pensaba que se trataba de algo así. Eso esperaba Estefanía. Sería una desgracia tener que hacer desaparecer a la chica.

“Xanthos”, dijo Estefanía y dio un paso adelante.

“Mi señora”, dijo él al acercarse. Tenía rasgos de algún acento, pero Estefanía nunca había conseguido averiguar de dónde era. Posiblemente era fingido, como casi todo en él. “Su resplandor brilla más que el sol hoy. ¿Tiene otro trabajo para mí hoy?”

Estefanía sonrió.

“¿Qué pasó con Thanos?” preguntó. “¿Por qué fallaste?”

Xanthos tragó saliva y, de repente, pareció nervioso.

“Yo no puedo hacerme responsable de los fallos del Tifón”, dijo Xanthos. “Le dije que las cosas eran inciertas en una batalla”.

Él hizo una sonrisa de oreja a oreja.

“Además”, añadió, “parece ser que ha tenido el mejor resultado”.

Debía admitir que tenía algo de razón. Al fin y al cabo, las cosas han salido lo mejor posible. Thanos no estaba muerto, pero ahora era *suyo*. Y quizás, después de todo, aquello era igual de bueno.

“Quizás tienes razón”, dijo ella.

Vio que se relajaba y le sacó el corcho al vino, para servirlo en las dos copas. El vino brillaba limpio y puro a la luz del sol del jardín.

Ella levantó la copa. “Por el éxito”.

“Por nosotros”, replicó Xanthos y bebió la suya tan rápido que se hizo evidente que quería acabar con esta parte lo más rápido posible.

Estefanía suspiró y vertió la suya en el matorral más cercano.

“¿Para qué haces eso?” preguntó Xanthos y, a continuación, el impacto al darse cuenta cruzó su rostro. “No, tú no, tú...”

Se atragantaba, se agarró el cuello y dio un paso hacia Estefanía. Su mano cogió el vestido de ella, agarrándolo débilmente. Estefanía lo apartó. Observó cómo salía espuma por las comisuras de sus labios y caía de rodillas.

“No puedo permitirme cabos sueltos, Xanthos”, dijo Estefanía. “Según lo que sabe el mundo, yo amo a Thanos. Siempre he amado a Thanos. Estoy segura de que lo comprendes”.

Observó cómo caía y se quedó allí mirando, riendo hasta que finalmente su cuerpo dejó de retorcerse.

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Ceres estaba encima de una de las muchas bahías de la isla, sintiendo su pelo al viento mientras estaba en lo alto de un acantilado mirando desde allí. Parecía que se acercaba una tormenta, pero por lo menos hasta ahora el día era perfecto.

Sentía el poder como un tambor dentro de ella, acorde con el viento y los ritmos de la isla. Parecía empujar contra los límites de su piel, llenándola de una constante energía que se agitaba dentro de ella y que parecía querer salir de un chasquido de su interior cada vez que la tocaba.

Antes ya había sentido cómo el poder venía a ella, sabía lo que era, pero en el pasado siempre acababa alejándose, dejándola sentir de nuevo normal, de nuevo humana. Ahora estaba allí aunque no hubiera ningún peligro y Ceres vio que debía adaptarse a cada movimiento, acostumbrándose a la nueva fuerza de su cuerpo.

Se sentía una persona diferente mientras estaba allí, al borde del acantilado. Lo que le sucedió cuando atravesó la pared de agua, después de tomar la bebida sagrada, había cambiado algo dentro de ella. Había quemado lo que fuera que había dentro de ella y que impedía que la energía saliera, haciendo que se moviera por el mundo de una forma diferente. Incluso el modo en el que respondía ante ella era diferente.

Ahora podía sentir el viento soplando contra su piel y la isla entera estaba detrás de ella si lo deseaba. Ahora podía comprender la conexión de los isleños a su hogar y el modo en el que intentaban encajar con lo que les rodeaba.

Pero este no era su hogar y había cosas en el mundo que valía la pena intentar cambiar. No podía quedarse sentada y dejar que el Imperio hiciera lo que quisiera con su pueblo, o dejar que aquellos que lo gobernaban quedaran impunes tras enviar a Thanos a su muerte. También quería volver a ver a su padre y a su hermano.

Allá abajo, veía a la gente del bosque preparando la embarcación que iba a llevarla hasta la Isla Más Allá de la Niebla. Se juntaban para hacerla y Ceres vio que Eike estaba entre ellos, uniéndose cuando podía. Sin que se lo dijeran, Ceres sabía que no se llevaría a la niña en su viaje. Mientras Ceres había estado intentando encontrar un modo de controlar sus poderes, Eike había encontrado un hogar que sustituía al que había perdido. Ceres no podía alejarla de aquello.

Ceres no podía dejar de mirar cómo la gente del bosque creaba su barca. Mientras los constructores de barcos del Imperio hubieran trabajado con sierras y hachas, la gente de la isla parecía estar construyendo una embarcación a partir de la madera viva de la isla. Convencían con su trabajo, tocaban la madera y la estiraban de una forma que parecía imposible, juntándola en el modo en que un tejedor podría haber hecho girar hilos de lana.

Crearon la barca mientras Ceres observaba, haciendo que del agua se levantaran unos laterales lisos y redondeados y con un cordaje que parecía estar hecho de enredaderas. Ceres escuchó que Eoin se acercaba antes de verlo y el hecho de que pudiera escucharlo cuando se movía tan silenciosamente mostraba lo mucho que estaba en sintonía con la isla en aquel momento.

Él se acercó a ella y Ceres no pudo evitar mirarlo. Estaba allí con ella en el borde y parecía que podía estar enraizado al borde del acantilado.

“No falta mucho para que tu barco esté listo”, dijo Eoin. “Nuestra maldición tiene muchos inconvenientes, pero sabemos trabajar la madera”.

“Es increíble”, dijo Ceres. “Si quisierais, podríais construir una flota que podría gobernar el mundo”.

“¿Y por qué íbamos a querer hacer esto?” preguntó Eoin. “No somos el Imperio, Ceres, para querer mandar sobre los demás. Y solo tenemos tanto tiempo en el mundo gracias a nuestra maldición”.

Aquel era un pensamiento que daba que pensar. Viendo a Eoin allí, tan fuerte y tan perfecto, era fácil

olvidar que al final la selva lo reclamaría como había reclamado a muchos de los otros. Evidentemente no quería un imperio. Tenía su música y a su gente y eso era suficiente.

“¿Me echarás de menos cuando me vaya?” preguntó Ceres.

“¿Por qué iba a echarte de menos?” preguntó Eoin con una sonrisa que cambió a risa al ver que cambiaba la expresión de Ceres. “Estoy contigo en espíritu”.

El corazón de Ceres se alegró con aquellas palabras. Durante su tiempo en la isla, había pensado que había algo entre ellos. Quizás si conseguía volver, podía descubrirlo.

“Ojalá pudiera viajar contigo”, dijo Eoin. “Pero este es un viaje para ti sola”.

Ceres sintió un hilo de preocupación ante aquellas palabras. “No conozco el camino”.

“Tu poder te llevará por la ruta correcta”, prometió Eoin. “Después de todo, tú lo has visto”.

Ceres lo había visto, pero también había visto otras muchas cosas. Había visto la violencia que seguía. Y había visto masas incontables cantando su nombre. Se había visto a ella misma como reina.

*Reina.*

Primero había sido una esclava.

Después una guerrera.

Y después, de algún modo, reina.

Aquello no parecía posible.

“¿Estás preparada?” preguntó finalmente Eoin, rompiendo el silencio.

A pesar de todo el tiempo que había pasado en la isla, a Ceres le parecía que las cosas pasaban rápidamente. Esperaba haber tenido más tiempo. El mundo parecía estar moviéndose a su propio ritmo y era uno que Ceres no estaba segura de poder llevar.

Aún así, Ceres dio los primeros pasos hacia la playa. Tenía un viaje por hacer y *tenía* que hacerlo. A pesar de todo el poder, a pesar de la guerra, a pesar de todo, solo una cosa importaba ahora.

Iba a descubrir quién era realmente.

Iba a conocer a su madre.

**¡MUY PRONTO!**

**Libro#3 en De coronas y gloria**

**¿Quieres libros gratis?**

Suscríbete a la lista de correo de Morgan Rice ¡y recibe 4 libros gratuitos, 3 mapas gratuitos, 1 app gratuita, 1 juego gratuito, 1 novela gráfica gratuita y regalos exclusivos! Para suscribirte, visita:

[www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com)



¡**E**scucha la serie EL ANILLO DEL HECHICERO en su versión de audiolibro!

Ahora disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals



Libros de Morgan Rice

**EL CAMINO DE ACERO**  
SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

**DE CORONAS Y GLORIA**  
ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)  
CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro#2)

**REYES Y HECHICEROS**  
EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)  
EL DESPERTAR DEL VALIENTE(Libro #2)  
EL PESO DEL HONOR (Libro #3)  
UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)  
UN REINO DE SOMBRAS (Libro#5)  
LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro#6)

**EL ANILLO DEL HECHICERO**  
LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)  
UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)  
UN DESTINO DE DRAGONES(Libro #3)  
UN GRITO DE HONOR (Libro #4)  
UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)  
UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)  
UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)  
UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)  
UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)  
UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)  
UN REINO DE ACERO (Libro #11)  
UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)  
UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)  
UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)  
UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)  
UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)  
EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

**LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**  
ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)  
ARENA DOS (Libro #2)  
ARENA TRES (Libro #3)

**VAMPIRA, CAÍDA**  
ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

**EL DIARIO DEL VAMPIRO**  
TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)  
TRAICIONADA(Libro #3)  
DESTINADA (Libro #4)  
DESEADA (Libro #5)  
COMPROMETIDA (Libro #6)  
JURADA (Libro #7)  
ENCONTRADA (Libro #8)  
RESUCITADA (Libro #9)  
ANSIADA (Libro #10)  
CONDENADA (Libro #11)  
OBSESIONADA (Libro #12)

## Sobre Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de dos libros (y subiendo); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita [www.morganrice.books](http://www.morganrice.books) para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!